



Concha Alós

LOS ENANOS

PENSIÓN
ELOISA

Lectulandia

La vida transcurre día a día en una humilde pensión barcelonesa de final de los cincuenta. Un retrato con tintes oscuros de la sociedad española de esa época.

Lectulandia

Concha Alós

Los enanos

ePub r1.0

Titivillus 01.10.15

Concha Alós, 1962

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Baltasar

Somos enanos rodeados de enanos y los gigantes se esconden para reírse.

Desde la pequeña galería, asomada al sucio patio de luces, se veían las ratas. Eran grandes, oscuras, de largo rabo. A veces se peleaban y daban gritos agudos. Catalina las miraba durante horas y, después, se crispaba, ponía las manos ganchudas y a cuatro patas perseguía a los otros niños. El que más se asustaba era David, cebado, blanco. Huía, tambaleándose, echado hacia adelante, y al final iba a parar al suelo. Su madre, la señora Cleo, acudía corriendo, lo levantaba al aire y con el borde de la falda le limpiaba la cara y los muslos llenos de arrugas de grasa. Catalina seguía chillando y persiguiendo a los demás. Los huéspedes se tropezaban con ella al ir a la cocina o a la ducha y murmuraban protestas o tacos. Catalina era una pequeña rata verde.

A menudo las ratas se convertían en espectáculo. La criada del tercero les echaba un mendrugo de pan y con los codos en la ventana las vigilaba tragando saliva. Si salían más, se excitaba:

—¡Señorita, mire cuántas! ¡Mire cuántas, señorita!

La gente del cuarto piso, familias con derecho a cocina y huéspedes a toda pensión, se asomaba por grupos a la pequeña galería. Había un rato de unión y buena armonía entre ellas, que hacían comentarios, y, a veces, si había pelea, apostaban por alguna de ellas, hasta que la dueña, la señora Eloísa, aparecía con un cubo lleno de agua y lo echaba sobre las ratas y el pan. El estallido del agua las hacía huir y la señora Eloísa reía, abriendo toda su boca y enseñando los dientes puntiagudos y negros.

La criada del tercero y su señora se retiraban a su limpia cocina embaldosada de blanco. Pronto se oía la voz monótona de la chica cantando:

*vida del casado
! como el primer día
vida del casado,
mbién me casaría...*

Los huéspedes despleaban hacia dentro, y en la pensión todo volvía a ser igual: continuaban los gritos de los niños, los lloros, las riñas de los mayores y un chocar de sartenes y platos en la cocina.

La señora Eloísa, después de dejar el cubo, volvía a sentarse en la galería, frente al water, soñadoramente quieta.

La galería estaba frente al comedor. Era el orgullo de la señora Eloísa. Había sido construida con dinero de su bolsillo con objeto de dar una nueva entrada al water y más ventilación a la casa.

—Es que era un asco —explicaba—. Entraba la gente en el water y se dejaba abierto. A nadie le gusta estar comiendo y ver un water, y no había más remedio; todos lo tenían que ver porque la puerta daba enfrente mismo de la mesa... Cuando tuve a los tranviarios a toda pensión fue cuando me decidí. Me ponían nerviosa.

Además, escupían en el suelo. Es lo que más asco me da, que escupan...

El piso era grande como un mastodonte huesudo, lleno de pasillos y habitaciones oscuras. La inquilina anterior era una vieja avarienta que alquilaba los cuartos por diez pesetas. La gente dormía amontonada sobre colchones de paja y se hacía la comida en infiernillos de alcohol. Cuando murió la vieja no hubo ni un realquilado que no se hiciera ilusiones de conseguir el piso. Tuvo que intervenir la policía, y el dueño metió allí a la señora Eloísa, a la que, según malas lenguas, debía viejos e inconfesables favores.

La señora Eloísa quemó los colchones en el terrado, pintó las habitaciones e hizo venir a la Desinfección. Después, colgó en la puerta un tablero verde y torcido que decía «Pensión Eloísa». Al poco tiempo pudo comprarse un anillo.

—Lo mejor es comprar joyas. Pase lo que pase, mande quien mande, siempre es dinero.

—Eso es verdad, ¿ve? Si yo no hubiera tenido mi collar de brillantes, mis pulseras y mi reloj, ¿cómo les hubiera dado de comer a mis hijos, estos meses?

La señora Eloísa ponía su cara de envidia y frotaba la gran piedra roja del anillo en el pringoso delantal.

La señora Cleo, inmutable, seguía rezando la gran letanía de sus pasadas glorias a la señora Lola, que sólo hacía dos días que vivía en la pensión:

—Voy a enseñarle la papeleta del «Monte».

Y se metía en su cuarto, agachándose para no tropezar con el dintel de la puerta. Detrás, David y Susana, sus hijos, y la señora Lola.

—En Tánger yo siempre llevaba mis anillos y, cuando salía, me adornaba con los pendientes, las pulseras y el collar... Siete mil pesetas me dieron en el «Monte». Ahora le enseñaré la papeleta.

—Los pobres, na, na, na...

Al entrar, desde la calle, el comedor es negro y no se ve nada. Poco a poco se distingue el hule rojo y pelado, la mesa, las sillas, la vieja nevera y una lámpara barroca que aprisiona una bombilla sucia.

—Palacios me dijo: «Tú te vienes y yo te contrato. Y te prometo que nada te va a faltar».

—Sí, todos prometen, pero a la hora de la verdad... Mira, yo...

—Los pobres, na, na, na...

—Como un perro. Ni me habían hecho seguro. No me he enterado hasta que me he partido el brazo.

Mohatá tiene la nariz hundida y la piel color ceniza. Los domingos por la mañana, como no tiene entreno, se levanta tarde. Se le ve salir hacia el lavabo con un batín rojo que tiene unas letras blancas en la espalda que dicen: «Mohatá». Por debajo del batín asoman las peludas y delgadas piernas que acaban en los zapatos de charol.

—A mí una vez en una pelea me rompieron una costilla. Antes de curarme me llevan a un sitio lleno de ventanillas para preguntarme que cómo se llamaba mi padre, que en qué año nací...

La señora Eloísa entra y sale de la cocina seguida del pequeño Francisco, que chilla algo que no se entiende. Francisco se expresa a gritos. Pero en realidad no necesita para nada hablar. Si lo abandonaran en un desierto o en una gran ciudad sabría encontrar su camino.

—Ya ves, yo. Me contratan de albañil y ni siquiera me aseguran. Igual podría haberme reventado cayéndome del andamio...

—Que cómo se llamaba mi padre, que cómo se llamaba mi madre, que a qué hora me pegaron... ¡Yo qué sé! Mohatá tiene un pequeño pantalón de crepsatén azul celeste para boxear. La señora Eloísa se lo lava las vísperas de pelea y lo cuelga en la barra de la cocina económica para que se seque antes. Las mujeres realquiladas a veces derraman la grasa de sus guisos sobre él, y la señora Eloísa tiene que lavárselo de nuevo.

—Que si tuve no sé qué: una enfermedad, creo... Se piensan que uno es un diablo para saber tanto.

La señora Cleo llega de la calle con un gran bolso de hule lleno; en el otro brazo lleva la mole de su hijo y en la espalda la silla de David plegada.

—¿Qué le ha pasado, Tomás?

Los vestidos de la señora Cleo siempre cuelgan de forma pintoresca desde los hombros. Son unos vestidos largos, a rayas, con el dobladillo desigual y descosido.

—Ya ve. Me di contra una viga y me desgarré un brazo. —Y cuenta el accidente con crudeza, con pausa—. La carne se hiere, se abre, sangra... Uno sufre, se muerde los labios, aguanta el dolor... Hasta que llegan los médicos con sus tijeras y sus batas blancas.

La señora Cleo escucha sin pestañear. Cuando fija la mirada mucho rato en un

punto, como ahora, sus ojos bizquean un poco.

La señora Eloísa sale de la cocina oliendo a vino. Dice despreocupada, alegremente:

—¿No sabe, señora Cleo? Tomás no estaba asegurado, pero en cuanto lo vieron herido ya se dieron prisa en asegurarlo, ya. —Se relame los labios y añade—: De zorros está el mundo lleno.

Tomás se pasa la mano despaciosamente por el brazo herido y vendado, haciendo un gesto de dolor.

—Hijos de mala madre es lo que son.

Mohatá, hundida la cabeza en el pecho, reflexiona. Su mente sigue un monólogo largo, sin principio ni fin.

—A los ricos les partía yo la cabeza en cuatro pedazos.

El pequeño Francisco sigue chillando, cada vez más furioso. El pantalón mojado le llega casi a los tobillos. Huele a orines y a basura podrida.

La señora Cleo ha dejado el bolso en el suelo.

—El que tiene no se acuerda del que no tiene. Una vez, en Tánger, un empresario...

Un mundo de perfumes caros, de risas a flor de piel y aperitivos con alcohol de colores se interpone, un momento, entre ella y los otros. La señora Cleo se da cuenta de ello. Se para, sin acabar. Enrojece, recoge su cesto y declara que se le hace tarde para preparar la comida. La señora Eloísa también se va hacia la cocina.

Tomás y Mohatá siguen con su cantinela eterna, cada vez más lánguida: los ricos, los pobres... Si yo fuera rico. Una vez, un rico...

Francisco ya no grita. En una de sus idas y venidas su madre ha dejado la despensa abierta. Francisco se ha subido en un pequeño taburete que circula por allí y ha podido empinarse el porrón del vino. Ahora se tambalea y ríe echándose contra las paredes como un grotesco muñeco en equilibrio inestable, como un tentetieso.

Esos pasos, lentos y pesados, que se acercan al comedor son de Sabina.

Una bengala roja —la bengala de los trasnochadores— parecía, un momento antes, subir solitariamente escaleras arriba. La señora Carmeta, la alegre vieja que limpia cada día las escaleras y que va diciendo por ahí que se quiere casar, se asusta con estas bengalas y dice que el vigilante no debiera darlas, que el que no esté a las diez en la casa que no entre, que las bengalas parecen cosa del demonio, ánimas que suben poco a poco: «Ya estoy en el primer escalón, ya estoy en el segundo...».

Esos pasos lentos y pesados son de Sabina, se dice la señorita María que, en el comedor, bajo la luz pobre de la bombilla, escribe algo en un cuaderno de tapas de cartón. Sabina entra y un perfume denso y floral llena las sillas sucias, el espejo del aparador y los estantes oxidados de la inútil nevera, por cuya puerta, entornada, asoma la cabeza desmelenada de una muñeca y un calcetín viejo de Mohatá.

—¡Ah! ¿Está usted levantada? ¡Qué raro! ¿No? Usted siempre se va a la cama temprano.

—Me acosté y no podía dormir. Me vine a escribir. En la habitación tengo tan mala luz...

—Como en todas las habitaciones. Con tan poca luz parece que te mueres.

—Aquí no hay mucha, tampoco. Pero al menos...

Sabina hace un gesto con la cabeza como si se echara una gran melena hacia atrás:

—Pues yo fui al cine. También se ha de distraer una, ¿no?

—Debe de ser cansado eso de planchar todo el día.

—Sí. Pero todo lo que no sea vivir de renta es pesado. Si has de ganarte la vida, ya se sabe.

—Sí. Es verdad.

Sabina bosteza, canturriando. Da un rodeo con los ojos al comedor y tres golpes con un tacón en el suelo:

—Voy a comer un bocadillo. ¡Tengo un hambre...!

La habitación de Sabina es una de las que dan al comedor. Al abrir la puerta se ve una cama pequeña con la colcha color azafrán. Debajo de la cama, en una maleta cerrada con llave, guarda Sabina su ropa, el pan y la fruta que compra por ahí.

—A mí tampoco me gusta la soledad.

La señorita María tiene una sonrisa triste y lejana.

—Yo me compro por ahí un poco de pan, leche condensada y algunas cosas. Porque si empiezas a ir de fondas en seguida te quedas a la luna de Valencia.

—Me lo comeré aquí con usted. No me gusta comer sola. A veces, cuando como sola pienso en cosas que no me gustan. Pienso que llegaré a vieja y daré asco. Pienso que un día me moriré...

—Sí, yo también lo hago.

—¿Se ha fijado usted en esos mosquitos negros? En cuanto empiezas un tomate o sacas un poco de pan, acometen como cuervos.

—Sí. Parecen hambrientos. Mire cómo le pican al jilguero. ¡Mire! Tiene tres en el pico. ¡Pobre jilguero! El otro día le abrí la jaula y ya no sabe volar.

—Todo son bichos y porquería. Si entráramos ahora en la cocina vería usted cómo está de cucarachas. Y si te asomas al patio de abajo, las ratas. ¿Se ha fijado en las ratas?... Algunas tienen el rabo pelado de viejas que son.

—A veces el ruido de las ratas no me deja dormir.

—Y dicen que traen enfermedades.

—Sí, la peste. Y en Nápoles se comían a los muertos.

—¡Qué asco! ¡Mira que comer muertos!

Sabina vuelve la cara hacia la galería con una especie de temor supersticioso. Se repone y añade:

—Y se pelean, se muerden, se matan... Yo, la verdad, no me voy de esta casa no sé por qué. En el fondo creo que me da pereza andar cargada con bultos y maletas de un sitio para otro. Pero, bien lo sabe Dios, no es que esté a gusto aquí.

Sabina hinca los dientes en el pan y deja una huella redonda y regular. Come pan y mortadela. Tiene una nariz larga y fina que se mueve al mismo compás que las mandíbulas.

—Además, la señora Eloísa no tiene palabra ni formalidad ni vergüenza. Sólo le interesa sacar dinero sea como sea...

Mira a la señorita María como vacilando antes de seguir hablando. Por fin añade con naturalidad:

—A mí la habitación me la alquiló uno que venía conmigo. Un empleado de la Audiencia, todo un señor. Le dijo a ella que le daría cinco duros más a la semana para poder entrar en mi habitación alguna vez. Ahora él ya no viene. Hace tiempo que no viene. Ni él ni ninguno. Pues no ha habido forma de que rebaje los cinco duros.

En el cuaderno abierto, una letra descendente y negra parece acaparar toda la luz. María pone lo escrito boca abajo. Las tapas del cuaderno se quedan cobijando lo escrito, como unas alas de cartón.

Sabina la mira de pronto un poco alarmada:

—Supongo que usted no se espanta de estas cosas. Una mujer sola, planchando, puede hacer pocos milagros.

María le sonrío tranquilizadora:

—No, no me espanto. Ya sé.

Sabina sigue comiendo. María pone y quita el capuchón a la pluma. Se queda ensimismada. Después dice, desanimadamente, como si pensara en voz alta:

—El estar así, es duro. La ciudad es como aquellos dragones que leíamos en los cuentos. Un monstruo de muchas cabezas, con muchos dientes. El otro día estuve obsesionada con una imagen: por la mañana, al ir al trabajo, en la estación del «Metro», junto a las escaleras automáticas, había un hombre joven, acurrucado, durmiendo...

—Alguno que se pasó la noche al raso y se metió por la mañana allí para quitarse

el frío. Hasta que se daría cuenta un guardia.

—Es triste no tener casa. Yo añoro todo lo que la casa significa: una ventana, una cama y, dentro, el pan, la fruta, los hijos...

Sabina deja de masticar, sorprendida, Pero hay algo en la noche que autoriza todos los lirismos y todas las confidencias.

—Yo, si me decido, para septiembre puede que tenga mi casa. Esto no lo diga. No quisiera que nadie lo supiera.

—¿Sí? ¿Tendrá casa?

—Hay uno que quiere casarse conmigo. Yo..., la verdad, voy con muchos. La vida manda. Y la vida es también un vestido, un cigarrillo... Ahora, éste parece que va en serio. Es viudo. Es viejo. Se quiere casar.

Sabina, que fuma, levanta la cabeza, dobla el cuello hacia atrás, dejando que la cara mire al techo, hacia las tulipas barrocas de la lámpara. Sigue hablando:

—Tiene una casa regia. Su mujer hace poco tiempo que murió. Tiene dos hijos, casados ya.

Sabina chupa golosamente. Luego se busca en los labios, con la lengua, una brizna de tabaco. Cuando la encuentra la escupe. Ahora su voz se apaga, languidece:

—Una se cansa de rodar de un lado para otro. Llega un momento en que sólo deseas estar recogida entre cuatro paredes y ser la dueña de tu casa.

A María las palabras de Sabina le han traído, no sabe por qué, el recuerdo de un viejo cementerio que nunca vio, pero que soñó algunas veces: ella estaba también recogida entre cuatro paredes en un nicho. Su carne, al descomponerse, se convertía en un líquido meloso. Una moscarda, una sola moscarda verde, estaba encerrada con ella entre los cuatro muros. Ha de alejar el sueño. Desmayadamente, dice:

—Bueno. Si la repugnancia no es muy grande y no está enamorada de otro.

—¿Enamorada? ¡No me haga usted reír! Eso está bien para el cine y para las novelas.

María sonríe un poco divertida:

—¡Mujer!

Sabina le habla con voz áspera:

—¡Cómo se ve que no conoce usted a los hombres como yo! ¡Todos son iguales! ¡Unos brutos, unos egoístas!

—No todos...

Sabina no escucha:

—Te dicen: «Hay que vivir». «Hay que divertirse». «Vida no hay más que una». «Hay que pasarlo bien». Y en seguida te proponen que te vayas a la cama con ellos. Todos buscan lo mismo.

—No todos, mujer —repite María.

—Usted qué sabe. Rodando se aprende mucho, señorita María. Pero que haga el primo la que quiera. Yo, no. El tío que quiera algo que lo pague.

Sabina suspira. Se arregla el escote e hincha el pecho gallardamente:

—Yo vine a Barcelona para servir y entré en casa de una que hacía de la vida. Era de esas caras. Tenía un querido que le pagaba todos los caprichos y que no vivía más que para ella. Quisiera que la hubiera visto: era fea como un demonio. Pero había que verla cuando se arreglaba. Tenía una gracia para pintarse y para componerse...

Sabina hace un gesto ponderativo con la mano. La señorita María escucha, acariciando con una mano la tapa del cuaderno.

—Esta mujer, cuando se levantaba, lo primero que hacía era tenderse desnuda, como cuando nació, en una galería que teníamos en la casa. Al sol. Una hora. Luego venía la masajista y dale que te da. Después se bañaba, se perfumaba, y a la calle. Compras, peluquería, modista. Así todos los días. Al querido le ponía cada cuerno que metía miedo. Ese fue el primer espejo en que me miré cuando llegué aquí. Venía de mi pueblo, donde la miseria se nos comía. Mi madre, a los cuarenta años, no tenía ni un diente y era una vieja. Mis hermanas casadas ni se lavaban ni se peinaban. Tenían el vientre gordo y los pechos como colgajos. En aquel pueblo la juventud empieza a los quince años, y a los veinte una mujer puede dar asco. Hay que aguantar a un hombre que te maltrata y que los domingos, cuando llega borracho, te tumba en cualquier parte y te llena de hijos, de trabajo y de hambre.

Sabina aplasta ahora la colilla contra la piel de naranja, parabólica y graciosa, brillante y viva, que chirría un poco.

—Yo le digo la verdad: si me caso, será para estar en mi casa y ser una señora. Para no trabajar. Estoy cansada.

Hay un silencio. Se oye un reloj que da tres campanadas. El jilguero se rasca el pico contra los barrotes de la jaula. Sabina parte la piel de naranja a pequeños trozos. La piel, al partirse, pulveriza el aire y lo llena de un perfume limpio y fresco. De las habitaciones vienen ronquidos. De pronto, en una de ellas se oyen voces broncas como de pelea: «¡A ti te cogeré y te acordarás de mí!». Se oye claramente. Pero los gritos se vuelven en seguida confusos. Como si la lengua que los emitiera se trabara, se volviera gruesa como la de un borracho, o la de uno que habla en sueños.

María, la señorita que cuida niños, está un poco asustada:

—¿Qué pasa? ¿Con quién se pelea? ¿No está solo?

—Debe de estar borracho o debe soñar... Ya lo ve, un viejo carcamal que por no mantener a una mujer se ve así: solo, sin que ni los perros lo quieran.

—¿Y esos gritos? ¿No será que le ha dado un ataque? ¿No sería mejor que le preguntáramos si necesita algo?

—Por mí que se muera. Lo único que le pasa es que bebe más de lo que puede aguantar.

—Pues si parece un señor tan pulcro, tan serio...

—¡Pulcro! Se emborracha cada día. ¿No ha visto su habitación?

—No.

—Pues tiene el armario de luna cerrado con llave. Dentro está lleno de botellas y copas. Toda clase de bebidas y toda clase de copas. Yo lo vi un día en que él no

estaba, y la señora Eloísa, que tiene la llave, me lo enseñó. En un alambre, de pared a pared, tiene la ropa, y en un rincón un lavabo, una escoba y un hornillo de petróleo. Se asea él mismo la ropa y la habitación y quisiera que viera qué orden y qué limpieza... Mejor que una mujer.

—¡Pobre señor Peña!

—¡Pobre, pobre! ¡Menuda vida se da! Un día, a mí, quería pellizcarme por la escalera... Y dicen que tiene una querida de dieciocho años.

—¡Qué cosas!

Los ronquidos, el gotear de un grifo en la cocina, una moto y un silbido en la calle menean un ritmo en el silencio.

—Debe de ser muy tarde, ¿no?

—Las tres y cuarto tengo yo.

—Es hora de dormir.

—Sí, es verdad.

Cuando María se aleja hacia el otro extremo de la casa, Sabina apaga la luz. El jilguero ahueca las plumas y mete la cabeza debajo del ala. Se hace un silencio. Luego se oye llorar a un niño. Al momento el señor Peña, pequeño, giboso, como un escarabajo, sale sigilosamente para echar en el water un cubo de agua sucia. Cuando lo ha echado vuelve a su cuarto haciendo pequeñas y torcidas carrerillas. Se mete en su habitación y se encierra con llave. Se oye otra vez el llanto del niño y una voz de hombre que dice que lo va a estrellar. Al poco la señora Cleo, con un camisón blanco y una gabardina pequeña sobre los hombros, atraviesa el comedor, hacia la cocina. Se oye un grito. El jilguero hace vibrar los hierros de la jaula con el pico. La señora Cleo vuelve a su habitación, lleva los ojos encogidos de sueño y el pelo revuelto. Todo se queda a oscuras. Hay un silencio grande, muy grande. Después de un tiempo empieza a asomar el día por la pequeña galería.

Hoy, por primera vez después de meses, una cosa, un objeto, ha tenido para mí magia, me ha atraído; un cuaderno. Ha sido un simple cuaderno con las tapas de cartón decoradas como aquellos camiones de cuando la guerra: a pinceladas verdes, castaño y amarillas. «Decoración de camuflaje», que decían mis hermanas. También los soldados que iban al frente montados en camiones llevaban los cascos así...

El cuaderno, que es éste en el cual escribo, me ha llamado la atención desde un escaparate de una calle concurrida y he entrado a comprarlo.

Por la noche, después de todo el día de trabajo, suelo caer, como una piedra, en mi cama, sin sensibilidad, con un cosquilleo de fatiga en mis músculos, en mis ojos... Hacía meses que no podía leer ni escribir, que no podía concentrarme, que las cosas que me rodeaban existían sin yo verlas. Esta noche, cuando caminaba, entre la gente, hacia mi cuarto, hacia el lecho donde tenderme y descansar, como una mula que ha andado todo el día contra su voluntad..., venía, por primera vez, repito, con una pequeña ilusión, pensando en el cuaderno envuelto en un papel de seda fino y blanco. Y, ahora, escribo en él.

Yo sé lo que esto puede significar: que algo me dé placer: escribir. Otra vez.

Hace tiempo leí en un libro un relato, autobiográfico, de un hombre que había mantenido en el mar, completamente solo, una lucha con tres tiburones. El hombre, a pesar de las graves heridas, pudo sobrevivir. Al final, el autor decía que el ser humano tiene reservas que nadie puede adivinar y resortes misteriosos que le hacen conservar la vida en las mayores pruebas. Basta, añadía, que el hombre quiera vivir para triunfar en la lucha.

Y pensando todo esto algo íntimo tiembla, se horroriza. La vida sólo puede ser para mí algo largo, oscuro y despiadado como un túnel sin principio ni fin. Por eso no sé dónde refugiarme cuando siento que la vida quiere apoderarse de mí, endurecerme, hacerme suya...

Yo te lo digo a ti como si me escucharas, como si tuvieras que leer esto, quisiera evitarlo. Prefiero las flores blancas de los cementerios, las flores de los muertos... Prefiero morirme.

¿Recuerdas cuando, anochecido, atravesábamos el camposanto, para escondernos de todas las miradas? Tú querías protegerme con tus ojos, con tu voluntad, contra mi miedo. Después comprendí que los muertos eran nuestros amigos y ya no los temía. Ahora tampoco. Los muertos: flores blancas, tierra blanda y caliente para descansar. Tierra cálida como aquella hundida por mi cuerpo y tu cuerpo...

Creo que ha sido hoy la primera vez, después de aquella fuga absurda, cuando he vuelto a sentir de nuevo la impresión de que la vida me quiere. Ayer me sorprendí en el espejo un gesto duro, inflexible. Una costra sobre los músculos para luchar contra la intemperie y las inclemencias, contra la falta de amor, de ilusión, de esperanza, Y no quiero: es más hermosa la tierra removida, el incierto Más Allá, el Dios de mirada indiferente. (¿No comprendes que si la vida logra endurecerme sobreviviré al dolor de tu ausencia?). Aquel gesto que me sorprendí ayer no era mío hace tres meses. Tres

meses, ya. ¿Recuerdas?

Después de todo un día de lucha, de trabajo, desamor, humillaciones y frío, me recojo en los recuerdos. A veces se me clavan cruelmente y toda la felicidad que hay en ellos es como un agua amarga en mi alma hueca, en mi cuerpo, inútil ya.

Tú, siempre tú. Quisiera recordar cada una de tus palabras, cada mirada tuya, tus pensamientos, todo aquel vivir, tuyo y mío, lleno de sed.

La isla. Los árboles y el mar a lo lejos. Te recuerdo exigente y fiel, abatido o colérico, y, a veces, tu imagen se difumina y se pierde detrás de unas montañas o sobre un montón de piedras absurdas, todas amontonadas.

He perdido. La vida, para mí, ha sido un juego al que se echan las únicas monedas y se pierden. Hoy lo siento, la noche me lo dice y me lo dicen, también, mi cabeza y el golpear de mi sangre caliente. He perdido y no puedo llamarte. Gritaría, hasta enronquecer, tu nombre. Se lo diría a las gentes, al mar, a los árboles... Me quedaría sin voz, sin ojos, sin venas... para llamarte, Y no puedo.

La señora Cleo tiene a su hijo en brazos. Da vueltas con una cuchara de palo al caldo de una cacerola donde nadan rodajas de zanahorias, trozos de cebolla y unas hojas verdes y rizadas que parecen de lechuga. La señora Cleo deja en el suelo a David, que se queda quieto un poco tambaleante, de pie, como un monstruoso muñeco de goma, mientras su madre lo mira con orgullo:

—Ayer se comió, después de la papilla, un plato de boniato frito y dos manzanas.

La señora Lola contempla a la madre y al hijo con una extraña ansiedad en la cara. En vez de espectadora parece, por su voz, por sus ademanes, un actor que espera el momento de su aparición en escena. Sin embargo, su voz es amable, llena de suavidades y de ceceos:

—Así está él de hermoso...

Se agacha para acariciar al niño.

—¿Eh, chiquitín, que estás muy gordo, que estás muy gordo, tú?

El pequeño David ríe con cara de idiota, enseñando dos dientes solitarios en la encía rosada.

La cocina económica está llena de cacerolas y de sartenes. Todas las realquiladas han puesto su comida y se han ido: unas al sol, otras a la calle. La comida hierve haciendo ruidos vivos y apagados, como una locomotora mortecina, demasiado usada para seguir un ritmo. La señora Cleo apartó una olla en la que acababa de subir la leche y puso en su lugar una sartén con aceite.

La señora Lola insinúa tímidamente:

—Si me dejara... Yo sólo he de freír estas berenjenas. Es que mi marido...

La señora Lola lleva siempre unos delantales muy almidonados, muy bordados de pájaros y mariposas. Es como si estuviera en un baile y fuera disfrazada de cometa.

La señora Cleo corta rápidamente unas patatas en forma de media luna. Escucha el balbuceo de la señora Lola con aire de quien oye blasfemias y palabrotas.

—Lo siento mucho. Pero creo que mi hijo tiene tanto derecho como su marido, ¿no? Además, mi marido también está al llegar y lleva desde las cinco por esos mundos. Creo que es hora de que coma. ¡A ver!

La señora Eloísa entra y sale de la cocina con platos. Está sirviendo la comida a los huéspedes, a los cuatro huéspedes que comen y cenan en la pensión. Francisco la sigue, arrastrando un cesto viejo lleno de tapones de cerveza.

La señora Cleo murmura una letanía de razones, de rencores y de derechos a media voz, monótona, monótona:

—A la hora de encender la cocina todo el mundo se hace el tonto...

—Temen ensuciarse las manos...

—Yo también he llevado anillos y he tenido las uñas largas...

—Todo el mundo le tiene asco al carbón...

—Pero después...

—A todas se les hace tarde.

—Las cacerolas de todas tienen derecho a los primeros puestos.

—A los puestos más calientes cerca del fuego...

—Cerca de la llama para que hierva a escape y terminar pronto.

—A mí también me gustaría ser princesa de la China. ¡Caramba!

Sigue con voz más clara y fuerte:

—Creo que pago el carbón como las demás. Doscientas pesetas al mes, ¡que se dice pronto!... Y casi todos los días me tengo que arremangar y encender yo sola la cocina, que todo el mundo se hace el tonto... ¡A ver! Que aquí si no te pones en tu sitio...

La señora Lola escuchaba el discurso con una berenjena en la mano. De pronto se pone muy pálida y se va corriendo al water para vomitar. Tiene que apartar a Susana y a Catalina, que con unos estropajos en la cabeza juegan a señoras que van de visita. David viene balanceándose desde la cocina con un pimiento en la mano. Se asoma a la galería y lo echa abajo. Su hermana Susana se le acerca cariñosa como una mamá bien humorada, dulce.

—Para las ratitas, ¿eh?, mi vida...

El pimiento ha caído junto a un guante de goma recomido y al lado de un trozo de manguera.

Se oye el timbre de la puerta y las dos niñas van a abrir.

Es el marido de la señora Cleo.

—¡Es papá, es papá! —exclama Susana.

El señor Alfredo es judío y chiquitín. El señor Alfredo se dedica a vender saldos por los pueblos: «Señora: observe estas camisetas sin tara. Mire qué colores más sólidos. ¡Las damos, las damos...! A veinte pesetas. Y de regalo un cucharón de plástico».

Cuando el señor Alfredo llega al quinto piso, donde está la pensión, le tiemblan las rodillas y los ojos le hacen unas lucecillas rojas sobre fondo negro. Son cuatro maletas y van repletas de cosas. Un día, al subir, se le reventó una y tuvo que bajar la gente de la pensión a ayudarle a recoger guantes, faldas de tergal, cepillos de dientes. Todos los peldaños estaban sembrados.

La señora Cleo sale al encuentro de su marido. En el suelo del vestíbulo están las cuatro maletas.

—Estoy harta, ¿Sabes lo que es estar harta? Pues eso.

—Pero ¿qué te pasa?

—Esto que me pasa por no tener casa. Si tú no fueras un inútil, ya tendría casa y esto no me pasaría.

—Pero, Cleo...

—Me tenía que haber roto las piernas antes de casarme contigo.

—Pero...

—Aquí todas se creen que yo soy la criada, que he de encender la cocina todos los días... para que ellas, con las uñas bien limpias, hagan la comida.

—¿Es que...?

—Y, encima, cuando te pones en tu sitio se hacen las víctimas y se van a vomitar. ¡Como si una no hubiera estado nunca embarazada! Yo he tenido dos y nunca he hecho tanta comedia.

El señor Peña viene de la calle. Tiene la cara congestionada, llena de granos. La señora Cleo, que manotea delante de su marido, tropieza con él y casi lo tira. El señor Peña enrojece aún más, corre hacia su habitación y se cierra con llave.

La señora Cleo se retira hacia la cocina. El señor Alfredo la sigue:

—Pero, Cleo; pero, Cleo...

La señora Cleo coge a David del suelo y va delante, muy digna con su traje a rayas colgándole de los hombros y cayéndole a lo largo del cuerpo. Es una gigante. La reina de las gigantas.

Sabina sale de su habitación con su pelo color zanahoria todo alborotado:

—¡Señora Eloísa, señora Eloísa! ¿Quién ha abierto mi armario y ha metido cáscaras de cacahuete dentro?

Francisco desfila llorando con el chupete en la boca.

Catalina grita desde la galería:

—¡Una rata! ¡Una rata! ¡Se come el pimiento, se come el pimiento!

Sabina se mete en la cocina buscando a la patrona.

—¿Quién ha comido cacahuetes en mi habitación y ha metido las cáscaras en mi armario?

La voz de la señora Eloísa chirría como un cubo de latón sucio que se arrastrara por el suelo:

—A mí no me vengan a contar nada. Ustedes se apañan. En la habitación no están más que las cuatro. Yo no quiero líos.

—Y tanto. Como que ni siquiera hace las camas. No tenga cuidado que aunque llegue la porquería hasta el techo no es usted capaz de pasar una escoba... Pero para cobrar sí que anda usted lista.

El señor Alfredo pela patatas junto a una pila de platos sucios; tiene un aire ausente, casi soñador:

«La plaza del pueblo era redonda y blanca. A él lo bañaba el sol mientras vendía. A su lado, un hombre manco llevaba globos de todos los colores... Él ha pensado por un momento que el hombre iba a decirle: “¿Quiere usted un globo para su hijo?”. Pero el hombre aquel ni siquiera lo ha mirado...».

La señora Cleo mece a su niño. Sigue murmurando:

—Y una ni siquiera es dueña de hacer la comida cuando quiere... Todo el mundo tiene derecho. Pero a la hora de la verdad...

—Ya se ha ido.

—Todas las tardes se va.

—Y a la misma hora.

—¿Adónde irá?

—Todos los días sale a las cuatro.

—Se deja los platos sin fregar y la cocina hecha un asco, pero siempre hay alguna tonta que se los friega.

—Pues yo no se los tocaría. Cuando volviera, que se arremangara.

La portería es una garita de cristales, con las maderas pintadas de negro, iluminada con luz fluorescente... En invierno, cuando la señora Filomena enciende el brasero, la garita es un horno, una urna de calor amazacotado y espeso. La señora Cleo ha bajado a coser a máquina unos delantales. Suele bajar algunas tardes.

—Hasta las ocho no vuelve.

—Paulita me contó...

—¿Qué?

—Que un día la vio en un taxi con uno.

—¿Usted cree que así como sale, sin lavarse ni peinarse casi, puede ir a encontrarse con un hombre?

—Yo no sé nada. Dicen que ella tenía un novio que era taxista, y que lo dejó para casarse con el señor Joaquín por algo gordo.

—No lo entiendo.

—Sí, que el señor Joaquín estaba de cocinero en el hotel que ella servía y le hizo una tripa. Después nació Catalina.

El piano de la señora del médico se oye acompasado, casi solemne, tocando una polca. La conversación de las dos mujeres se amortigua, se pierde entre los sonidos de las teclas. Por la calle pasan dos camiones que transportan vigas de hierro, unas vigas largas, que se doblan flexiblemente a cada movimiento del camión y producen un ruido ensordecedor de bidón vacío y de fragua de pueblo. Al final de las vigas han atado un trapo rojo.

La señora Filomena mueve rápidamente los dedos haciendo vainica. Se la pagan a peseta el palmo. Una peseta de aquí y otra peseta de allá...

—¡Ah! Está ahí Pepe.

—Sí, llegó ayer.

—¡Qué hermoso está!

Pepe es un muchacho de unos dieciocho años, cubierto por completo de una gordura pálida y fofa. Sonríe estúpidamente, mirando a la señora Cleo y a su madre.

—Sí, se ha puesto muy bien allí.

La señora Filomena mira a su hijo con un cariño húmedo y simple.

—Lo malo, cuando llegó, es que todo le venía estrecho. No se podía meter ningún pantalón de los de antes... Ahora lleva uno de su padre, que en paz descanse.

La señora Filomena baja la cabeza como si acabara de rezar un responso; su hijo,

también.

—¿Qué, Pepe? ¿Cómo te fue el Sanatorio?

—Bien, muy bien. Comíamos cosas muy buenas... Las monjas me querían mucho...

—El otro día lo miraron por «Rayos» y ya no tiene ninguna mancha en el pulmón. Pero hay que cuidarlo aún. Hay que darle mucho alimento. Estas enfermedades...

El chico se apoya contra la puerta mientras hablan su madre y la señora Cleo. Cambiando el peso de su cuerpo ahora en un pie, luego en otro...

La voz es de niño aplicado, cortés, un poco tonto.

—Yo lo que quiero es ponerme a trabajar pronto.

La cara de la señora Filomena se pone sombría.

—Pero no allí...

—Si me quisieran...

—Aunque te quieran.

La señora Filomena suspira, luego mira con cierta codicia a la señora Cleo.

—El médico ha dicho que puede trabajar en algo descansado. Que esté sentado, que se mueva poco... ¿Usted no conoce a alguien que le diera un empleo?

—Si fuera en Tánger... Allí mi marido sí que conocía gente. En Tánger nosotros conocíamos a todo el mundo. En Tánger...

—Madre, voy a echarme un poco.

La señora Filomena se alarma.

—¿Estás mareado?

—No, pero es que me aburro.

—Descansa, pues, hijo, descansa.

Pepe, pesadamente, ladeándose, entra en la casa. Detrás de la garita, a continuación, hay un pasillo estrecho en el que han puesto una mesa, cuatro sillas, una máquina de coser, dos camas. Hay que ladearse para pasar, y ahora, con Pepe tan gordo...

La señora Cleo lo mira hasta que desaparece en la oscuridad del pasillo.

—A mí me gustaría poder conseguir una portería.

—Es difícil. Tiene que tener usted influencia o pagar un traspaso.

—¿Tienen muchas obligaciones?

—No. Hay que cerrar el portal a las diez. Subir a los pisos las cartas que trae el cartero. También fregar la escalera, pero yo le doy unas pesetas a la señora Carmeta y la friega ella. Yo prefiero ganarlas cosiendo, es más limpio.

—Claro.

—¡Hubiera sido tan bonito! Yo le dije a Pepe: si conseguimos el dinero viviremos como reyes. Con lo que nos den en la portería y lo que tú ganes...

—¿Le pidieron mucho?

—Veintisiete mil pesetas.

La señora Cleo se mira los brazos y los dedos como si los llevara llenos de joyas, luego mira los delantales que cose, el hilo, el aire y se queda triste, como cansada.

—Mucho.

—Pepe siempre fue cumplidor. En todas partes donde ha trabajado lo han querido... Cuando le dije aquello se puso a hacer horas: dormía poco... Esto de la imprenta dicen que es malo para los pulmones, han de beber mucha leche y él no lo decía... Yo también trabajaba todo lo que podía... En fin... Hay gente afortunada, dicen: «Quiero esto. Y esto. Quiero aquello...». En fin...

—No me hable, que también nosotros...

—El hombre propone y Dios dispone... Mejor quisiera ahora tener al chico bien, aunque no tuviéramos casa.

Se oyen unos golpecitos en los cristales de la garita.

Es el señor Alfredo con sus cuatro maletas.

—Mi marido. Ya ve qué horas. Desde las cinco de la mañana. Voy a darle la comida. Deben de ser las seis.

La señora Cleo desaparece por la escalera con una maleta en cada mano. Detrás, el señor Alfredo con la cabeza ladeada y un hombro más alto que otro por el peso desigual de las suyas.

La señora Filomena se mete dentro de la casa. Pepe, sentado en una silla, sonrío bobamente, mirándose los dedos. El anillo de plata renegrida se le ha hundido entre la carne.

Se oye un taconeo. Es Merche, la hermana.

—Quítate, globo, que no puedo pasar.

—Espera, retiro la mesa. Ahora.

—¿Ya estás aquí?

—Sí, hoy hemos salido antes.

La chica es menuda. Lleva un vestido de verano como un inmenso «can-can». Parece un perrito pequinés. Se queda mirando al hermano otra vez como si no lo conociera.

—Es que hay que ver lo gordo que te has puesto. Si los tres fuéramos como tú no cabríamos aquí.

—¡A ver! ¡Allí no hacíamos más que comer y dormir! ¡Si vierais lo que me querían las monjas!... Era al que más querían.

La madre ha puesto unas teas bajo el carbón y ahora intenta encenderlo. Toda ella se mueve nerviosamente al darle al fuego con el soplillo.

Merche ha enchufado la radio. Saca un montón de tebeos arrugados por los bordes y se pone a mirarlos frente a su hermano.

—¿De qué te ríes ahora?

—De cuando le escribí al obispo pidiéndole trescientas pesetas para unas gafas.

—¿Le escribiste? ¿Te contestó?

Preguntaba distraída. Bellas historias ilustradas de mecanógrafas casadas con un

príncipe, de obreras elevadas a aristócratas, llenaban los tebeos.

—Todos decían que no me contestaría. Que otros trabajos tenía el obispo. Pero se quedaron con la boca abierta cuando vieron que me envió el dinero.

El pasillo se ha llenado de humo. Merche encoge los ojos y Pepe tose. La señora Filomena sale a abrir la garita para que salga el humo. Una muchacha apoyada en la baranda de la escalera grita:

—¡Angelita!

Se oye el ruido de una moto.

—A lo mejor, si habláramos con el señor Peña. El parece que tiene influencia. Allí donde trabaja puede que tengan un buen empleo.

—Si vierais cómo me querían las monjas... Una, sor Encarnación, era la que más me quería. Fue la que me escribió la carta para el obispo.

—Creo que fue el señor Peña el que colocó al Carlos.

—No sé.

Pepe se vuelve a mirar el dedo, el anillo... El dedo se ha hinchado todo él, como una morcilla; el anillo casi no se ve.

—¿Habrá que cortar? ¿Eh, madre?

Un relámpago de horror pasa rápidamente por los ojos de la señora Filomena.

—El dedo, ¡no! ¡Tonto! El anillo.

Cuando al señor Alfredo le robaron las tres maletas, su mujer lo miró, bizqueando un poco, y le dijo:

—No te apures. Ya saldremos. El señor Alfredo se sentó en una silla del recibidor con los brazos caídos a lo largo del cuerpo como un pequeño chimpancé. En la garganta tenía una especie de botón de gabardina que se iba haciendo grande.

—¿Y la otra? —preguntó la señora Cleo con voz tranquila.

—La dejé abajo, en la portería. No podía...

—Toma el niño.

El señor Alfredo cogió a David, que, muy contento, hacía pedorretas, formando burbujas de saliva con la boca, y lo tuvo en brazos hasta que apareció por la puerta la señora Cleo con la gran maleta de las camisetas de invierno.

—¿Es todo lo que nos queda por vender? —preguntó la mujer.

El señor Alfredo abrió la maleta y acarició la felpa de una camiseta antes de contestar:

—Todo.

La señora Cleo movió rápidamente sus ojos por las paredes del recibidor como el que busca una salida secreta. El señor Alfredo añadió:

—Y aún caliente el sol.

Un domingo, la señora Cleo contó que allá en Tánger el señor Alfredo tenía un comercio muy importante de ropa confeccionada. Era uno de esos domingos en que la mesa del comedor extiende unas alas de madera que tiene escondidas y las familias realquiladas comen juntas. Han traído vino y aceitunas y hay una pequeña alegría cuando los hombres se convidan a fumar y las mujeres se tropiezan por el pasillo con los platos llenos de caldo caliente. Cuando esto ocurre, la señorita María, que casi siempre permanece muda y grave, dice con una pequeña sonrisa:

—Parece que estamos en una boda.

Y la señora Cleo cuenta cosas de Tánger.

—En Tánger hay pan de todas clases y loros y plumas estilográficas.

»En Tánger hay un mercado de ropa usada donde se encuentran trajes de noche por cincuenta pesetas». En Tánger no hay censura. Yo he visto a la Brigitte Bardot desnuda en una película...

La señora Cleo tiene unos dientes blancos y brillantes.

—... hacía un papel en que se enamora de uno, y para conquistarlo va y se mete en la cama con él... Se ve todo.

»En Tánger hay también *cabarets* donde las coristas salen sin ropa. Yo he ido a veces, ¿eh, Alfredo?

La cara de la señora Cleo, cuando decía esto, se bañaba de un brillo lleno de una picardía enigmática para todos los realquilados.

—Había un número muy fino. Eran tres chicas. Las llamaban «Las tres gracias». Salían con unas telas transparentes y bailaban una especie de *ballet*. Al final se las quitaban.

Cuando la señora Cleo cuenta cosas así, al señor Joaquín se le inflaman las venitas de sus ojos de huevo y mira hacia la silueta de la señora Cleo que, a contraluz, tiene una barriga pequeña y redonda. Cuando la señora Cleo cuenta cosas así, todos la escuchan; sólo el pequeño Francisco sigue viviendo su mundo intensamente y aprovecha la distracción de los mayores para destapar el bote del azúcar y meter papeles sucios por debajo de la puerta del señor Peña, que los domingos come solo en su habitación.

En Tánger la señora Cleo tenía un piso y una mora. La mora fregaba los suelos y hacía los recados. El negocio les iba bien y el señor Alfredo casi todos los días se presentaba en su casa con un melón o una botella. Después vino la independencia y el negocio quebró.

—Sí. Y aún caliente el sol —repite.

Y recuerda las casas encaladas y las azoteas y un salmodiar monótono y un ir y venir de caras morenas y de trajes de colores.

—No te apures. Encontraremos algo más para vender.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora mismo.

Las maletas de la habitación son como un castigo para la señora Cleo. Hay que sacarlas para limpiarlas, sacudirlas, impedir que los niños las abran. Hay maletas encima del armario, debajo de la cama y, además, está aquel baúl negro del rincón... Toda la casa de Tánger, Todo lo transportable, lo trajeron en las maletas.

Las abren, silenciosos, con respeto, como si fueran de un extraño. En ellas hay cosas inesperadas, objetos olvidados ya.

—¿Ves? Tenemos estas sábanas por estrenar.

—La gente de los pueblos no compra sábanas. La gente de los pueblos compra trozos de tela blanca para apedazar, pero no compra sábanas.

—Dame las tijeras.

—¿Qué vas a hacer?

—Dame las tijeras, y calla.

La mano de la señora Cleo tiene unos padrastrós junto a la uña del dedo corazón en los que se le enganchan los hilos de la ropa. Ha de cortarse los pellejos antes de seguir.

De las maletas salen las cosas más inesperadas: el batín de seda a lunares del señor Alfredo...

Aquel velo de gasa...

¡Qué poco abrigaba aquel velo de gasa! A veces tenía frío, a pesar de la buena calefacción del local.

«Las tres gracias». Eran ágiles, bonitas. Por la mañana hacían gimnasia, se bañaban, se perfumaban... El «botones» del hotel venía con bombones y ramos de flores...

—Cleo, ¿quieres subir esta maleta arriba del armario?

—Sí.

Tan grande que es la señora Cleo y cuando era una de «las gracias» el ganadero aquel la levantaba a pulso: «Ven aquí, cordera», y la levantaba.

Se hospedaban en el hotel «Rosaura». Un hotel español.

Y los hombres las rondaban como moscas.

El señor Alfredo sigue sacando cosas de las maletas, de los armarios. Hay una rosa de trapo dentro de una cajita.

A ella le gustaba aquella vida. Para alternar, después de la representación, a la señora Cleo y a las otras les exigían traje de cóctel. La señora Cleo llevaba dentro del bolso unas sandalias doradas para bailar con los que le llegaban al hombro.

—Aquí hay botones. Tres cartones llenos de botones.

—Algo es algo.

A la señora Cleo le gustaba que la llamaran «bombón» y que le hicieran regalos. En los contratos de «Las tres gracias» constaba que «la artista se comprometía a no hacer amistad con ningún cliente». Luego, si no eran simpáticas con ellos, el empresario les llamaba la atención.

—Cleo, ¿me alcanzas aquellos cartones?

—Sí.

—Podíamos coser estos botones que se han desprendido. Siempre parecen mejores si están sujetos.

A veces los clientes eran generosos y soltaban dinero. Había uno, «Aspirina», que le daba veinte duros por dejarse besar. Le llamaban «Aspirina» porque casi siempre pedía agua y una aspirina. Caprichos.

A la señora Cleo no le hubiera importado irse a la cama con «Aspirina». Era elegante y olía bien. Pero él nunca se lo pidió.

—Tenemos los retales blancos, los botones, las camisetas... Con un poco de suerte.

—Sí, si viniera el frío.

En la ventana, en un alambre de la ventana, hay ropa puesta a secar: braguitas de niño relavadas y una combinación de mujer. El viento ni las mueve.

Mi habitación da a una plazuela clara en la que hay un edificio grande y rectilíneo rodeado de casas bajas.

Al caserón, los domingos y los días de fiesta le ponen unas colgaduras, sucias, amarillas y rojas. Si tú lo vieras dirías que parece una monja disfrazada y tendrías razón.

Tengo un balcón que da a una calle estrecha de pequeños comercios. Hasta aquí llega el olor a café de una tienda de ultramarinos que hay en ella. También hay una tienda de ropa confeccionada, otra donde se venden objetos de mimbre, una pollería, una herboristería... El otro día entré en la herboristería para comprar manzanilla. Un perfume penetrante sale desde la puerta. Dentro, hay tarros brillantes con nombres hermosos, pintados. En los tarros hay hierbas para curarlo todo, y regaliz negro, de aquel que nos gustaba chupar cuando éramos niños y con el que hacíamos un brebaje negro que solíamos poner en una botella pequeña. Pasábamos el día agitando vigorosamente la botella para beberlo después, y llenarnos los labios y las comisuras de reguerillos castaños.

Esta calle podía formar parte de un viejo barrio judío. Un barrio como aquel de la isla. Un barrio con puertas oscuras donde se asomaban las caras largas de labios gruesos, las chepas y las garras de los judíos. Nobles, nobilísimos hermanos nuestros, deformados por los siglos y humillados, encarcelados y martirizados por los buenos cristianos que en la plaza pública, ante la multitud, los quemaban vivos como si fueran puercos. Desde mi balcón se ve la estrecha calle de los comercios que se acaba en la plazuela, la del edificio municipal y rectilíneo. La plazuela se continúa al otro lado por una calle muy recta y misteriosa. Por la noche tiene una luz amarilla, difuminada con sombras cuadradas en la acera. Esta calle casi siempre está solitaria.

Si tú estuvieras, esto podría ser alegre.

No sé si mi huida ha sido heroica o cobarde. A veces, creo que no hubo más remedio que obrar como lo hice.

Otras, cuando el sol es muy fuerte, las cosas brillan y la vida es, para los demás, importante, me rebelo contra algunas palabras que me parecen vacías, que son como monstruos colorados llenos de ojos y orejas y vacíos, completamente vacíos, por dentro: deber, sociedad, sacrificio...

La lucha diaria por el pan, la cama y el techo me convierte algunas veces, casi siempre, en una persona cansada y estúpida que ha olvidado que una vez tuvo ilusión y esperanzas y alegría. Y siempre los recuerdos, el recuerdo de ti, me hace desesperar.

Ya no tengo presente, ni vida, ya no vivo. Hay en mi cabeza anaqueles llenos de recuerdos que quiero que permanezcan frescos, hasta que yo me muera. En todos estás tú. Un día me dijiste: «He roto tu vida. Yo no tenía derecho».

Ahora te grito desde mi soledad: «Sí que tenías derecho, y yo también tenía razón para escapar, pero no sola, no, sino contigo. Te lo grito y tú no puedes oírme, ni yo puedo volver atrás, en la distancia ni en el tiempo, para que tú me oigas».

A veces sueño: tú aquí conmigo y el mundo lejos. El mundo, ese mundo de

sonrisas falsas, de palabras huecas —el deber, el honor, la costumbre, las buenas costumbres—. Tú aquí conmigo, tus palabras a todas horas, tus brazos y tu mirada fuerte. Tendríamos tres peces de colores y una rosa fresca en un jarro y cada noche, mi amor, buscaría tu cuerpo, buscaría tu boca. Ahora el recuerdo es como un agua amarga. ¿Te acuerdas? La luna crecía y el mar cantaba una canción seca y tranquila. Tú tenías las manos frías y no eras más que mi amigo. Yo hasta entonces había vivido en otro planeta desde el que miraba al tuyo sin saberlo, como se intuye, como se sueña.

¿Por qué cogí tu mano? Tus labios tenían miedo y los míos temblaban...

Cada piedra, cada mata, cada sombra de aquella noche te iría contando con mi voz y con mi pensamiento. Y te diría también lo que tú ya sabes. Que al amanecer todo parecía un sueño y tuve que acariciar unos rasguños pequeños y dolorosos, que las matas habían hecho en mis piernas, para saber que la noche antes yo estaba viva, que te había amado y tú me querías. Me vestí de blanco para esperarte y el tiempo de la espera fue largo como es ahora.

La raya amarilla que hay debajo de la puerta del señor Peña es viva. Adentro, se oye ruido de botellas y el crepitar de un fuego pequeño.

Cuando los domingos el señor Peña tarda en abrir la puerta, la señora Eloísa se confiesa muy preocupada:

—Un día lo encontraremos muerto...

—Es ya mayor, bebe, fuma, sale de noche...

El otro día, como eran las doce del mediodía y no rebullía, la señora Eloísa abrió con su llave y se encontró al señor Peña que, en calzoncillos, se estaba lavando. El señor Peña le armó un gran escándalo.

—Eso quisiera usted, encontrarme muerto para poder alquilar la habitación. Pues tiene usted para rato...

Los domingos, a la hora de la comida, la casa se llena de voces, de conversaciones...

El señor Joaquín explicaba hoy con detalle la comida oficial del verano anterior. Tiene la Gran Cruz del mérito militar y, a veces, la lleva colgando en la solapa. Sin embargo, nadie ha entendido aún por qué se la dieron.

—Yo era casi un niño. Nos metieron en un cuarto oscuro.

—¿Quién los metió en el cuarto oscuro?

—Los comunistas. ¿Quién iba a ser?

El señor Joaquín, cuando cuenta cosas así, pone un gesto soñador. Parece un jovenzuelo que recitara una poesía. Sabina dice que el otro día, cuando la encontró por la calle y la invitó a café, también ponía esta cara para decirle: «Sabina, pero cuánto me gusta usted... Yo le daría lo que usted me pidiera...».

—Nos metieron en un cuarto oscuro y nos echaban agua por debajo de la puerta.

—¿Quién les echaba agua por debajo de la puerta?

—¿Quién iba a ser? Los comunistas.

—¡Ah!

—Pero lo bueno fue la comida oficial del año pasado. Sobraba de todo: los pollos, el jamón, las patatas fritas... La portera se trajo una cesta llena. Fuimos todos: los huéspedes, la familia, la portera, su hijo. Yo les di las invitaciones.

El señor Joaquín infla el pecho, juguetea con su gran cruz.

—Hay que estar bien con la gente.

—Sí, para lo que te lo agradecen. Ahora van diciendo por ahí que eres un mamón, que chupas del bote.

La señora Eloísa, cuando se siente importante, pone los ojos en blanco. Los sabe poner tan blancos que le desaparece completamente la pupila. Da un poco de miedo.

El señor Joaquín pincha delicadamente una patata con el tenedor y dice magnánimo:

—Bah, no hagas caso. Tú haz bien y no mires a quién.

—Sí, para que te pase lo que con Rodolfo, que saliste fiador del traje que se compró y ahora te vienen a cobrar a ti.

El señor Joaquín levanta un hombro y hace un gesto de infinito desprecio con los labios:

—¡Bah!

La señora Eloísa no se da mucha cuenta del gran papel que desempeña su marido en aquellos momentos, con su gran cruz azul y blanca, y sigue explicando a la señora Lola la estafa del traje a plazos del que salió fiador el señor Joaquín.

La voz del señor Joaquín es más fuerte que los gritos de los niños, más fuerte que la discusión que en el pasillo sostienen Mohatá, Palacios y otro boxeador, más fuerte que la de su mujer.

—Mi hija, ahí donde la ve, se sentó al lado de un general.

—¿Verdad, papá, que el general me dio un beso?

Todos vuelven la vista hacia Catalina. La niña hace dos días que tiene tortícolis. Se levantó una mañana con el cuello torcido. Desde entonces pasea con languidez su torcida cabeza, con un pañuelo blanco arrollado a la garganta.

De pronto a la señora Eloísa le entra un arrebato.

—¡Pon esa cabeza bien!

La niña gime:

—No puedo, mamá.

La señora Eloísa se levanta de la silla, centellea. Todo su cuerpo se transforma en ángulos y aristas.

—¡Ponla bien, o te mato!

Los huéspedes, los realquilados, que comen alrededor de la mesa, pierden todo interés por los fideos amarillos, por las patatas, y con la boca llena e inmóvil asisten apasionadamente a la posición correcta del cuello de Catalina.

La niña lo endereza poco a poco. Sus ojos bovinos miran implorantes al público. Francisco vestido de demonio: calzas rojas de leotardo, en sus piernas torcidas; tiene una hendidura ruin y adulta en su boca. Sabina piensa: «Ahora crujirá el cuello, ahora, ahora...». Catalina, por fin, pone su cabeza bien y todo el mundo queda un poco decepcionado. La señora Eloísa chirría:

—Ya me imaginaba yo que era un cuento... Me he fijado que lo llevaba torcido al revés. Ayer lo llevaba hacia el otro lado.

La niña llora con toda la cara encogida. El señor Joaquín mira de reojo a Sabina, que rebaña tomate frito con un pedazo de pan. Pone el gesto del solitario, del incomprendido: sólo con su Gran Cruz en el inmenso mundo.

Se acaba la comida y todos se levantan. Es domingo. Las mujeres friegan rápidamente sus platos y se van hacia sus habitaciones. La casa, que hace poco estaba llena de ruidos, se queda poco a poco silenciosa. Todos salen hacia la calle. La última en salir ha sido Rosa. Durante la semana parece un pato. Un pato que trabajara catorce horas diarias. Llega por la noche con la cara embotada de cansancio y arrastrando los pies. Quiere casarse y ahorra para un piso. Hoy se ha puesto un traje estampado y parece otra. Ha venido a buscarla su novio. Cuando Rosa mira a su

novio embellece, se vuelve femenina, suave. Hace un rato que su voz de cuervo se ha perdido ya, escaleras abajo.

La señora Cleo plancha silenciosamente. Su marido ha salido con Susana y el niño duerme.

La raya amarilla que se veía debajo de la puerta del señor Peña se convierte en un triángulo vivo y creciente, y el señor Peña sale de su habitación afeitado, limpio y satisfecho.

El señor Peña aspea los brazos: arriba, abajo, a un lado, a otro lado.

—Cuando todos salen, yo me quedo. Si todos se quedan, yo me voy.

Parece un molino de viento de papelillos blancos.

—¿Y usted? ¿No sale? ¿Eh? ¿No sale?

—No, señor Peña, ¿para qué voy a salir? ¿Para ir a dar vueltas por ahí con los críos a cuestras? Pues no. No me hace ilusión.

—Claro, es lo que yo digo; ¿para qué? El café lo puedo tomar en casa; el partido de fútbol lo puedo escuchar en casa... Pues, eso digo yo: ¿para qué?

La señora Cleo sueña, recuerda. Tiene los labios gruesos, abultados, como si le hubieran puesto un pegote de arcilla sobre la piel y se los hubieran modelado.

—En Tánger yo tenía amistades, familia. Me gustaba arreglarme los domingos, perfumarme, ponerme mis joyas y salir... Además, si salía, le ponía a la mora un uniforme blanco todo almidonado y ella me llevaba el carrito con el niño. Yo llevaba a Susana de la mano... Se queda embelesada, mirando al aire, con la plancha quieta.

—Y tenía mi piso. Venían los amigos a casa. Yo preparaba emparedados y bebidas. Sí era invierno encendía la chimenea... Pero aquí, ya sabe usted, pagas y no eres dueña de nada. Por otra parte, no conocemos a nadie.

—¡Ah! Eso... Cada uno allá él.

Al señor Peña se le inflamaban los granos al hablar: rosa, rosa más fuerte. Rojo.

Hay un silencio. Un breve silencio. El señor Peña estira con los pulgares la goma nueva de sus tirantes.

La señora Cleo pasa y repasa la plancha oxidada por la ropa.

Sale de su habitación Sabina, que lleva un quimono verde de flores amarillas.

—¡Huy! No sabía que ya estaba usted en casa —dice la señora Cleo.

—Tenía que salir, pero me quedé dormida. Acabas reventada. Los domingos no te queda humor de nada. Y si al menos te hicieras millonaria... Pero por el triste comer te dejas la piel por esos mundos. A los pobres nos tenían que estrellar al nacer...

—«Más difícil es que entre un rico en el reino de los cielos que pase un camello por el ojo de una aguja...». Recita el señor Peña con el dedo en el aire. Sabina se vuelve como si la hubieran pinchado:

—¡Camellos! ¡Agujas! El infierno está aquí. Y el cielo lo tienen los ricos.

—Eso digo yo también —dice la señora Cleo, que lleva salivilla blanca en las comisuras.

—Bien, señoras, no se enfaden ustedes...

Al señor Peña parece que le nacen las piernas debajo de los sobacos. Los tirantes son cortos y los pantalones le llegan hasta arriba.

Sabina lleva ropa envuelta en una toalla.

—Ahora voy a lavar unas cosas. A aprovechar... Los otros días está todo tan concurrido...

—Sí, mucho pagar y pocas comodidades. Ahora se lo decía al señor Peña: vas a lavar y siempre hay alguna lavando. Vas a planchar y siempre te han ganado la mano.

El señor Peña mira, silbando, hacia el techo. No quiere comprometerse.

—¿Encontraron al ladrón de las maletas?

—¡Qué va!

—¿Y han avisado?

—¡Ya lo creo! Mi marido denunció el robo y, además, avisamos a esa sección de la radio que se llama «Mayordomía». Pero nada.

—¡Qué sinvergüenzas!

—Sí, ya ve. Se llevaron las tres maletas mejores. No dejaron más que la de las camisetas.

—¿Y cómo se arreglan ustedes?

—Pues ya se lo puede imaginar. Muy mal. Mi marido, que es hebreo, ya lo sabía usted, ¿no?, fue a la sinagoga y contó lo que nos pasaba. Le dieron dos mil pesetas. Con ellas vamos tirando. Hasta que se acaben. Después... Dios proveerá.

—Sí, Dios proveerá. Como no nos espabilemos nosotros...

—Mi marido tiene mucha confianza en Dios. La semana pasada, que era para ellos el Día del Perdón, se pasó dos días en la sinagoga haciendo penitencia. Sin comer ni beber.

—¡Anda morena! Y después van y le roban las maletas. El señor Peña, mientras hablan las dos mujeres, da paseos rápidos por el comedor con las manos a la espalda.

—Ahora se ha ido a hablar con un señor judío que tiene muchas fincas. A lo mejor nos dará un piso. Ellos entre ellos se protegen.

—Claro, es natural.

Suena el teléfono. Sabina deja el envoltorio de ropa encima de una silla y va hacia él.

—Sí, yo misma.

»Nada. Me eché un poco después de comer y me quedé dormida.

Su voz suena desabrida, fuerte:

—Pues lo siento en el alma. Pero si no estuviera reventada de toda la semana, eso no pasaría.

»Pues, mira; lo único que tengo que decirte es que me voy a liar la manta a la cabeza y esto se va a acabar. Para cuatro cochinos días que se vive.

»¡Que tenga paciencia! ¡Que tenga paciencia! ¿No sabes otro disco? Es muy fácil de decir eso con los pies calientes y la barriga llena...

»¡Trabajo honrado! ¡No me hagas reír! ¿Y cuándo pasa el encargado por mi lado

y me pellizca? ¿Y cuando el otro, aquel cabrito del amo, me invita a cenar, también te gusta?

La voz de Sabina ha ido subiendo de tono. Se oye en toda la casa, tan silenciosa hoy. La señora Cleo plancha sin decir nada, escuchando. El señor Peña da cortos paseos estirándose la goma de los tirantes y echando furtivas miradas al pasillo donde está Sabina con el teléfono, y a la puerta de su habitación.

Se oye llorar a David. La señora Cleo desenchufa, deja la plancha y corre hacia su habitación.

Sabina ha colgado ya el teléfono.

—Bueno, voy a lavar esta ropa, que mañana es lunes.

Lenta, pesadamente, doblándose por las rodillas al andar, desaparece hacia la cocina.

En el momento que se queda solo, el señor Peña pone un gesto infantil de desamparo.

Cuando vuelve la señora Cleo, la casa retumba. Trae al pequeño David envuelto en una chaqueta.

—Voy a darle el calcio a mi David. Le tocaba a las cinco y son las seis.

Encima del aparador está la botella lechosa del calcio. La señora Cleo le da una cucharada al niño y luego lo deja en el suelo. David se mueve de un lado para otro, como un «michelín» blandote.

—Yo, aquí donde me ve, no he tomado nunca una medicina. Ni aspirina.

El señor Peña levanta la cabeza para hablar con la señora Cleo, alta, omnipotente.

—Ni sé lo que es una aspirina. Ni sé cómo se toma. Bueno, vamos, creo, me imagino, que debe tomarse disuelta en agua.

Hay una inocencia total en los ojos empañados de amarillo del señor Peña.

—Ni sé el gusto que tiene.

La señora Cleo siente oleadas maternas, llenándola.

—Es amarga.

—¿Es amarga? Pues mire, no lo sabía. A veces, los jóvenes, en el café, piden bicarbonato. Pues ya ve. Yo no sé lo que es el bicarbonato. Otras veces...

Va cayendo la tarde. Cuando oscurece empiezan a llegar los huéspedes. Primero Mohatá, Tomás y un tipo bajo con la nariz chafada. Mohatá farfulla medias palabras:

—El pie. La mano. Así. Palacios dijo: «Eso, bien. Eso, no».

Mohatá boxea con el aire. Bailotea sobre los pies. Salta. Vuelve a bailar.

—Palacios, con esto, dijo: «Bravo. Eres un tío».

Se van los tres hacia el fondo del pasillo donde tienen la habitación. Tomás es el único que quiere compartir la habitación con Mohatá. Los demás dicen que hiede. Como es moro...

Al poco rato llega el señor Alfredo con un gran envoltorio. Lleva a Susana de la mano. La señora Cleo, cuando los ve llegar, arrolla cuidadosamente el cordón alrededor de la plancha.

—¿Cómo te ha ido?

La cara aceitunosa del señor Alfredo suda.

—Traigo esto.

—¿A ver?

Recogen los niños y se meten en la habitación.

El señor Peña mira a su alrededor y al verse solo se va hacia la suya. Se oye el ruido de la llave con la que da dos vueltas, lentamente, tristemente.

Los domingos. Este domingo. Todos los domingos la señora Lola se coge del brazo de su marido y se van los dos, limpios y endomingados, a buscar casa. Es como un deporte. Ya lo practican con alegría, con completo desinterés, con una lejana esperanza de lograr un día un piso, como algunos consiguen una herencia o una copa de plata en los juegos olímpicos.

La señora Lola se quita su delantal almidonado para salir. Pierde entonces toda su semejanza con una cometa que anduviera tambaleándose por el aire —subiendo, subiendo, hasta perderse detrás de las montañas...—, se unta el pelo de brillantina y en los labios se da un trazo curvo y rojo sin demasiado cuidado, un trazo mágico que de pronto la convertirá en mujer de la ciudad, una más, de las que andan de prisa por las calles, sin pelos en las piernas y un bolso colgado del brazo. Por la calle la señora Lola tiene los ojos ávidos. Unos ojos que se tragan las palabras y las cosas. El rodar de los coches y el silbar de las palabras de Fermín.

—Ayer, el otro lado del río, parecía un avispero, con tanta gente. Como aquel día, ¿te acuerdas?

—Sí, ¡qué escándalo aquel día! Pedro desnudándose en medio de la calle y tirándole la ropa a la vieja: «¡Tome, ladrona! ¡Bruja...! ¡Tome!».

—Pues ayer igual. Se llevaron al murciano hacia el hospital y la gente quería matar a sus hijos y a ella.

—Seguro que fue ella la que encizañó. Nunca fue buena.

—El murciano echaba sangre por la boca como si lo hubieran reventado. Tiene dos costillas rotas, dicen. Claudio y Juan lo pisotearon, le bailaron encima.

—¡Qué animales!

Pasan por la puerta de un cine. Hay cola para sacar las entradas. Un hombre pequeño, con gafas de montura de oro, discute en catalán con uno alto que lleva un traje de tergal azul y tiene una nuez redonda y movable. Una señora muy pintada pide la vez, al final de la cola.

La señora Lola y su marido se han parado un momento a ver los carteles.

—¡Cuánta gente!

—Sí, y lo chocante es que no hay ninguna cara igual. Cada cara de una manera. A mí, al principio de estar aquí, me parecía raro, al pasar por la calle, ver tanto personal y no conocer a nadie. ¡Como en el pueblo todos nos conocíamos!

—Mi madre siempre decía: En eso se ve lo sabio que es Dios. Con tantas caras que ha hecho y ninguna es igual.

Estaba lejos el pueblo, lejos el día en que llegaron a Barcelona recién casados, y alejados parecían, también, los días en que estuvieron realquilados en casa de la vieja Agapita, al otro lado del río; al otro lado de la fábrica donde trabajaba Fermín. El río negro por los residuos de las fábricas, con manchas de grasa nimbadas de iris, nadando por encima, con un olor picante desprendido de sus aguas.

El jornal pequeño de su marido y lo que ella ganaba fregando vasos en el bar —la «Coca-Cola» pegada en los fondos, una colilla, los posos negros de café, los platillos

grasientos de la gamba y de la anchoa— no daba más que para pagar el cuarto y comer. La habitación compartida con otro matrimonio y un peón de albañil, que se llamaba Pedro, en casa de Agapita, una vieja con cara de demonio, en el barrio lleno de fábricas, con un polvillo oscuro, en el aire picante, que dejaba negras las ventanas de la nariz, las orejas y la ropa.

Los sábados, cuando llegaba Fermín con la semanada, solía decir como disculpándose: «Los comienzos siempre son malos. Ya vendrán tiempos mejores», y sonreía con su sonrisa de caries y esperanza.

Los comienzos habían sido malos, largos, duros: buscar trabajo, trabajar hasta sentir un calambre cosquilleante, atenzador, en las articulaciones. Pelearse por una sartén y por la lumbre con la vieja y terminar el día y la fatiga en el cuarto agobiante. En la oscuridad sin ventanas todo parecía más denso. El aire encerrado se adueñaba del olor a sudor, a tabaco rancio, a orinal, se adueñaba de los ronquidos de Pedro o de los gritos de sus sueños, cuando tenía pesadillas de nidos de ametralladoras y bombas de mano, como si aún estuviese en la guerra.

—¿En qué piensas?

—Pensaba en la Agapita. En aquellos tiempos en que estuvimos en su casa.

El hombre sonrió con una amargura inquieta y agridulce:

—Ahora es todo mejor, ¿eh?

—Sí, ahora ganas más y tenemos un cuarto para nosotros solos.

Siguiendo andando, bien cogidos, con una dicha inmensa, más grande que la ciudad y que aquel cielo rojizo y que las calles tan largas que nunca se acaban. Ahora, cuando llegaba Fermín del trabajo, ella le esperaba en su habitación y se podían revolcar por la cama y él le hacía cosquillas y le decía:

—¿Qué hay en esta barriga?

Y ella contestaba, riendo, medio ahogada, feliz:

—Un niño.

—¿Y de quién es este niño?

—Tuyo.

Se besaban, se perseguían chocando contra las paredes del cuarto y después ella se ponía su delantal almidonado y se iba a hacer la cena; si quería, podía traerla a la habitación y, allí, sobre una maleta, con un mantel limpio debajo, cenaban...

—Y aún estaremos mejor. Ya verás. Un día tendremos una casa para nosotros solos.

La cara de la señora Lola era una luna sonriente y luminosa.

Cogieron un tranvía. Iba lleno, pero pudieron meterse. Un muchacho moreno y sudoroso explicaba a otro algo muy barroco sobre cinco duros que tenía que dar a alguien. En la otra parada subió una mujer con las piernas hinchadas, desproporcionadas a su cuerpo, y un hombre con un bastón de mango de hueso. Tuvieron que apartarse aún más y el hombre aquel puso su bastón en alto, más arriba de las cabezas de todos. A la otra parada se bajaron.

Era emocionante coger el tranvía y buscar direcciones por las calles. Direcciones que tenían escritas en una libretita de tapas de hule. Direcciones de gente del pueblo que se había asentado en Barcelona. Todos tenían casa e hijos. Algunos eran abuelos. La mayoría no los conocían:

—¿Y tú de quién eres hijo? —preguntaban.

—¿Se acuerda usted del tío Daniel, que le llamaban de mal nombre Talego?

—¡Ah! ¿Que vivía en la calle Honda, al lado de la Eufrasia?

—Eso.

—Entonces, tú eres...

—Fermín.

—¡Ah!... Tú eras así, cuando yo me vine. —Y señalaban algo indeciblemente pequeño con la mano.

Las casas donde vivían los del pueblo venían a ser todas por el estilo. En el centro de la capital, con escaleras llenas de bifurcaciones. Oscuras... En las afueras, en barrios cercanos al verde y a la montaña. Todos tenían radio y algunos televisión, pero ninguno sabía de pisos baratos para alquilar, sin traspaso ni anticipo. Cuando terminaban la visita, ya en la calle, Fermín siempre decía:

—Cuando tengamos un piso nos compraremos una radio.

—Y una nevera.

—Sí.

Se acababa el domingo. Volvían arrastrando los pies hacia la «Pensión Eloísa», cansados y con una recóndita amargura de fracaso que al acabar la nueva semana desaparecía. Al domingo siguiente volvía a ser emocionante cogerse del brazo y continuar buscando, continuar descubriendo gente nueva del pueblo, que se había afincado en Barcelona, que tenía radio, nevera y algunos hasta televisión.

En la cama, a oscuras a veces, Fermín oía suspirar a su mujer.

—¿No duermes?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

—¿Y si nos volviéramos al pueblo?

—¿Volver al pueblo? ¿Estás loco?

—Allí somos alguien. Aquí...

—¿No comprendes que seríamos la risión de la gente? Dirían: «¡El par de tontos! ... Todos los que se han ido antes que ellos han cogido buenos empleos y para la fiesta vienen que dan envidia. Y éstos, ¿qué? Tanta importancia que se daban y han vuelto con el rabo entre las piernas».

—Esperemos un poco más. Pero ya ves que no es tan fácil.

—Otros han prosperado. Otros han encontrado. No vamos a ser nosotros menos. Trabajaremos. Reuniremos dinero para un traspaso.

Se dormían.

Una noche, Fermín tuvo un sueño extraño.

Vio a su padre, allá en el pueblo, rodeado de sus hermanos, de su familia, con su madre —muerta ya hacía dos años—. Hablaba:

—El pueblo se ha quedado solo. No hay nadie más que nosotros: ¡Aligerad...! Coged las azadas y las bieldas y la yunta con las mulas. Hay que escardar, hay que arar... La tierra no se cuida sola. Es muy señora la tierra.

Después, con aire severo, le señaló a él con el dedo:

—Y tú, Fermín, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué quieres?

—Una casa en Barcelona.

—¡Una casa en Barcelona! Eres un barbián como mi suegro, que si le hubieran dado a renta todas las tierras del Ortigal, todas las hubiera tomado.

Se reía a carcajadas. Afuera se oía la tormenta y un ruido ensordecedor de casas que se venían abajo.

—Otra casa. Se ha hundido otra casa. No quedará una en pie, ya lo veréis.

Se tapaba los oídos con las manos y ponía cara de loco. Volvía a mirar a Fermín, humanizado de pronto:

—Yo también quería muchas cosas cuando era joven, ¿sabes? Sí, siempre deseé «las Carrascas» y la casa donde vivía la Bolanga. Era grande. Allí cabían todos los hijos que yo hice y los que pensaba hacer. Allí, en las cuadras, cabían cuatro pares de mulas.

Cambiaba la voz hasta hacerla tierna, como si en vez de ser su padre fuera su tía Bruna, la que le hizo de madre durante años, con sus arrugas simétricas a los lados de los ojos y sus pasitos de pájaro:

—¿Dices que quieres una casa? ¡Ven!

Fermín se agarraba a su mano. Volvía a ser un niño, y su padre era grande, gigantesco. Empezaron a recorrer calles del pueblo. La calle Honda, la calle del Viento, la del Alamillo, la de la Soga.

Todo el pueblo estaba desierto. No se veía ni una persona. Las culebras y los lagartos salían de las casas que conservaban todos los muebles arreglados y limpios, como si alguien se cuidara de ellos. Un gran silencio envolvía las calles y las piedras.

—¿No quieres casa? Pues coge casa. Mira, allá está la de la Bolanga. Tiene muchas habitaciones, las cuadras grandes, y las bovedillas son macizas, no se van a caer así como así.

La casa de la Bolanga estaba, en su sueño, sobre un picacho, como un castillo, con nubes negras encima.

Yo lo sentía crecer dentro de mí como un grano de trigo húmedo y vivo. Notaba que participaba de mi cuerpo, cómo se alimentaba de mi sangre y notaba que mis pechos se hinchaban cada día más, preparando su llegada. Desde el principio fue dominante y exigente como tú. Yo estaba orgullosa y, al imaginarlo, no podía hacerlo sin verte a ti en cada una de sus formas.

Ahora que todos los días me dedico a cuidar niños para ganarme la vida, que los baño, que los visto, que los mezo para que se duerman..., al conocer uno nuevo lo recuerdo y me digo: «El mío hubiera sido mejor».

A veces, si lloran o estoy cansada, apretaría rudamente su garganta hasta dejarlos inmóviles. ¿Quieres decirme por qué pueden ellos vivir, si él no nació?

En sueños me hinchaba hasta convertirme en un globo grande. Me elevaba por encima de los tejados, de las casas de la ciudad y del mundo y, entonces, te veía a ti, pequeño, que me llamabas con la mano y que tenías una expresión desesperada en los ojos. Yo te gritaba que cogieras el hilo, que estaba en el suelo, junto a tus pies. Y tú no me oías.

Él, tú. Mi hermano.

Mi hermano nació cuando yo tenía trece años. Yo había sido, hasta entonces, una niña rara, solitaria, que huía de mis hermanas y que me pasaba horas sentada en la cama o en el desván, pensando.

Sólo tuve una amiga. Era huérfana, enlutada y coja. Los domingos de invierno nos íbamos a jugar con el hielo que se formaba en los charcos del Río Seco y algunas veces llevábamos flores a unos nichos del cementerio que tenían dentro del vidrio unos pensamientos pequeños de tela morada y la fotografía de un hombre, con cara redonda y blusa de labrador, y de una mujer. Eran los padres de mi amiga. Ella lloraba voluptuosamente y yo ponía todo mi esfuerzo en imitarla, pero se me iban el pensamiento y los ojos detrás de los gorriones y de los montones de tierra con piedrecillas brillantes... Me gustaba ir al cementerio y leer las frases escritas en las tumbas y los nombres con apellidos largos y repetidos en los panteones de los ricos, guardados por cadenas grandes y oxidadas.

Lola, Anita y Carmen, mis hermanas, vivían en un mundo dorado que yo no entendía. Yo me sentía atraída por aquella chica llorona y gris, que llevaba siempre abrigos cortos de manga y una venda sucia en la pierna.

Mi hermano nació cuando yo tenía trece años. Escondida en una habitación donde no había más que armarios, mirando por el ojo de la cerradura, le vi nacer: rosado, envuelto en tripas y repugnantes trozos de carne oscura... Apoyé las palmas en el suelo y comprendí, entonces, de golpe, la vida.

Hasta aquel momento todo había sido fábula. Las niñas, en el colegio, contaban cosas extrañas de los Reyes Magos, de las madres y de las comadronas.

Y, de pronto, todo aquello quedaba desvelado, y el misterio de la vida limpio y tibio frente a mí, en mi hermano.

No sé si fue esto lo que me aferró a él. De noche me quedaba despierta largas

horas. Si lo oía llorar pedía que me lo dejaran. Aún recuerdo el frío de las losas en mis plantas y un escozor en los ojos que querían cerrarse.

Por la noche, bajo el embozo, espiaba el brotar de mis senos y cómo mi cuerpo todo se iba redondeando.

Cuando caminaba por la calle, procurando no pisar las juntas de las losas —«Si las piso iré al infierno, o, si las piso me volveré camello o perro sarnoso»—, me acordaba de pronto que era una mujer y me entraba una emoción honda, como una ola caliente desde dentro. Con el niño a cuestas me recorría el pueblo de un extremo a otro y le hice un gorrito de lana de colores que mi madre no quería que le pusiera. Yo me lo escondía entre la ropa y cuando nadie me veía se lo colocaba. Parecía un pequeño mono. Pero para mí era extraordinario.

Los espejos repetían los tubos del techo: unos tubos azulados y fosforescentes, la mesa llena de papeles y los labios caídos del hombre. La señora Cleo también estaba dentro del espejo, y también estaban los recortes de periódico pegados en la pared —«Apoteósico éxito del cuarteto “Los Faroleros”»—, y aquella fotografía, que se abarquillaba por los bordes, de una chica vestida con mallas enseñando sus grandes dientes: «A Guillermo, el machote».

—Entonces, usted, ¿actuó en «Rosales»?

—Sí, señor.

—¿Y qué dice que hacía?

—¿Se acuerda usted de «Las tres gracias»? ¡Yo era la alta, la de en medio!

El hombre bostezó:

—¡Caramba, caramba!

—El año anterior presentamos los mismos números en Tánger, Casablanca y en el «Kalhau’ns» de Gibraltar. No nos dejaron entrar en España.

—¡Vaya, vaya!

El hombre la medía y la pesaba con sus ojos pequeños y enrojecidos, con una caspilla gorda entre las pestañas. El cigarro parecía que iba a desprenderse y caer de los labios. Eran unos labios como de goma vieja, blancuzcos, dados de sí.

—A ver. Póngase en pie.

La señora Cleo, al levantarse, sintió la corriente rápida de un punto en la media, y cuando el hombre pequeñajo la estaba mirando le parecía que unas circunferencias concéntricas, todas de colores, nacían y morían en el aire de la habitación.

El hombre preguntó apagadamente, mirando unas rayas que había garabateado en un papel, mientras la señora Cleo estaba de pie:

—¿Y qué sabe hacer?

—Baile español. Clásico...

Una mujer teñida, de rebeca morada, tomaba notas en un rincón junto a la máquina de escribir.

—Susi, recuerde que el jueves a las siete y media hay ensayo. Escriba los avisos.

El hombre se levantó y estuvo revolviendo, de espaldas a la señora Cleo, papeles, ficheros, fotografías... Con la mano libre se rascaba la entrepierna:

—Bien. Muy bien. Ya he tomado nota y en caso de haber algo miraremos de avisarla.

La puerta de entrada fue abierta y una corriente de aire frío se coló dentro, al mismo tiempo que una joven de largas piernas y ojos pintados:

—¿Ves, Guillermo? Ya me tienes aquí. Luego dices que no soy puntual. ¡Soy la puntualidad!

Canturreó:

—¡La puntualidad, la puntualidad!

Al señor Guillermo se le ensanchó el rostro y los labios se le estiraron hacia las orejas.

—Mira qué número, Guillermo.

La chica movió en círculo los hombros, elevando los brazos:

—«¡Hay, qué rica la charanga, mamá...!».

El bolso se le abrió y todas las cosas que había dentro rodaron por el suelo, mientras ella se reía como una gallina.

El señor Guillermo corrió a coger una polvera negra que había rodado debajo del estante alto, junto a la ventana.

A la inclinada chica se le veían, por el escote, los redondos pechos.

La señora Cleo hubiera querido irse silenciosa y digna, pero al levantarse tropezó con la silla, que cayó aparatosamente.

Guillermo y la chica, que se estaban riendo aún, se volvieron a mirarla como si no la hubieran visto hasta entonces.

La señora Cleo recogió la silla.

—Lo siento.

—No es nada.

—Buenas tardes.

—Mandar, señora.

Un sol fuerte, amarillo y naranja, llenaba las calles. A la señora Cleo la asaltaban pensamientos obsesivos; el precio de un tubo de labios: «Un tubo de labios regular cuesta veinticinco pesetas, veinticinco, veinticinco...». La cara de Nervión, el médico, cuando le hablaba. En las Ramblas, bajo el sol, los puestos de flores eran colores: verde, rojo, anaranjado... Bulbos, esquejes, planteles tiernos...

La cara de Nervión, el médico, al decirle:

—Cuando una teta se cae, hija mía, no hay más solución que una estética. Una operación, niña, una operación...

En la entrada del «Metro» un hombre viejo y tullido tocaba un xilófono. Tenía delante un periódico extendido con algunas monedas encima.

En los quioscos se exhibían libros y revistas. Montones de libros. Revistas colgadas, revistas colocadas en el suelo, con cantos redondos y pedazos de hierro encima para que no volaran. «Fabiola y el rey de Bélgica». «La princesa Margarita...».

—Una operación. El criar a los hijos trae esto. Los hijos se comen la esponja que sujeta el pecho y éste se cae. Es la vida, hija. Y, por otra parte, los pechos son para eso, no para enseñarlos por los escenarios...

Unos papanatas miraban pintar un cuadro a un pintor albino que llevaba un guardapolvo oscuro lleno de manchas de lejía.

La voz de su madre cuando se arruinó el negocio de su marido:

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Ir como los titiriteros, de un sitio para otro?

En la sinagoga, el viernes, cuando ella fue, las mujeres hebreas llevaban pieles y olían a perfume caro. «Un tubo de labios cuesta veinticinco pesetas. Una operación estética debe de costar una fortuna...».

El fardo de ropa que le dieron el otro día al señor Alfredo contenía una serie de trajes de muselina, mustios, pasados de moda, cansados de estar en un desván, cansados de ser traídos y llevados por los niños que se disfrazan.

En las jaulas amontonadas, los periquitos, los canarios, los loros... armaban un guirigay de mil demonios. Un pez miraba desde una pecera, agrandado e importante. Una docena de ratones blancos comían salvado en una jaula de madera.

Las pieles de las hebreas. La cara de Nervión, el médico. La voz de su madre: «Los titiriteros van y van y van...».

—¡Señora, a ver si mira por dónde anda!

Había tropezado con una rubia malcarada que le chillaba.

«¡A la mierda!», pensó.

El guardia pitaba y braceaba en medio de la calle:

—Pit, pit...

Un hombre, detrás de ella, arrastraba su pierna enyesada.

Atravesó la calle rápidamente y se metió en el callejón estrecho que daba a la plazuela de la pensión.

Detrás del tablón verde: «Pensión Eloísa», una bombilla encendida, alta, inaccesible, y David, baboso y sonriente, sacando el trasero al andar. Y la señora Lola con su barriga:

—Menos mal que ha llegado. Aún no he ido a la compra. Como la señora Eloísa también se fue... Desde las diez estoy con los niños...

Francisco, con cara de haber bebido vino, llevaba una banqueta azul y despintada de un sitio para otro.

—Esa banqueta hará que alguien se parta la cabeza. Antes, he tropezado, como el pasillo está tan oscuro, y no me he caído porque Dios es bueno. Ayer se la escondí en el armario, pero éste todo lo encuentra. Así se sube por todas partes con la banqueta y alcanza donde sea: donde el azúcar, donde el vino...

La señora Cleo había cogido a David en brazos y miraba pensativa a la señora Lola sin escucharla.

El sol, redondo y fuerte, los abrigos de piel de las hebreas, los labios del empresario, los pechos lozanos de la chica...

La señora Eloísa entró cargada con la bolsa de la compra. En la mano llevaba dos yogurts. Al ponerlos sobre la mesa hicieron ruido de cristal gordo y valioso.

David, al verlos, empezó a señalarlos con el dedo, a reírle a su madre y a acariciarle la cara. Al notar que no le hacían caso se puso a dar gritos.

La señora Cleo salió de su ensimismamiento y dijo con voz opaca:

—Nada, que no hay yogurt.

David forcejeaba por bajar al suelo y su madre lo bajó.

Francisco arrastraba el banquillo, y el banquillo rechinaba como un diablo. David se fue andando hacia la mesa, columpiándose a un lado y a otro, blandote, blanco. Se empinaba, apoyándose en la mesa, sobre los pequeños pies, para alcanzar los yogurts.

La señora Cleo se levantó. De una patada lanzó contra el aparador el banquillo que Francisco arrastraba. El banquillo quedó acostado y torcido. Cogió a David violentamente y volvió a sentarse con él.

David se puso a llorar mansamente. Parecía un animal dolido, encerrado, gordo.

—¿Te callas? ¿Te callas o te reviento?

A la señora Cleo se le puso una nube roja delante de los ojos. Del primer guantazo que le dio a David, las mejillas del niño se pusieron blancas, luego rojas, luego oscuras... Le pegaba sin mirar: en las nalgas, en las piernas, en la cabeza, en la cara...

Salió la señora Eloísa y la señora Lola y más gente, toda la gente de la pensión:

—Pero..., pero..., ¿se ha vuelto loca?

Un viajante, que había pasado la noche allí, se lo arrancó de un manotazo.

—¡La histeria se las come! ¡Todas son iguales!

La señora Cleo se dejó caer en el suelo con la cara contra los ladrillos y lloró como una loca impotente.

Un día Moisés habló con Dios y le dijo:

»—Tengo miedo de la muerte. Hazme flor, o insecto, o piedra o grano de arena...

Pero no quiero ser un muerto.

»Y el Señor le contestó:

»—Si fueras inmortal llorarías eternamente al contemplar tu obra».

Al estudiante Anselmo, cuando traga saliva, la nuez le sube y le baja por el cuello largo.

—Eso lo debía decir refiriéndose a las persecuciones de judíos que ha habido. El otro día estuve leyendo una revista que hablaba de esto. Había un reportaje con unas fotografías patéticas: un judío que parecía un esqueleto...

El señor Alfredo, el judío sefardí parece que no lo escucha. Habla como en trance. Si le apareciera un nimbo dorado alrededor de la cabeza, como a los santos de las estampas, al estudiante Anselmo no le sorprendería.

—Nosotros no podemos comer carne ni pescado sin escamas. El pescado sin escamas es carnívoro.

El señor Alfredo tiene una cara morena, pequeña, obsequiosa. Parece que siempre está ofreciendo una mercancía.

—«Señora, guantes. Preciosos guantes de goma. Sólidos, bonitos... Usted tiene una mano fina, exquisita. Consérvela así con unos guantes para toda la vida. Sólo por diez pesetas. Los tiro, los regalo, los doy».

El estudiante Anselmo pone su mano cuadrada en la página quince de la «Filosofía didáctica». Si estudia en su habitación, la patrona se queja de que tiene demasiado tiempo la bombilla encendida. Si sale aquí tiene que tragarse los rollos del sefardí y no puede estudiar.

El señor Alfredo quita el papel de estaño de un paquete de tabaco vacío que alguien ha dejado sobre la mesa. Lo contempla a contraluz. Se humedece los labios y sigue hablando:

—Nosotros no cohabitamos con nuestras mujeres hasta cuarenta días después del parto. Una mujer que menstrua no puede entrar en la sinagoga. Está impura.

El estudiante Anselmo, que había empezado a leer que «otros países que han precedido a Alemania en la pedagogía del trabajo, como Norteamérica, Inglaterra y...», levanta la cara del libro y pone en sus ojos de miope una intensidad de atención.

El señor Alfredo, mientras habla, dobla y vuelve a doblar el papel de estaño hasta lograr unos cuadrados diminutos, brillantes... Los pone sobre la tapa de un libro amarillento y pequeño que tiene entre las manos. Mira el libro atentamente, le sonrío, lo abre despacio, hojea:

—Mire lo que dice aquí:

*¿qué, Señor, te quedas tan lejos,
condes en los tiempos de angustia,*

*tras se engríe el impío, es vejado el pobre,
gido en los ardidés que aquél fingió?*

La señora Cleo sale de la cocina con un cubo de plástico, lleno de agua, en una mano. Con el otro brazo, apretado contra su cuerpo, lleva a David, que duerme.

—Toma, Alfredo, que voy a fregar la habitación.

El señor Alfredo sigue leyendo:

*ad al Señor que mora en Sión;
ciad a los pueblos sus obras,
el vengador de los pobres se apiadó de ellos,
chó en olvido el clamor del pobre.*

David no se despertó al ser cambiado de brazos. Por la boca abierta le asoma un incisivo blanco. El estudiante Anselmo mira un momento al niño, con sus ojos de perro aburrido.

*liéronse las gentes en la fosa que hicieron,
lazo que escondieron quedó preso su pie...*

La señora Cleo dejó el cubo en el suelo. Se secó las manos en la chaqueta de lana que llevaba puesta. Una chaqueta deshilachada por las bocamangas, con unos agujeros redondos en los codos.

—¡Qué bonito! ¿Verdad?

Susana y Catalina desfilaban alrededor de la mesa con unos calcetines negros sobre la cabeza, salmodiando:

—«Vendrán los muertos y se comerán a los vivos... Las escobas se despertarán por la noche...».

Francisco las seguía arrastrando la banqueta con un cordel.

—¿Sus hijos también son hebreos?

La cara del estudiante Anselmo se vuelve hacia la señora Cleo para hacerle la pregunta. Ella se queda indecisa un momento, mirándolo, porque no sabe lo que le recuerda aquella cabeza.

—Sí, claro. Mi hijo David está circuncidado. Ahora verá.

El señor Alfredo deja un momento el Salterio para ayudar a su mujer a quitar las braguitas al niño. La boca se le dilata hacia las orejas con un pliegue de orgullo que no llega a ser sonrisa.

—¿Lo ve? Mire. Les cortan aquí.

La señora Cleo emite un corto suspiro.

—Cuando vino el rabino a circuncidarlo, yo no quería mirar. Me encerré en una habitación y desde allí lo oía. Lloraba todo el tiempo. Mi suegra, en cambio, estuvo preparando las vendas, el agua caliente y todas las cosas.

A la señora Cleo, cuando habla de prisa, se le hacen unas burbujitas de saliva que le quedan entre los dientes:

—Un día, en Tánger, viajaba yo en tren con mi David, y en el asiento de enfrente iban tres muchachos que parecían estudiantes. Yo estuve limpiando al niño y poniéndole talco y me di cuenta de cómo se miraban entre ellos y hacían comentarios en árabe. Después, uno de ellos me preguntó:

—¿Es hebreo el niño?

Yo dije que sí. Me preguntaron cómo se llamaba y lo dije. Ellos también eran hebreos. Le regalaron una manita de oro que da la buena suerte. Cuando empeñé las joyas, ésa, la mano de oro, no quise empeñarla.

Anselmo se acuerda de Pepita, aquella chica que hace de la vida. Cosida en el sostén lleva una medalla de san Pancracio. San Pancracio es el protector de los trabajadores. El zapatero de la calle del General Prim también tiene uno en yeso.

San Pancracio, La Mano de la Buena Suerte...

Las niñas se han cansado de hacer procesión y están paradas, mirando a los mayores. Francisco ha encontrado debajo de la mesa un trozo de galleta y se lo come. Aparece Mohatá con su albornoz rojo de crepsatén. Sus zapatos de charol hacen un ruido pesado, como los caballos de los desfiles. Sus piernas delgadas y peludas se esfuerzan para levantarlos.

—¿Cuándo peleas, Mohatá?

—Pilio a las siete y media. Mañana pilio.

—Fíjese, y la patrona hace dos días que no le da comida.

Mohatá tiene una sonrisa como un hilo en su cara color ceniza.

—¡Bah, bah, bah!...

—Se ha quedado en los huesos, el pobre. ¿No lo ve?

Mohatá contrae las mandíbulas con un gesto infantil y fiero.

—Mañana si Palacios no paga, le rompo la testa —dice, y se mete en el water.

El señor Alfredo sigue leyendo:

*ha en su escondrijo como león en su guarida;
ha para arrebatarse al desvalido,
mata al desvalido y lo arrastra a su red.
Se hase, tiéndese, tiéndese por tierra,
y violencia caen los pobres.
en su corazón: «Dios se ha olvidado,
ta su rostro, nunca ve nada».*

El sefardí, mientras lee, dobla y desdobla el papel de estaño.

Catalina habla con voz de pito:

—Con el papel de plata se pueden comprar negritos. Mi señorita recoge papel de plata y compra negritos. En su casa ya tiene catorce negritos y una negra.

La señora Cleo le cuenta a Anselmo que Mohatá, en la casa de sus padres, comía pan y comida caliente todos los días. Eran él y siete hermanos. Él era el mayor. Su padre no era como otros moros que se llenaban de mujeres y de deudas. El padre de Mohatá tenía una sola mujer: su madre. Un día, Palacios, que estaba en Marruecos por no se sabe qué negocios, vio a Mohatá pegarse con otro muchacho, buscó a su padre y le dijo: «Si me lo deja, yo haré de él un hombre».

—... Se lo trajo aquí y ya ve.

Anselmo se imagina la historia que le cuenta la señora Cleo en un decorado de palmeras y chumberas. Con un fondo de danzarinas árabes, llenas de lentejuelas y de velos.

—Creo que cuando sale a pelear la gente le canta «Mustafá» y le silba. Siempre lo tumban. Y ahora Palacios no quiere pagarle la pensión. Y la señora Eloísa dice que hasta que no cobre no hay comida.

—Yo, de él, me largaba a mi tierra.

—Sí. Pero ¿cómo? Si no tiene un céntimo.

Susana hace un rato que repite sin que nadie le escuche:

—Mamá, con ese papel de plata, ¿querrás que compremos un negrito?

Se oye el timbre de la puerta. Es Sabina. Anda como ladeada y trae la cara tensa.

—¿Qué le pasa a usted?

—Nada. Que no me encuentro bien.

Sabina no saluda a los del comedor y se mete de prisa en su cuarto. La señora Cleo, que ha echado a andar detrás de ella, se encuentra con la puerta cerrada. Apoya las palmas en la madera y dice bien fuerte:

—Si me necesita, llámeme.

No contesta nadie. La señora Cleo se encoge de hombros. Anselmo pone una cara estúpida mirando al aire, y el señor Alfredo sigue leyendo su libro. La señora Cleo coge el cubo y se va hacia su habitación. En un clavo de la puerta se le engancha un hilo del jersey:

—¡Ya son tres con ésta!

De un tirón violento desprende el hilo cortándolo. Se queda un momento indecisa con él en la mano y al fin se lo prende en el pelo.

El señor Alfredo lee ahora en voz alta:

*anta, Señor Dios; alza tu mano,
olvides de los pobres!...*

Mohatá sale del water. Haciendo piruetas y dando saltos, peleándose con el aire, se va a su habitación.

Sabina asoma la cabeza por la puerta de la suya:

—¡Salfumán! ¿Hay alguien que tenga salfumán?

Montones de bolas para las polillas. Polillas. Toda la casa olía a naftalina. Detrás de la puerta maciza y negra estaba el salón. En el salón, las sillas y el sofá estaban cubiertos por fundas de lienzo blanco. Sobre la cómoda ventruda unos fanales con rosas de papel y una botella grande, con una tenia arrollada conservada en alcohol.

—¿Te gusta mi casa, chiquilla?

Don Benito había salido a abrirle la puerta. Llevaba una bata de lana a cuadros con un cordón anudado a la cintura. Cuando don Benito andaba, el cordón oscilaba como un péndulo —tic, tac, tic...—. Le pasó la mano caliente por la cintura. Estaba recién afeitado. Olía a loción y a basura vieja; a orines y a cuarto cerrado.

—Siéntate, querida. Siéntate... Aquí, que estarás más cómoda.

Sabina se sentó en una butaca de grandes orejas. En la funda había dos letras rojas bordadas a punto de cruz. Historiadas, retorcidas, como todo lo de la casa.

—¿Te gusta, eh, pequeña?

Sonreía. Se le estiraban las arrugas hacia las orejas y dentro de la boca se le veía una lengua carnosa bailoteando. La lengua entre unos cuantos raigones negros y un solo diente largo y amarillo.

A Sabina le llegó a obsesionar aquel diente y para no verlo fijó la vista en la pared. Una mujer seca, morena, miraba con cara de inquisidora desde un cuadro.

—¿Quién es? —preguntó Sabina, señalándola.

—Es ella.

—¿Su mujer?

—Sí.

Don Benito se quedó unos momentos con cara de viudo. Sabina pensó que si siempre estuviera así, todo sería más llevadero. Tuvo la tentación de hacerle preguntas sobre ella, muchas preguntas: «Cuénteme, don Benito, cuénteme, descanse su corazón conmigo. Era hacendosa y limpia, ¿verdad? Era ahorradora, ¿verdad? No le gustaban los saraos ni las fiestas, ¿verdad? Y la vida sin ella, al principio era un desierto..., ¿no?». Pero a don Benito se le pasó en seguida la melancolía. Se sentó en el brazo del sillón y con una mano le sobaba la espalda.

Sabina no se atrevía a moverse. Si se volvía se encontraba con el aliento del viejo, con su boca, con el diente. En cambio, si decía la verdad, que le estaban entrando ganas de vomitar al sentir aquella mano sobre su cuerpo, todo se acababa. Escogió el término medio. Se levantó de aquella butaca y se sentó en la de enfrente.

—Pobre palomita. ¿Tienes vergüenza?

A Sabina, cuando era niña, su madre le decía: «Eres como un potro, hija mía. Un potro sin domar». Puede que tuviera razón su madre. Nadie podía imaginar la violencia que tenía que hacerse ahora ante aquel viejo macizo y podrido, para no chillar que ella no tenía vergüenza, que lo que tenía era asco, y contarle de paso la última visita que le hizo a Carlitos, el fabricante, en aquel piso que había alquilado sólo para recibir mujeres. Hubiera dado cualquier cosa por describirle la casa. Le hubiera dicho:

—«Mire, don Benito. Es un pisito menudo con pieles extendidas en el suelo, con cuadros en las paredes: mujeres de enormes nalgas, extendidas en una cama, sentadas, de pie, desnudas. En los ceniceros, bacanales grabadas. Y las pieles del suelo son mullidas, de largo pelo. La carne siente al rozarlas un cosquilleo agradable y caliente... Y en invierno, Carlitos tiene una estufa al rojo para no tener frío, para poder estar sin ropa...».

Y Sabina hubiera seguido gritando:

—«Allí he ido yo, don Benito. Y no he ido sola. He ido con dos hombres. He ido con tres mujeres más. Con doce hombres. Como he querido y con quien me ha dado la gana. Y, además, no he ido sólo porque me daban dinero, no. He ido porque me gustaba».

Al viejo, viéndola seria e irritada, le temblaban las manos y una gota de baba redonda se le escapaba por una arruga, junto a la boca.

—¡Qué cabellos tienes, Sabina! ¡Qué cutis!

Sabina se pone bruscamente de pie:

—Me gustaría ver toda la casa.

Don Benito manoteaba como un viejo mandarín que ofreciera cierta mercancía en un fabuloso almacén.

—Sí, querida. La verás toda. Porque va a ser tuya. Porque tú vas a ser la reina...

—¡Calle, ya!

Al viejo se le llenan los ojos de un brillo de lágrimas y la mira indeciso, tembloroso, humillado, sin saber cómo interpretar aquella salida de tono. Por un momento, a Sabina le recuerda a su abuelo. Cuando era niña, en la puerta de su casa, allá en el pueblo, siempre le contaba historias. La del viejo que llevaban al Hospicio y por el camino se encuentran con la piedra en la que descansó el viejo cuando llevaba, también al Hospicio, a su padre. Ella le escuchaba en cuclillas. Racimos de moscas se posaban en todas partes. Miseria. Porquería. Pobreza. Por nada del mundo querría volver allí.

—Perdone, don Benito. Estoy un poco nerviosa.

La casa era grande. Si se quitaba el empapelado de la pared. Si a la cocina se le daba una mano de cal. Si se echaban al fuego la mitad de las cosas... Podía llegar a ser una casa bonita.

Entraron en el dormitorio. Los muebles eran de nogal. Pesados. Altos. Un gran Cristo sangrante presidía. En la pared, un diploma enmarcado con un antiguo título de Congregante del Sagrado Corazón de Jesús, a nombre de don Benito. Y don Benito con los bigotes engomados.

—Querida, aquí dormiremos.

—Mire, don Benito, si no se porta como es debido, yo me voy. Estoy harta.

Don Benito se enternecía, y se le achicaban los ojos:

—Me gustas así, ángel mío. Altiva, honrada, orgullosa...

En la cocina había café, galletas y anís del Mono.

Merendaron.

A don Benito se le debió subir el anís a la cabeza y se puso sentimental:

—Te quiero, Sabina. Mi amor es honrado. Quiero que seas mi mujer.

Se había arrodillado en el suelo y se puso a besarle el borde del vestido.

Sabina se acordó de las películas de Charlot y de los celuloideos rancios, que ponían a veces en el cine como complemento.

Lo malo fue levantarlo. Se quedó doblado allí en el suelo sin poder ir ni adelante ni atrás. Sabina lo ayudó a levantarse haciendo esfuerzos para estar seria.

El viejo tenía la cara congestionada.

—No creas que esto quiera decir nada, querida. En algunas cosas soy como un joven de veinte años. ¿Tú me entiendes?

En el salón, don Benito le enseñó a Sabina sus tesoros: una colección de fotografías, un par de pendientes de brillantes que pertenecieron a su mujer y una extraña piedra envuelta en gasas.

Las fotografías eran borrosas, color sepia, todas iguales.

Sabina casi no las miró. Los ojos se le iban detrás de los pendientes: eran topacios montados con brillantes, largos, deslumbrantes...

—¿Ves esta piedra?

La deslió de la gasa, como una especie de venda. Tenía forma de estalactita.

—La tenía yo en el intestino... Me curaban como diabético. Perdía carnes, perdía carnes...

Sabina no quería mirar la piedra porque le daba asco.

—... Y entonces el doctor Villena me dijo...

El relato era largo. Sabina no escuchaba. Si al menos le hubieran sacado del intestino unos pendientes como aquéllos, la historia hubiera sido más interesante. Ella leyó una vez un cuento en el que unos pescadores sacaron un pez de la mar y dentro del hígado del pez estaba la corona de un rey...

—... Fue cuando decidieron que me operarían.

En su pueblo contaban que una urraca robaba joyas y las escondía en su nido. La señora culpó a la criada. La criada fue ahorcada en la plaza y después, cuando la iban a enterrar, aparecieron las joyas en el nido de la urraca.

—... Me pusieron la inyección y me quedé dormido.

Si fuera fácil robar joyas sin que te descubrieran... Pero también era bien triste tener que meterte en la cama con un tío así por cuatro colgajos.

—... Y el médico me preguntó...

—Lo siento, don Benito, pero tendré que irme.

—¿Tan pronto?

—Sí, no me gusta llegar tarde a casa.

—Pero...

Ya en la puerta, don Benito la oprimió contra su barriga y Sabina notó junto a sus labios el diente largo y amarillo. Junto a la carne fofa sintió un rítmico latido, como si

estuviera apretada contra un buey muerto que se hubiera tragado un reloj. Le dio un empujón con toda su fuerza y echó a correr. Oyó un ruido como si hubiera caído el macetero aquel. Retumbaron más cosas que caían.

Sabina escupió tres veces por la escalera. En la boca sentía un sabor dulzón como si hubiera comido porquería.

Al llegar a la pensión se sentía enferma de asco.

Le dieron ganas de empujar también a la señora Cleo, que le hacía preguntas.

«Que se preocupara del enano de su marido. Que se preocupara de pagarle las doscientas pesetas que le debía».

Dentro de su habitación, echada sobre la cama, aún se sentía peor. Aquel sabor... Si pudiera vomitar. Pero siempre tuvo dificultad para hacerlo. Se ponía a morir. En el taller, donde ella trabajaba, los urinarios los limpiaban con sulfumán.

Se asomó a la puerta:

—Sulfumán. ¿Hay alguien que tenga sulfumán?

Te esperaré, como todas las tardes, en el balcón. Las sombras vendrán y los taxis abrirán su ojo verde a la noche. Desde el balcón las gentes son anónimas, menudas y, sin embargo, tú, al venir, serás gigantesco y se te verá desde más allá del puente, ese puente desde el cual silba, alguna vez, un tren de miedo y desesperación.

Una tarde yo te esperaba y en tu lugar vino el arco iris: iluminó el cielo insípido con unos colores que daban alegría a todos, una alegría que a mí me parecía incomprensible y, en cambio, si tú hubieras llegado sucio, cansado y hambriento, hubieras sido más hermoso que él, más que el cielo y la luna. Mi corazón hubiera dado brincos locos como si se hubieran acabado para siempre las tormentas, la noche y las nubes oscuras llenas de piedra.

Si al amanecer, cuando nace el sol y mete su cabeza por el listón de la persiana — un listón roto por el tiempo y la desidia—; si al amanecer tú estuvieras a mi lado, el sol dibujaría junto a tus cabellos revueltos un cuadrilátero rojo y, más arriba, un ala del mismo color.

Y yo te miraría.

Tú, dormido, murmurarías frases que me harían recordar tus besos o la caricia de tus manos en mi cuerpo.

Tus pies desnudos, grandes, macizos, tendrían fortaleza de estatua, y tú, indefenso y dormido, serías invencible.

Más poderoso que el sol y con más promesas para mí que el día que empieza.

Acabo de escribirte esto y... ¿No oyes cómo se ríe el destino?

Lo nuestro merecía un coro redondo que se lamentara a toda hora, dando alaridos, de que alguien decidiera algo tan cruel sobre nuestras vidas.

Es la tragedia, la vieja tragedia. Es como un coche gastado y tozudo al que alguien da un empujón para que empiece a andar. Basta poco: un lejano deseo de honor en una hermosa mañana, como se desea una fruta o el sol; una breve mirada a un niño que juega junto a un derribo; una pregunta de más que nos planteamos en la noche... Basta el empujón, luego la cosa marcha sola, luego la cosa llega tan lejos que de pronto nos preguntaremos extrañados cómo hemos llegado hasta allí. Nos preguntamos qué tenemos que ver nosotros con ese actor que recita su papel, declamando, si hace tan poco tiempo estábamos lejos.

Imagínate mi casa. No la que luego tuve, no; la de mis padres. Era una de esas casas con muchas mujeres donde se hacen y rehacen labores de punto y en la cocina cuecen siempre postres con azúcar. Estábamos alrededor de la mesa camilla y mi madre contaba algo muy aburrido que la hacía bostezar. Lola, Anita y Carmen se peleaban, como siempre, por alguna cosa sin importancia, cuando apareció mi hermano con su sotana y su cara de niño. Recién salido del Seminario, lo habían destinado a un pueblo largo y polvoriento. Un pueblo de calles sin gente, llenas de un sol endiablado, que pegaba todo el día contra el blanco de las fachadas. Mi hermano, desde el día en que empezó a estudiar para cura, tenía una sonrisa de humildad cristiana que a mí me ponía nerviosa. Lo hubiera querido valiente, varonil, con una

voz que nos hiciera temblar. Pero era frágil, sensible, tenía una linda voz y se conformaba con todo.

Mi madre, que desde que tenía un hijo cura parecía unguida, le hacía preguntas que él contestaba, levantando apenas la vista del suelo, sonriendo pastosamente con aquellos labios delgados y pálidos.

De pronto preguntó, dirigiéndose a nosotras:

—¿Me coseríais esto?

Y enseñó un descosido que tenía en una costura del manteo. Lo dijo de una manera que me recordó un niño lejano, de cuando mis hermanas y yo éramos niñas, que pasaba todas las tardes a las cinco a buscar leche. Entre todas le pegábamos y luego lo perseguíamos gritando:

—¡Perrero! ¡Perrero!

Mi hermana Carmen, que tenía la aguja enhebrada con hilo negro, le arreglaba el descosido, y él se había sentado en una mecedora sin apoyarse en el respaldo, dijo:

—Ahora, creo que me van a dar una casa.

Desde que estaba de vicario en aquel pueblo, comía y dormía en una fonda que estaba a la entrada del pueblo, donde paraban también los viajeros y demás gente de paso.

—Una casa muy grande, frente a la iglesia.

Lola, que se limaba las uñas, escondió los labios hacia dentro con un gesto burlón.

—Te tendrás que buscar un ama, ¿no?

En el pueblo, mosén Lorenzo tenía un ama. Era sucia y grande como un cosaco enfermizo.

En el despacho de mosén Lorenzo había polvo, papeles aceitosos y pañuelos sucios mezclados con los libros sagrados y las imágenes vestidas de tela.

A nadie de la familia le hizo gracia que mi hermano se hiciera sacerdote. Mi padre lo hubiera preferido médico, como él, y mis hermanas calificaron el hecho como una lata:

«Ahora —decía Carmen con rabia—, todos los de la casa seremos curas. Se acabaron los bailes y las mangas cortas y el ser personas corrientes...».

Mi madre era la única que parecía contenta, sin que supiéramos exactamente por qué razón, pues nunca había sido muy amiga de ir a la iglesia y no era rezadora ni caritativa.

Habíamos llegado a uno de esos silencios familiares que parece que nunca van a terminar. Sólo se oía la radio dando anuncio tras anuncio, y, en la calle, el grito agudo de la estanquera, que llamaba a su hijo:

—¡Juanito!

Mi hermano intentó abrir la boca dos o tres veces. Por fin, con una voz muy pequeña, dijo:

—La casa no está mal.

Se oyó el silbido agudo del afilador.

Mi hermano añadió:

—¿No os gustaría venir a alguna de vosotras?

Me decidí de golpe:

—Yo iré —dije.

Si te explicara que lo hice por esta razón o por aquélla, seguramente mentiría. Es tan difícil explicar por qué obramos de una forma determinada, que la verdad es que nunca lo sabemos, tantos son los factores que intervienen. Por mi parte, te diré que no lo hice solamente porque lo veía a él desamparado y solitario en aquel pueblo, ni porque me hubiera dado cuenta de que mis hermanas no querían irse con él, ni seguramente servían para llevar el tipo de vida que requería estar al lado de un sacerdote. Anita era una desordenada. Siempre andaba buscando cosas que había perdido. Una vez hizo poner un bando porque se le había extraviado un anillo. El anillo apareció al día siguiente colgado de un clavo al lado del gallinero. Carmen era tan bonita que los hombres la perseguían y había una mujer en el pueblo que había jurado matarla, pues decía que su marido soñaba con ella todas las noches. Lola era tonta y aburrida, sin personalidad y mala. Una vez...

Bueno, para qué voy a contarte esto. Tal vez mi decisión fue el primer escalón de la tragedia. Yo no hice esto de irme con el hermano cura sólo por mi instinto de cuidarlo y protegerlo, que también existía, claro. Era también egoísmo de tener una casa mía y arreglarla a mi gusto, de no tener que compartir la habitación y el cuarto de baño con mis hermanas; era, también, el deseo de perderlas de vista.

Se ha hecho tarde. Ha pasado otro día. Volveré a escribir.

Sólo al dirigirme a ti vivo de nuevo. Lo demás, este presente, no deja huella en mí.

El señor Peña se había estrellado en el último escalón. Se le abrió la cabeza y de ella salió una pasta blanca, lo mismo que cuando se chafa una cucaracha con el pie. Había rodado por toda la escalera dando sólo con la espalda en el ángulo de los escalones y, al final, el último le había abierto el cráneo.

Después del golpe, un enorme silencio, que nadie sabe lo que duró, se apoderó de todo y, entonces, el olor a café y a canela del colmado se metió dentro de la casa.

Pasó alguien por la calle y dio un grito prolongado. Después, empezaron a salir voces de todos los pisos y la casa se llenó de ruidos: objetos que se arrastran, personas que hablan..., un gran ruido repetido, como un pitido fuerte, como cuando el otro día los guardias perseguían a aquel ladrón.

Por la mañana, el señor Peña se había levantado contento. Hacía buen día. Lo había visto por la ventana. Había visto, más arriba del último piso, un pedazo, azul y cuadrado, de cielo. El señor Peña, cuando hacía sol, tenía ganas de bromear y se le ocurrían unas frases muy graciosas para decir, aunque nunca llegara a decirlas.

Como todos los días, el señor Peña, antes de salir, ha ordenado su cuarto. Ha hecho la cama y ha sacudido el polvo que había sobre la silla y la mesita de noche... Después, de una maleta con candado, ha sacado un poco de pan y salchichón y se lo ha comido. El salchichón le ha dejado un trozo de pimienta redonda y picante en la punta de la lengua que hace lagrimear sus ojos.

Al abrir la puerta de su cuarto oye voces en la cocina.

Es la señora Eloísa que debe de estar enfadada y se pelea con alguien. Se cruza con Mohatá, que lleva un esparadrapo sucio sobre la ceja hinchada y va vestido con su albornoz de crepsatén rojo. En realidad, estas pequeñas cosas de la casa le resbalan y ni siquiera le llegan a la conciencia. Piensa que es bonito bajar ahora hasta la calle. Saludar a la portera, que, metida en su garita, hará vainica a peseta el palmo, y tropezarse en seguida con el olor a café y con el sol, que a estas horas da de refilón en la acera.

El señor Peña es pequeño y cargado de espaldas, como un escarabajo, y tiene los ojos vivos como una vieja rata. Salía con su gran cartera debajo del brazo...

A veces el destino toma formas extrañas: el destino puede tener la forma de un barco en alta mar, o de un billete de lotería o, simplemente, como le pasó al señor Peña, esconderse en un banquillo despintado que un niño arrastra de un sitio para otro.

El señor Peña había tropezado con el banquillo y se había estrellado contra el último escalón.

Un grito largo se oye en la calle, y después ruidos y voces que salen de todos los pisos.

—¡Ay!

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha ocurrido?

La criada del tercero, que no había oído nada, seguía cantando su canción:

*a vida del casado
como el primer día,
vida del casado,
también me casaría...».*

En la pensión se oían gritos. La señora Eloísa gritaba porque le faltaba aceite. Se lo contaba a una antigua huéspedada que había venido de visita.

—Ayer hice una señal, porque hacía días que lo sospechaba. Y ya lo creo.

—Pues si le falta, alguien tiene que ser.

—Claro que sí. Las cosas no se van solas, no. Y no sólo aceite. Me han faltado también otras cosas.

—¿Y no sabe quién es?

—Lo sospecho. Pero, a la que es, le vale que soy prudente y tengo educación.

Sabina se levantó de la cama con su quimono a flores verdes y amarillas e irrumpió en la cocina hecha una furia:

—¿Es que aquí no se puede dormir?

—Estoy en mi casa para chillar todo lo que quiera. Y si quiere dormir, duerma cuando duermen las personas decentes.

El señor Peña se convulsionaba abajo y una sangre espesa y negra iba formando un charco debajo de él.

Sabina y la señora Eloísa estaban a punto de pegarse, cuando un aprendiz de sastre entró a comunicar la desgracia y todos bajaron. La portera había acudido ya, y también doña Teresa, una señora pequeña y negra que vivía en el segundo piso, sola con un gato. También estaba la señora Carmeta, aquella que fregaba la escalera y tenía miedo de las ánimas del Purgatorio.

—¡Pobre señor Peña!

—¡Quién lo hubiera dicho!

—¡Hay que buscar a dos hombres para que lo levanten y le pongan la cabeza alta!

—Está muerto.

—Se morirá.

—Hay que poner serrín. La sangre lo llenará todo.

—Hay que avisar a la Cruz Roja.

—Es mejor subirlo a casa.

—¿Dónde hay un médico?

—Aún está vivo.

El banquillo había rodado también hasta el tercer piso. Con los tumbos de la caída se le había desprendido una pata. Francisco había bajado hasta el descansillo y con la pata suelta daba golpes contra la barandilla de la escalera. Unos golpes sonoros como de yunque. A la sillita de la reina subieron al señor Peña, la señora Cleo y Mohatá. Parecía un pequeño polichinela vacío y mojado de sangre. Respiraba como si hiciera gárgaras debajo de un pozo.

A las puertas de los pisos se aglomeraban los vecinos.

La señora Cleo tenía en la manga dos goterones oscuros. A Mohatá se le había desabrochado el albornoz y al levantar el pie, de escalón en escalón, se le veían los calzoncillos blancos. Delante de ellos iba el sastre, empeñado en coger las piernas al señor Peña, pero ni Mohatá ni la señora Cleo querían. Detrás iba la señora Filomena, la portera, con una bayeta recogiendo las manchas.

La puerta de la «Pensión Eloísa» permanece abierta desde la mañana y hay un desfile de vecinos que acude a ver el muerto.

—¡Ay, señor!

—No somos nadie.

La señora Eloísa se ha puesto un velo negro y una cadena de oro. Recibe a la gente de pie y los acompaña hasta la habitación.

Dentro, junto a la ventana, la señora Cleo mece a David, y la señora Lola, con una botellita de plástico, perfuma el aire.

—Ya ve ¡quién se lo tenía que decir! A las ocho y media estaba tan sano, y a las diez...

La vieja señora Carmeta tiene un aire frívolo con sus sandalias blancas. Cuando friega la escalera, por las mañanas, piropea a los hombres que pasan y les pregunta si saben alguno que quiera casarse con ella.

—¿Y no lo van a amortajar?

El señor Peña está sobre la cama, estirado con su traje castaño. La señora Cleo le ha atado a la barbilla un pañuelo rojo para cerrarle la boca.

—Sí, ahora vendrán los del Seguro. Creo que los visten de san Francisco o algo así y les ponen una capilla ardiente de cirios largos.

La señora Lola mira los trajes y las camisas, que cuelgan con perchas en un alambre que va de parte a parte de la habitación. Piensa que, sacándoles el dobladillo, los pantalones servirían para su marido.

—Convendría tapar los trajes. Cuando vengan los del Seguro que encuentren al menos la habitación ordenada.

—¿Con qué los taparemos?

—¿Con una sábana?

—Será corta. Quedará la mitad al descubierto.

La señora Cleo se pellizcó la barbilla.

—Yo tengo una lona bastante grande. La emplea mi marido para extender el género en la plaza. No es nueva, pero está limpia. Voy a buscarla.

Cuando salió la señora Cleo las mujeres quedaron en silencio. En la cocina se oían entrechocar cacharros y en el otro extremo de la casa alguien arrastraba una cama. La señora Lola suspiró:

—¡Ay!

—Todo tiene remedio en el mundo menos la muerte.

—¡Qué cosa! ¡Y pensar que todo el mundo se tiene que morir!

—El otro día se murió un hombre en un partido de fútbol. Marcó gol el equipo contrario y, ¡zas!, él se quedó seco.

—Yo confío que antes de que llegue mi hora se habrá inventado algo para no morir.

—No es de extrañar. Mire si se inventan cosas. Antes, la gente se moría de una pulmonía, y hoy una pulmonía no es nada. También envían cohetes a todas partes: a la luna, a la atmósfera, yo qué sé... Igual pueden inventar una medicina que nos haga inmortales.

—¡Ca! No se hagan ilusiones: en la palma de la mano tenemos una «eme» y en la planta del pie una «ese». Quieren decir: muerte segura.

—¡Qué misterios! ¿Eh...? Luego dicen que no hay Dios.

La señora Cleo vuelve con un toldo de flecos que huele a almendras amargas.

—En Tánger había un hombre que tenía ciento cincuenta años. Había enterrado a siete mujeres y yo no sé los hijos que tenía. Decían que era inmortal.

Entre todas tapan los trajes con el toldo, que tiene, salpicándolo, unas manchas un poco más claras. Lo prenden al alambre con unas pinzas de madera y luego reculan para ver el efecto:

—No queda mal, ¿eh?

—Al menos está curioso.

—A nadie le importa lo que hay debajo.

—Eso.

Toda la mañana estuvieron entrando vecinos a ver al señor Peña. También subieron algunos clientes de la panadería de abajo, del colmado y de la herboristería.

A las doce, cuando los huéspedes llegaban a comer y se iban enterando, entraban también a verlo: él sefardí con su única maleta, Tomás sucio de yeso, la señorita María tristonada y seca, Rosa arrastrando los pies...

—Si levantara la cabeza y viera la habitación. ¡Él, que no dejaba que entrara nadie ni para limpiar!

—Sí, pero no se preocupe, que no la levantará. El que se va al otro barrio...

—¡Hay que ver! Ninguno vuelve.

—Tendría que volver alguien y contarnos lo que hay allí.

—Dicen que el día del Juicio Final todos resucitarán.

—¡De aquí a entonces...!

La señorita María, de pie junto al armario, mira al señor Peña estirado, ceroso, muerto. Ayer estuvo arreglando unos plomos que se fundieron. Subía y bajaba rápidamente por la larga escalera como un pequeño monigote de cartulina blanca.

La dueña de la panadería también había venido.

—¿Y cómo fue?

—Tropezó con un banquillo y cayó rodando. No paró hasta abajo.

La señora Lola tiene la barriga redonda como un conejo y el delantal se le levanta tieso y orgulloso.

—Yo ya dije que con ese banquillo se rompería alguien la cabeza.

La panadera tiene la cara lustrosa, gorda.

—Es el destino de cada uno. Todos tenemos nuestro planeta.

—¿Ve? Eso es verdad. Cuando nacemos con un sino, ya podemos hacer lo que sea para torcerlo. Tontería.

Llegaron los del Seguro. Hicieron salir a las mujeres y empezaron a meter en la habitación tablas y paños negros. Se oyó durante un rato el ruido de los martillos y el trepidar de las paredes. La señora Eloísa daba órdenes señalando con el dedo del anillo el lugar donde tenían que dejar las cosas. Las mujeres, sentadas ahora alrededor de la mesa del comedor, criticaban:

—La otra no compraba joyas.

—¿Qué otra?

—La vieja.

—¿Qué vieja?

—Antes, la dueña de la pensión era una vieja. Decían que era avara. Se murió. Decían también, Dios la haya perdonado, que se entendía con el señor Peña. La vieja tenía huéspedes y cuando no podían pagar se quedaba los trastos: la ropa, las sartenes, los relojes. Luego los vendía. Se forró.

—Dicen también que nunca metió un céntimo en el Banco. El dinero lo debió de esconder en la casa. Pero cuando se murió nadie encontró nada.

—En mi pueblo había una casa en la que nadie quería vivir porque se oían ruidos por la noche. Decían que había espíritus. La compró uno, hizo obras, y de la pared salieron dos esqueletos y una orza llena de oro.

Los del Seguro dan por terminado su trabajo.

—Señora, ya está.

La señora Eloísa entra a mirar jugueteando con la cadena que lleva en el cuello.

—Muy bien.

Uno de los hombres del Seguro lleva un parche negro sobre un ojo. Se entretienen un poco por allí, como si esperaran una propina. Al fin se van. Las mujeres se acercan despacio a la habitación del señor Peña. Arrastran las sillas y se instalan dentro.

—¡Qué bien ha quedado!

—¡Qué ataúd más pequeño!

—Si fuera blanco parecería de niño.

—Es verdad.

«Y de la pared salieron dos esqueletos y una orza de oro». La señora Cleo mira con disimulo cada rincón de la habitación intentando imaginar dónde se puede esconder dinero. La señora Eloísa toca los trapos negros de la capilla ardiente; luego, se pone a registrar por allí. Se lleva del lavabo del señor Peña una pastilla de jabón de olor y un tubo, chafado y usado hasta la mitad, de pasta de los dientes:

—Ya no lo usará más, ¡el pobre!

Suena el timbre de la puerta y sale la señora Eloísa.

Son dos mujeres que vienen a alquilar una habitación. La señora Eloísa las pasa por delante del cuarto del señor Peña.

—¿Y eso qué es?

—Nada, un muerto.

—¿Un muerto?

—Sí, un huésped que se nos ha muerto. Aquí no hacemos como en los hoteles, que se muere alguien y lo sacan como a un perro. Pasen y verán la capilla ardiente. ¿Ven? Lo han vestido de san Francisco de Asís. Era aquel santo de los animales y los pajaritos. Este señor era muy bueno. Cuando me traspasaron la pensión él ya estaba. Antes que nadie, antes que yo. Ya ven, y ahora se ha muerto.

«Y si te preguntan: ¿Adónde hemos de ir? Respondes: Así dice Yahvé: El que a la mortandad a la mortandad, el que a la espada a la espada; el que al hambre al hambre; el que al cautiverio al cautiverio. Yo les daré por regidores cuatro deudos, palabra de Yahvé: la espada para matar, los perros para arrastrarlos, las aves del cielo y las fieras del campo para consumirlos...».

—¡Huy! ¡Qué horrible! ¿No podía leer algo más divertido?

El señor Alfredo cierra el libro, colocando el dedo dentro, y suspira como al que despiertan antes de terminar el sueño.

—Justo es que velemos al señor Peña; peor está él, que se ha muerto, pero si encima nos amargamos la vida...

La señora Cleo se había peinado con el pelo estirado y se había puesto un mantón rameado para abrigarse.

—Usted, señorita María, ¿no tendría alguna novela divertida?

La señorita María, con las manos cruzadas, acariciaba un cordón con un llavín pequeño.

—No, no tengo.

Sabina estaba, aquella noche, excitada. A cada minuto interrumpía a los que hablaban.

—Podíamos contar películas.

Mohatá, junto a la ventana, se mira el jersey de colores que le regaló Palacios. Satisfecho, sonrío.

Esta noche están todos reunidos alrededor del muerto. Han olvidado sus riñas, sus deudas y hasta los dolores y problemas que cada uno tiene. El señor Peña, en medio, parece más delicado y pequeño. Tiene la cara amoratada y de la boca le sale un hilillo negro.

Los cirios trasladan las sombras de un lado para otro y el aire huele a cera y a sudor agrio.

—La muerte es una cosa bien mala.

—Y aún si viene por su pie. Cuando a uno le toca ¡qué se le va a hacer! Pero así...

—De todas maneras, es mala.

—A mí lo que más miedo me da es el momento de morir. No quisiera sufrir. Morirme de golpe. Después, que me hicieran lo que les diera la gana.

—Yo sólo tengo miedo de que me entierren viva.

—Yo no quisiera morirme vieja. Quisiera morirme joven y que todo el mundo me llorara.

El estudiante Anselmo se come con los ojos a Sabina, que se arregla el pelo con las manos.

—Pues yo quiero vivir muchos años.

—Yo también. No comprendo a las personas que se suicidan.

—¿Leyeron el suceso que traía el otro día el periódico?

—¿Qué suceso?

A la señora Cleo le brillan los ojos entre las sombras inquietas de la habitación.

—Fue en la calle de Borrell. Hacía tres meses que el piso estaba cerrado. Los vecinos pensaban que la propietaria se había ido, sin pagar una serie de deudas que tenía. Los del embargo echaron la puerta abajo y se encontraron con que de las rendijas de la puerta de la cocina salían gusanos blancos. Abrieron y se encontraron a la dueña de la casa muerta, y descompuesta ya, tendida en una cama. Tenía el tubo del gas en la boca y un gorro de goma en la cabeza.

—¡Qué horror!

La única que vio la bengala por el hueco de la escalera fue la señora Lola. Se iba acercando de ventana en ventana. Por la escalera subía alguien.

—Creyeron que se había suicidado.

—A lo mejor la había matado alguien.

Se oyó la llave en la cerradura y Sabina dio un grito. Todos se levantaron de la silla, sobresaltados.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué pasa?

Era el vigilante. Traía a un hombre grande, de cabeza pequeña y cara de dogo, que decía ser hermano del señor Peña. Se lo decía allí fuera en el comedor a la señora Eloísa. Dentro de la habitación, en silencio, todos escuchaban.

—¿Hermano?

—Sí. Nacimos al mismo tiempo. Somos gemelos.

—Pero... ¿Cómo puede ser?

La señora Eloísa, al hacer la pregunta, medía con los ojos la estatura del hombre y alargaba el cuello hacia dentro de la habitación para compararlo con el muerto. Todos los que estaban dentro, con el señor Peña, escuchaban. La señora Cleo decía en voz baja a la señorita María:

—Yo sí que lo creo. En Tánger conocí a dos hermanas gemelas que la una era rubia y la otra morena; una gorda, la otra flaca...

Mientras tanto, en el comedor, el hombre aquel estuvo abriendo una maleta que traía atada con una cuerda. Dentro, la señora Eloísa vio un mono de mecánico, un

martillo y una cadena de perro. También unos sobres grandes, azules, que parecían llenos de papeles. De uno de ellos el hombre sacó unas fotografías borrosas. Las estuvo barajando debajo de la luz. Al fin escogió una y se la dio a la señora Eloísa; había dos niños, de un mes o así, sentados en un almohadón: uno de ellos canijo, encogido, bizco..., el otro gordo, gordísimo, con los dedos de los pies separados como una margarita.

El hombre, señalando al niño gordo, dijo:

—Este soy yo.

—¿Y éste es el señor Peña?

—Sí.

No tuvieron más remedio que decirle que su hermano era aquel muerto vestido de san Francisco. El hombre dio un paso atrás y se quedó parado, rígido. Después empezó a abrir y cerrar los brazos y a llorar a lágrima viva, dando gritos. Se tapaba la cara con las manos y se apoyaba en la pared, contra la lona que había puesto la señora Cleo para tapar los trajes. Acabó tirándose en el suelo, pataleando.

Tuvieron que levantarlo entre Mohatá y el sefardí. La señora Cleo se metió en la cocina a hacerle una taza de tila. Al sefardí tuvieron que ponerle, después, mercromina, pues una de las patadas le alcanzó en la espinilla y se la magulló.

Con la tila pareció que el hombre se apaciguaba y se sentó, con todos, alrededor del muerto. Más tarde contó cosas de su vida. Se había casado dos veces. La última mujer se le escapó con uno que vendía manzanas. Se le llevó un niño pequeño que se llamaba Paquito. También contó que, en sus buenos tiempos, se le daba muy bien la zarzuela. En «La del soto del parral» hizo de galán y en «La Dolorosa» de hermano Rafael. Les cantó unos fragmentos:

*oca fría del Calvario
ulta en negra nube...*

con muy buena entonación. Luego volvió a acordarse de que su hermano estaba de cuerpo presente y se puso a darse puñetazos en la cabeza y a llorar.

Cuando llegó «La Catalana, Pompas Fúnebres», con una furgoneta, los hombres bajaron el pequeño ataúd del señor Peña. Las mujeres se pusieron trajes negros y unas mantillas en la cabeza. Mohatá, David y el estudiante Anselmo habían subido sillas de casa del médico, para que se sentara la gente del vecindario que venía a rezar, antes de que se llevaran el muerto. Las sillas de la pensión no hubieran bastado. Pero en cuanto bajaron el ataúd, ya estaba allí Paulita, la criada, para llevárselas: «Esa gente no sabe ni sentarse —había dicho su señora—. Ya verás cómo habrán puesto las sillas. Si no hay que barnizarlas de nuevo todo irá bien...».

Paulita era pequeña y regordeta. Tenía relaciones con un tranviario. Paulita decía que se casarían cuando lo tuvieran todo. Que a ella no le gustaban los plazos y que para casarse con una mano delante y otra atrás siempre estaba a tiempo.

El novio tenía los pies menudos y un ligero aire de seminarista. Cuando la pensión la llevaba la vieja, estuvo en ella de huésped. Fue cuando conoció a Paulita. Decían que era agarrado y gorrista, que siempre se dejaba convidar.

—¿Ve esos pechos que tiene? —decía la señora Eloísa de Paulita—. Pues uno de ellos es de plástico. Yo lo sé porque la modista de ella me ha cosido a mí algunas cosas y me lo dijo. Es una viuda que vive en la calle del Carmen.

—En Tánger había una mora que tenía tres pechos. Era muy guapa y ¡tenía un tipo...! Las moras no tienen barriga porque para fregar el suelo flexionan el cuerpo en vez de hacer como nosotras, que nos arrodillamos... Se enamoró de ella un hebreo. Ella se las sabía todas. Le sacó todo el dinero que le dio la gana. Luego lo dejó.

La señora Cleo se había vestido con un traje de crespón negro, arrugado, que le quedaba pequeño.

La señora Lola viene muy excitada del balcón:

—Vengan, vengan de prisa y verán el entierro...

Todas corren. Se atropellan por el pasillo. Francisco, que no sabe lo que pasa, echa a correr detrás, llorando. Después de la furgoneta va un monaguillo con la cabeza rapada. El hermano del señor Peña lleva un brazalete negro en la manga. El sol, que brilla sobre los cristales y la carrocería del coche fúnebre, le hace entornar los pequeños ojos y la nariz chata dentro de las arrugas. Unas arrugas tan identificadas con su tipo de cara que da la impresión de que ha nacido con ellas.

—Parece un «boxer» —dice la señora Cleo.

—¿Quién?

—El hermano del señor Peña.

—¿Qué es un «boxer»?

—Un perro.

—¡Ah!

Susana y Catalina gimotean porque se quieren poner delante. Al fin las dejan poner y ellas ríen muy contentas.

—¡Qué lástima! ¡No lleva coronas!

—Las flores se marchitan. Las oraciones alivian el alma. La señora Eloísa lleva pintado sobre la boca un trazo recto y rojo que se le emborriona en las comisuras. Se ha puesto una blusa negra de organdí y a la luz fuerte de las diez se ve que tiene las orejas sucias.

—Puede que se marchiten, ¡pero es tan bonito un entierro con flores!...

—De todas formas, todo se pudre.

Los hombres van detrás. Manotean hablando de sus cosas. Un panadero, con una larga tabla sobre la cabeza, se cruza con la comitiva. La tabla lleva ensaimadas y panecillos tiernos. Susana pide una ensaimada y Catalina dice que quiere pan y chocolate. La señora Eloísa le pega en la cara y después se acoda en el balcón, inclinando el cuerpo hacia fuera. Cuando la furgoneta arranca, los hombres se quedan de pie formando grupos. Hay bastantes: boxeadores, vendedores ambulantes, empleados de Hacienda...

—Teníamos que haber comprado una corona. Entre todos, a escote.

—Es verdad.

La señora Eloísa se mira la piedra roja del anillo con aire meditabundo y concentrado:

—¿Y si hiciéramos chocolate con pan frito? Cuando subieran les daríamos una sorpresa.

—Podemos freír pan duro.

—Yo tengo un talego lleno.

—Yo pongo el aceite para freírlo.

—Yo pongo la lumbre. Podemos emplear mi hornillo.

—¡Vale! Y el chocolate lo pagamos entre todos. Tres pesetas por cabeza.

La señora Eloísa abre su portamonedas. Era negro, pero ahora tiene un color verdoso. Además, se deshace por los lados como si hubiera estado mucho tiempo metido en agua.

—Catalina, baja a la tienda y que te den un cuarto de kilo de chocolate en polvo.

—¿Bastará?

—Sí. Y si no basta, añadiremos harina.

—Eso.

Cuando subieron los hombres ya estaba el chocolate hecho. La gran mesa extendió sus alas y se sentaron todos alrededor.

—Estas tacitas son de porcelana de China. Me las regaló una tía que se metió monja.

Mohatá mira su taza y luego las demás, comparando.

—Mi tía tenía, también, tres baúles llenos de sábanas, de colchas, de mantelerías... El novio la dejó y se fue a América. Por eso se metió monja.

A la señora Cleo el chocolate le había manchado el vestido. Intentaba quitarse la mancha con un pañuelo.

—Con sifón dicen que se va.

—Las monjas no le dejaron que me regalase los baúles con la ropa. Son unas lagartas. Ya saben lo que se hacen, ya.

—¿Quién tiene sifón?

—El señor Peña siempre tenía sifón.

—¡El pobre!

Todos suspiraron. El hermano contraía la cara para llorar y se volvía a dar puñetazos en la cabeza. El señor Alfredo se levantó de la mesa, se secó las comisuras con la servilleta y fue hasta él. Le estuvo dando golpecitos en la espalda hasta que llegó el señor Joaquín a hacer lo mismo, y después Tomás. Mohatá miraba la fuente con el pan frito y no se había dado cuenta de nada.

—No se tiene que poner usted así. Ya se sabe. Todos hemos de hacer el mismo camino...

A la señora Eloísa la voz le rechinaba como una lata vieja.

—Desde luego, era una bellísima persona.

—¡Y qué servicial!

—¡Y qué trabajador!

—Lo que más le gustaba era arreglar las luces.

Casi todos tomaron tres tazas de chocolate. Cuando terminaron se fueron levantando y dejaron la mesa. Sólo Mohatá se quedó allí, con la barbilla sobre el pecho, como si meditara. La señora Eloísa apagó la luz y la señora Cleo limpió el tapete de hule con un trapo mojado. Al empaquetar las cosas del señor Peña, para que se las llevara su hermano, de un cajón del armario salió una caja de música que tocaba *La Cumparsita*. Las niñas se entretuvieron abriéndola y cerrándola.

El hermano del señor Peña le cambió al sefardí un traje casi nuevo y unos zapatos por tres pañuelos de hierbas. Tenían cuadros blancos y rojos. No cesaba de llorar y de contar cosas de su niñez.

—Era generoso y bueno. Ya de pequeñito era así. Recuerdo que teníamos un orinalito para los dos. Parece que lo estoy viendo. Era un orinal de aquellos de antes: grande, blanco.

—Los de ahora son de plástico. Mi David tiene uno verde.

Al hermano del señor Peña le coge un ataque de pena.

—Yo, en cuanto lo veía sentarse allí, ya iba. Lo hacía levantar y me ponía yo.

El hermano del señor Peña se revuelca por encima de las camisas que prepara para llevarse, sollozando, hipando...

El sefardí y el señor Joaquín le dan la mano para que se levante. La señora Cleo sacude las camisas, las dobla con cuidado y las mete en una maleta.

—También la muerte es una cosa que ya, ya.

A las doce ya estaba todo listo: un baúl, tres pañuelos de hierbas y tres maletas.

—En un taxi cabrá todo —dijo el señor Joaquín—. Pero tendrá que ser de los grandes.

El hermano del señor Peña regaló a la señora Eloísa un cajón de bebidas que

había en la habitación de su hermano.

—Por las molestias.

Todos se asomaron a la escalera para despedirlo. Él, a cada rellano, levantaba su blanca cara para mirarlos. Era una cara como de loza barata. Esa loza mal cocida, desportillada.

Y de pronto las personas se quedan quietas, inmóviles para siempre, lívidas. Se han muerto.

Y aquello, que no tiene vida, no es como una piedra o un mineral, que también está quieto, pero limpio y sin órganos. No es como algo que permanece y no está, dejándose llevar sólo por las leyes universales, misteriosas y maravillosas. No, aquello es una vasija llena por dentro de cosas que se descomponen. Es algo que hay que llevarse para que no hieda.

La muerte. ¿Te das cuenta? En eso acaba este avanzar lento, con un cilicio caliente en la cintura.

Desaparece el sol y el ritmo de la sangre y el calor de los labios amados. ¿Hasta cuándo? La Resurrección de la Carne. ¿Será verdad? ¿He de tener otra vez sobre los huesos esta carne mía?

¡La Resurrección de la Carne! Tal vez entonces todo pueda ser. Lo tuyo y lo mío. Aún nos queda esta esperanza. La Resurrección con el alma y el cuerpo. Pero... ¡Qué lejano!

Quisiera tener ahora fe, toda la fe de los hombres que han tenido fe. Toda la fe de mi hermano consagrando, llevando el Santísimo a los enfermos, ayunando y andando kilómetros de barro o polvo para explicar cosas inefables torpemente, con su cara de tonto, con aquella cara pálida y pequeña sobre la sotana... Quisiera tener toda la fe aquí y agarrarla con mis manos fuertemente, como un montón de moscas vivas, para que no se escapara.

Si yo tuviera fe, esperarí­a la muerte tranquila, paciente, como se espera lo que con seguridad llega. Y mandarí­a que sobre mi tumba pusieran otra vez aquello: «Aquí yace María, que espera confiada en la Resurrección de la Carne».

Pero no la tengo. No tengo nada. Ni fe ni esperanza. Sin nada, con mi piel y mis ojos, he de seguir viviendo. Porque hay que vivir. Como un perro o como una rosa. Vivir cobardemente arrastrando los pies. Y luchar, luchar para tener ese pedazo de pan y esa manta y aquel techo que aúlla de miedo y de frío.

A veces, cuando vuelvo de noche a esta ratonera donde vivo; cuando vuelvo cansada del trabajo, con la ropa arrugada y un sudor pegajoso bajo las axilas, me miro en el espejo. Y me veo fea. Entonces me arrancarí­a la cara a puñados. Con las uñas me la arrancarí­a. Irí­a por ahí con la calavera, con el hueso y los jirones de carne colgando. Que el horror los ganara a todos. Que me cogieran a la fuerza y me enterraran. Para siempre.

En el mundo, tambaleante y rudo, de mi adolescencia —con guerra y bombas y venganzas y fuego— había algo más tremendo para mí que los pies ensangrentados de los soldados que huían, que la bomba que había caído sobre una escuela, que los escombros con ayes dentro y un brazo amoratado asomando por las piedras y el polvo. Era algo inexplicable y profundo que nacía dentro de mí. Era la belleza. Las mañanas de sol, la carrera del agua, la gallardía de un árbol. Todo era hermoso: la vida, la gente, el olor de las cosas.

En el Instituto, las chicas se ponían jerseys vistosos y, a la una, con todo el sol dorado sobre la tierra, se dejaban acompañar por chicos y se reían por cualquier cosa. Mi amiga, enlutada y coja, y yo las seguíamos silenciosas con la envidia royéndonos por dentro. Llevábamos las manos sucias de tierra y los bolsillos llenos de bolitas de colores.

Había una muchacha que me obsesionaba. Tenía las cejas largas y finas y llevaba el pelo muy estirado. Siempre iba con dos chicos. Encerrada en el cuarto de baño, imitaba sus maneras y me peinaba como ella.

Entonces ya me había enterado de que no era bonita. La certidumbre me llegó poco a poco: empezó por un gesto, una alusión, alguna burla... Un día en que me reía de la Tronera, que estaba loca y era bizca, mi madre me preguntó: «¿Por qué te ríes?». «Porque es fea», contesté. «Y tú, ¿te has mirado?». Me lo dijo con rabia.

Siempre dudé de que tú me desearas como los demás hombres desean a las mujeres. Cuando sentía tus grandes manos sobre mí, y tu buen calor y tus labios... me hubiera puesto plumas de colores y me hubiera pintado la cara como una máscara alegre. Como una máscara que tuviera una risa pintada.

A veces me subía al campanario. Mi hermano, abajo, en la iglesia, celebraba misa. Yo, con el mundo pequeño a mis pies y el cielo amplio arriba, le pedía a Dios la belleza para dártela a ti. Y, mientras tanto, la gente ridícula caminaba por las aceras y a lo lejos brillaban las acequias.

En una caja tengo tus cartas. Es una caja de cartón amarillo. Me la dio una mujer que vive aquí, su marido es vendedor ambulante. Cuando saco las cartas de la caja, las letras verdes huelen a madera y a tabaco, y también huelen a pino lejano de agujas brillantes y movedizas. La tinta verde de tus cartas es, en esta habitación, una música tristísima que habla de cosas lejanas que nunca existirán ya.

«Te siento como una fiesta, como, cuando niño, eran las fiestas de San Pedro en el pueblo. Las campanas estaban locas. Los banderines de colores —fru, fru, fru— zumbaban sobre las calles frescas, recién regadas. Yo me compraba una trompetilla y corría loco de alegría bajo el sol. Y tú eres eso».

Quisiera ser una mendiga. Quisiera ir por los caminos tras tus huellas, descalza, con las plantas de los pies protegidas tan sólo por un gran callo grande y sucio. Ni los espinos ni las piedras podrían hacerme daño. Y así, seguirte.

«... Y como estoy harta de deber dinero y estoy harta de ver malas caras y, además, tengo derecho a dar de comer a mis hijos, hoy no desayunas. Porque es más justo que se beban la leche las criaturas. Y si no podías dar de comer a tus hijos, no haberlos hecho. Y si no tienes dinero, vas y lo buscas».

La plazuela se reía con sus cuatro bancos grises, donde los niños echaban tierra y piedras. Enfrente, un busto: «A Mr. Fleming», tenía un ramo de caléndulas.

Se sentó en un banco.

No era tan fácil buscar dinero. Desfilaron por su cabeza las caras de todas las personas a las que había pedido dinero. Algunos le preguntaban: «¿Tiene fiador?». «¿Tiene joyas?». Joyas, fiador, dinero... Todo daba vueltas alrededor de su cerebro.

«Además, si los tuyos no te apoyan y te cierran las puertas y te dan cuatro trapajos viejos que sólo sirven para fregar el suelo, recurriré a los míos. Voy a coger a mis hijos y los haré bautizar, que a mí lo mismo me da moros que cristianos... Y al menos los meteré en un colegio y podré ganarme la vida».

Un gato gris y lustroso miraba por un sumidero y movía el rabo, primero despacio, después más de prisa. Maullaba blandamente y se relamía. Después intentaba meter la pata por entre los hierros.

«Los animales están mejor —pensó el señor Alfredo—; no piensan, no tienen que vestirse y, si son machos, cuando tienen hijos ni se enteran».

Una mujer que estaba sentada en el otro extremo del banco chupaba una naranja, a la que había hecho un agujero con el dedo. La chupaba embebiendo las mejillas y se le hacían unos hoyuelos. Era vieja y llevaba un abrigo negro lleno de manchas.

—¿Usted sabe quién es ése? —preguntó al señor Alfredo señalando el busto.

—Es el inventor de la penicilina —contestó amablemente el señor Alfredo.

—Ya debía de ser listo el tío, ¿eh? ¡Las vidas que habrá salvado!

La mujer movía rítmicamente la cabeza hacia abajo y sacaba el labio inferior ponderativamente. Llevaba una bolsa de esas de aviación, toda recosida, con naranjas y una lechuga.

—¿Quiere una naranja?

—No, gracias.

—Tienen muchas vitaminas, dicen.

—Sí, pero no quiero.

El sefardí intentó enfrascarse de nuevo con la procesión de caras que daba vueltas dentro de su cabeza. Con las posibles personas que podían salvarle del apuro de hoy, pero la vieja tenía ganas de hablar.

—A mí me gusta mucho venir aquí. Hace sol y tomar el sol es bueno.

—Sí, es bueno.

El señor Alfredo pensó que si al menos hubiera traído un libro, ahora le sería fácil fingir que leía y no contestar. Pero así...

—Yo vivo ahí, en la calle de Roig. Todo el día tenemos la luz encendida. De sol, ni hablar.

«A Mr. Fleming». ¿Quién le pondría las flores? Siempre que pasaba por allí veía flores frescas.

—Y no se crea. Por este piso pagó mi hijo cuarenta mil pesetas.

Entre penicilina y supositorios, ahora que David había tenido anginas, y comer todos... Cada día tenían que comer. A los niños no se les puede ir con pamplinas. A los mayores tampoco, claro, pero es diferente.

—Y no es muy grande, no: hay una habitación, un comedor que cabe en un puño y una cocina sin ventana ni chimenea. Tendemos en el balcón. Y cuarenta mil pesetas de traspaso. ¿No le parece un robo?

—Sí, sí, es un robo.

¡Si él tuviera cuarenta mil pesetas! Se vio con cuatro maletas otra vez. Lo mejor sería vender material plástico, A las mujeres les gustan las cosas de plástico. Todas de colores. Se imaginó un puesto en la plaza. Él en medio y, en torno, coladores, platos, cubos, exprimelimonos... «Todo irrompible, moderno, higiénico...», gritaría.

—Yo, cuando me canso de andar a tientas por la casa, me vengo aquí. Al menos se respira. Además, a mi nuera no hay quien la aguante.

Enfrente, en una tienda de objetos de loza, un hombre subido en una escalera bajaba unos botijos que estaban colgados sobre el umbral. Había huchas y cazuelas y unos gallitos blancos y rojos.

—Dice que añora el campo. Que ella ha vivido siempre en el campo... Todos añoramos algo. Pero por eso no vamos a envenenar la vida de los demás. Y si está amargada que se tire al tren.

El tren. Se vio otra vez en el tren mirando, de nuevo, todo aquello que cada día, cuando iba a vender por los pueblos, veía: casas desapareciendo de prisa, matas de habas verdes, pinos, montañas... En los pueblos, él era un ser importante con sus maletas sin abrir. Los niños lo seguían por las calles. Cuando llegaban a la plaza, abría las maletas despacio y cuidadosamente lo extendía todo, cosa tras cosa.

—Y mire lo que le voy a decir: mi hijo, no es porque sea mi hijo, pero es pan bendito. ¡Lo que habrá trabajado esa criatura para pagar el traspaso!

Una mujer joven, con un niño en brazos, una bolsa y otro niño de la mano, se paró ante ellos. El mayorcito berreaba a todo meter.

—¿Lo están ustedes viendo? Cualquiera que lo oiga. Te sofoca. Y todo porque me ha pedido una peseta para un tebeo y luego valía dos y no me ha dado la gana. ¡A ver!

—Hoy en día los hijos suben de otra manera. Cuando yo era joven...

El sefardí aprovechó para marcharse.

—Con Dios, señoras.

—¡Adiós!

Un callejón gracioso, con arcos renacentistas, lo llevó a la calle del Carmen. La calle del Carmen era, a aquellas horas, gris, y el cielo, sobre ella, era luminoso y azul. El pequeño sefardí subía y bajaba la acera, demasiado estrecha, cada vez que venía alguien en dirección contraria. Iba mirando escaparates, todos los escaparates que iba

encontrando. Soñaba en vender muebles, impermeables, panecillos con azúcar... Todo lo que veían sus ojos. También podía vender plumas estilográficas entre las mesas de los cafés: «Parker, magnífica Parker. ¿Me la compra, señor?».

Lo había decidido en aquel momento. Volvería a casa de doña Raquel —doña Raquel, que tenía aquel negocio fabuloso de «Joyas y lindezas»—. A lo mejor...

En las Ramblas, junto a los puestos de flores, el suelo estaba lleno de pétalos de clavel y gotas de agua. «Joyas y lindezas». ¡Qué buena idea poner este nombre a un negocio! ¡Lo lista que era doña Raquel! Vendía esas joyas modernas y retorcidas, hechas en bronce o en hierro, con jacintos de Compostela y falsos topacios aprisionados, y se había hecho millonaria.

Una mujer rubia, picada de viruelas y sin piernas, le ofreció desde un cochecito de ruedas un número de lotería.

—No, no, muchas gracias.

¡Si doña Raquel quisiera! Tenía viajantes por España y el extranjero, que llevaban sus «Joyas y lindezas» en cartapacios forrados de terciopelo y se alojaban en los mejores hoteles.

En la Plaza Real olía a pulpo y a gambas a la plancha. Había mujeres y niños sentados en los bancos. Un guardia gordo paseaba alrededor de un parterre, silbando pensativo.

Doña Raquel había ido al colegio con su madre; habían sido las dos uña y carne. Cuando iba a Tánger les hacía largas visitas llenas de besos y zalamerías. Ella y su madre se emborrachaban con los recuerdos horas y horas...

Cuando llegó al portalón se sentía cansado. En el estómago parecía tener un hueco frío, como si tuviera dentro una bola de goma y nada más.

La escalera daba muchas vueltas. Los escalones eran de mármol blanco, muy limpio, y el pasamanos dorado. Le abrió el mismo del otro día: un criado que iba vestido con un guardapolvo de rayas azules y blancas.

—¿Doña Susana de Pereira?

—¿De parte de quién?

—Del señor Alfredo. De Tánger. Ya vine el otro día.

—¿Quiere tomar asiento, por favor?

El zaguán era fresco. Había grandes cuadros colgados y al lado de ellos platos de cerámica y espadas de muchas clases. Sobre un armario, almireces de bronce y tazas antiguas...

Doña Raquel, la otra vez, salió a recibirlo con una bata rosa llena de volantitos. Recordaron cosas de Tánger. Doña Raquel se emocionó hablando de otros tiempos y hasta cantó una romanza con un hilillo de voz... Cuando supo que él venía a pedirle dinero, se quedó muy sorprendida, muy seria, pero le dio quinientas pesetas.

Hasta él llega un olor penetrante y dulzón. Sobre un arcón con patas de águila hay un búcaro con unos jacintos grandes y azules. El reloj antiguo produce con el péndulo un ruido de lluvia. Al sefardí le invade un sopor suave y agradable.

La mujer de las naranjas está a su lado con su abrigo negro y la bolsa de aviación toda recosida. Sigue chupando naranjas, gravemente. Las naranjas tienen sobre la piel una marca en tinta que dice «Jugolina». Son sanguinas. De pronto se convierten en piernas de cordero. La mujer las muerde y chorros de sangre manchan la alfombra de doña Raquel. Le ofrece una al señor Alfredo. El no sabe si cogerla o no. Su religión le prohíbe comer carne, pero piensa que, si la lleva a la pensión, su mujer y los niños podrán comer. Seguramente Cleo asará la pierna. Entonces el olor de la carne asada se escapará por las ventanas de la casa y los vecinos irán a preguntar quién, de todos los que hay, es el que come carne... Pero, no, tiene que vencer la tentación. No puede aceptar la pierna de cordero porque no lo ha matado el rabino.

La mujer de las naranjas le dice que todo eso son tonterías, cuentos chinos: «Ya verá, yo le enseñaré una cosa». Lo coge de la mano y lo conduce a un pequeño jardín. En un rincón hay un gallinero. Las gallinas tienen las plumas mojadas y las crestas blancas.

—¿Sabe por qué están así? Doña Raquel durante el invierno no les da de comer. Como casi no ponen.

En eso se oyen pasos por una escalera encalada que hay en un extremo del jardín. Es doña Raquel. A su lado va una criada enana, con una cabeza muy gorda, que lleva un hacha.

La voz de doña Raquel chilla:

—¿Cuál ha sido la gallina que se ha comido el huevo?

—Ésa, la roja.

A la gallina roja se le doblan las patas al andar. El hacha brilla en las manos de doña Raquel. La criada coge la gallina. La ponen en un pilón y le cortan el pico, que cae a los pies del sefardí. El pico se mueve como una lagartija. Tiene un trozo de cáscara de huevo en el borde.

—¡Piturrina! ¡Piturrina!

Las voces despertaron al sefardí. De la puerta del fondo, cubierta por un tapiz, sale una mujer morena con unos grandes aros en las orejas.

—¡Piturrina! ¡Piturrina! —llama.

El sefardí mira el reloj de péndulo, que señala las once. Hace media hora que llegó.

Una gata negra, con una gran barriga, aparece mayando moduladamente.

—¿Dónde estabas, Piturrina? ¿Te habías escondido?

La mujer coge la gata cariñosamente.

—Zorróna, más que zorróna. ¿Dónde estabas?

Desaparecen la mujer y la gata. Todo vuelve a quedar silencioso. Sólo se oye el tictac del reloj. Al señor Alfredo se le han entumecido los pies. Piensa que ya se deben haber olvidado de que está allí esperando. Se apodera de él una gran sensación de vacío. Como si tuviera hueco el espíritu y todo el cuerpo. Como si todo él fuera un tubo de goma flácido y sin aire.

A su lado oye un ruido extraño; parece un motor pequeño. Es la gata de antes, que lo mira con sus ojos fluorescentes y quietos.

Los almireces, los cuadros y las cerámicas empiezan a danzar alrededor de él.

Por fin sale el criado del guardapolvo a rayas. En la mano lleva un sobre.

—La señora me ha dicho que la disculpe. Que no se encuentra bien y está echada. Me ha dicho que le dé esto.

El sefardí coge el sobre con las dos manos y no sabe si tiene que hacer una reverencia.

—Muchísimas gracias. Salude a la señora. Que se mejore.

Abajo, en la entrada, el sefardí abre el sobre: en medio de un papel blanco y doblado hay un billete de cincuenta pesetas.

Las callejas aquellas olían a alquitrán, a basura pasada y a pescado frito. En Tánger todo olía a mar. En cuanto salías a la calle te daba en la cara un olor a marisco, penetrante, esponjoso...

Cuando era niño su padre lo llevaba al mar. Era un mar bravo, lleno de moros y de muchachas con camisolas de colores.

Tenía hambre. Notaba el estómago vacío. Había leído en un libro que existían unos animales muy primarios que se llamaban hidras —un paso entre el animal y el vegetal—. Esos animales, decía el libro, eran como un tubo que empezaba en la boca y terminaba en el ano. Él se sentía así ahora. Un aparato digestivo inmenso, fabricando saliva y produciéndole un cosquilleo incómodo.

Los días de fiesta, su padre los llevaba al mar. Llegaba de la calle y le decía a su madre: «¡Hale, arréglate, arregla a los niños y vamos!». Tenían un cochecito que parecía un dromedario. Llevaba una gran rueda roja atrás. Aún le parece que la ve. Se subían todos en el coche e iban cantando canciones hasta llegar a la playa.

Cincuenta pesetas. Cincuenta pesetas en un billete sucio con un papel delgado atravesándolo, de parte a parte, como un esparadrapo. Lo mismo que Mohatá al día siguiente de una pelea.

Con cincuenta pesetas... Se imagina a su mujer sentada en el comedor de la pensión, junto a la mesa, rascando el hule con la uña y con David en brazos. Tendrá la bolsa de la compra al lado, vacía, esperando que él llegue con el dinero.

Con cincuenta pesetas poco se puede hacer. Sin embargo, él ha oído decir que algunos han empezado un gran negocio con una cantidad muy pequeña. Un negocio en una ciudad extraña, sin amigos, ni parientes. Como él se encuentra ahora. ¿Qué negocio podía empezar él? Se exprime la cabeza. Una oleada de bilis le viene a la boca. Piensa que, cuando no se come, el estómago, el páncreas y todo lo que tenemos metido en el cuerpo, trabaja como si se comiera. Por eso le vienen esta bilis y este malestar. Deben de ser más de las doce. No tiene más remedio que comer algo.

Le gustaría poder inventarse ahora mismo un negocio fabuloso y llegar a casa lleno de monedas de oro. Pero le da la impresión de que su cerebro está enmohecido, como un viejo reloj que se ha mojado, y le resulta imposible pensar.

El señor Alfredo se ha metido por callejones cada vez más estrechos. Acaba sintiendo un fuerte olor a mar. El mar, otra vez el mar y las gaviotas, como cuando era niño.

Tiene ganas de tocar con las manos el agua salada. Su padre los llevaba cada día de fiesta al mar, y todos sus hermanos tenían una pala pintada para jugar con la arena. Hacían hoyos. Si ahondaban mucho olía mal, como si la arena se hubiera podrido. ¿Se pudre la arena?

El señor Alfredo decide que esta mañana ha de ver el mar. Primero buscará un café de esos baratos y tomará algo caliente; luego irá hasta el puerto, bajará los escalones llenos de salitre y tocará el agua... Las gaviotas lo mirarán con sus ojos redondos y se alejarán chillando, y un barco gris y grande anclará pesadamente con gran ruido de cadenas.

Los bares están atestados. Hay marinos americanos, largos como lombrices, que comen pescado frito y beben coñac. Mujeres pintadas los acompañan, se cuelgan de su brazo y ríen, dando pequeños saltitos.

Él, en otro tiempo... Cleo era algo así como una montaña inaccesible. El señor Alfredo iba cada noche a mirarla. Salía con otras dos: velos de tul y carne color de rosa. «Las tres gracias». A veces, los borrachos bramaban al verlas. Un día, unos quisieron subir al escenario, pero se los llevaron los guardias.

En el «Jolis», donde actuaban «Las tres gracias», el escenario brotaba del suelo como de milagro. Cuando uno entraba todo era llano, tocaban las orquestas y la gente bailaba. Pero, inesperadamente, la luz cambiaba; se hacía suave, verdosa, azulada, malva... y, entonces, surgía el escenario, hacia arriba, como un gran tambor.

Por fin encontró un bar que no estaba muy lleno y en el cual había sillas para sentarse. No le seducía la idea de beber un café con leche de pie, ante una barra. Se sentó a un lado, en un ángulo penumbroso. En el mármol blanco de la mesa había, escritas a lápiz, unas palabras que no pudo descifrar.

Unas mujeres se paseaban por entre las mesas, contoneándose. Tenían esa cara acanallada de las prostitutas baratas.

—¿Qué desea?

El camarero tenía un tic nervioso que le hacía contraer la boca a cada momento.

—Café con leche.

Allá, en Tánger, en el «Jolis», pasó muy buenos ratos. No es que él acostumbrara frecuentar esos sitios, no. Fue su socio el que lo llevó allí. Tenía mucho mundo aquel Rosales. A los dos días de ir, ya convidó a Cleo y a las otras después de la función. Se sentaron en la mesa con ellos. Frescas, bonitas..., riéndose por todo.

Cerca del señor Alfredo hay una mujer, de cara huesuda y cabello escaso, que espera. Consulta el reloj, suspira y mira hacia la puerta. En una silla vacía, al lado, tiene colgada una chaqueta de lana gris y un mal bolso.

Dos muchachos, cargados con unos libros, miran a las mujeres y comentan en voz alta:

—Mira aquélla. No está mal.

—¿Cuál?

—Aquella rubia de la barra. ¿La ves? Aquella que mira.

—¡Bah! Es un callo.

Una, con el pelo como un cuervo y grandes zapatos, cruza el salón cada dos minutos. Se dirige a una sala interior, está un momento y vuelve a salir, levantando trabajosamente los pies, como si pesaran mucho.

—¿Y ésa?

—¡Bah! Puede ser mi abuela.

Hay negocios que... Él, en realidad, nunca entendió demasiado de negocios. Invirtió el capital en aquello de Rosales, y si no hubiera sido por la independencia, a lo mejor era millonario. Pero hubo mala suerte. ¡Qué se le iba a hacer! Al fin y al cabo, otros están peor. Hay personas que las atropella un camión y les tienen que cortar las piernas. Hay otros que tienen una enfermedad y se quedan ciegos...

Los muchachos de los libros están ahora con una mujer pequeña que parece un pájaro.

—¿Qué? ¿Qué hacemos, chicos?

Ellos fingen desenvoltura, pero se les nota asustados. El miedo a la mujer real. Mientras todo son palabras y fanfarronadas no pasa nada. Pero la hora de la verdad es la hora de la verdad.

Cleo era maravillosa. Siempre se reía. Y tenía una boca que parecía esculpida en barro: abultada, saliente...

Todo se lo arregló Rosales: «No seas imbécil, hombre. Estas chicas lo que quieren es casarse. Y tú tienes dinero, y, ¡qué caramba!, tampoco estás tan mal... Un poco pequeño eres, pero... ya crecerás». Y se reía como un loco y le saltaban las lágrimas al reír. Era simpático aquel Rosales. Llevaba a las mujeres de cabeza. ¡Qué no hubiera dado él...!

—¿Me das fuego?

Es una rubia. Lleva un pegote de rimel en cada ojo y tiene una boca grande y agresiva.

—Yo, yo... No fumo.

—¡Vaya, hombre!

La rubia se sienta a su lado, apoyando todo el peso de su cuerpo en los codos.

—¿Me invitas?

—No, no... Yo ya me iba. Perdona. Ya me iba. Me esperan. Mi casa está lejos.

El bar se ha ido animando. Ha llegado uno vestido de negro. Se para en la puerta y da un silbido. Acuden corriendo tres mujeres que lo rodean. Lleva envoltorios pequeños en los bolsillos, que va repartiendo. Ellas chillan y palmotean.

El señor Alfredo, que hace rato que ha llamado al camarero para pagar, al ver que éste no viene, decide pagar en el mostrador. La rubia se lo toma a mal y le grita, desgarrada:

—¡Que no muerdo!

Al salir del establecimiento, el señor Alfredo juraría que aquella que está sentada en el fondo, junto al espejo, con uno alto, es Sabina. Se encoge de hombros.

—¡Bah! Habrán sido mis ojos. ¡Hay tanta gente parecida! Debe de ser una que se le parece.

El sol, a estas horas, es fuerte como un bloque. El mar está cerca, a dos pasos, pero el deseo ha desaparecido. Ya no tiene ningunas ganas de acercarse y tocar el agua. ¿Para qué? Además, las personas que estén por allí cerca y le vean tocar el agua pensarán que es tonto o que se ha vuelto loco. No vale la pena.

Sabina sacó los brazos del embozo y estiró las piernas todo lo que pudo por debajo de las mantas. Hacía un rato que, medio dormida, oía hablar a Rosa y a Margarita.

—No seas tonta, lo difícil es encontrar novio. El piso ya lo encontrarás... Y el novio ya lo tienes.

—Si el año pasado no hubiera hecho aquel viaje... ¡Maldita sea! Ya tenía veinte mil pesetas...

—¿Y adónde fuiste?

Rosa habla despectiva, con rabia desganada.

—Al pueblo, a ver a la familia. Me parecía que tenía muchas ganas de verlos, y luego, a los dos días, ya estaba aburrída, con ganas de volver. Mi madre siempre estaba lloriqueando que no tenía dinero. Se creen que porque estás en la capital atas los perros con longanizas. Siempre que iba a comprar tenía que darle algo. En fin, que me quedé pelada.

Rosa estaba aún en la cama, medio incorporada, apoyada con un codo en la almohada. Margarita llevaba un abrigo puesto sobre el camisón y estaba sentada en el borde de su cama.

—Y créelo, Margarita, que sudo el dinero. Me agarro a lo que sea para ganarlo. Igual lavo que coso, que plancho. Lo que sale. No tengo pereza, no. Pero Roberto tiene mala suerte.

Sabina las oía medio inconsciente, pero con claridad. Para eso trabajaba la fea del diablo, para Roberto. Para que Roberto la tocara. Para que Roberto la llevara por ahí. Para ir al cine con él, pagando ella las dos entradas. Intentó taparse la cabeza para dormirse un poco más. El sueño la envolvía como un cosquilleo. Les hubiera gritado a aquellas dos que se callaran, pero tenía miedo de acabarse de despertar.

—Y es que tiene la manía de decir la verdad. De cantarle las verdades al lucero del alba.

Un vago es lo que era. Un niño bonito de escaparate.

Las veces que aquella tonta de Rosa se tenía que quedar en casa, sentadita en el balcón, esperando, porque él se iba adonde le daba la gana y no acudía a buscarla.

Y sin dar golpe. Con ella tenía que haber dado.

Margarita se abotonó el abrigo.

—Voy a ver si ya está libre la ducha.

Por la puerta entornada entra la voz de las niñas:

*llueva, que llueva,
rjen de la Cueva,
ajaritos cantan...*

—¡Ya llueve! ¡Ya llueve!...

Sabina se acaba de espabilar.

—¿Llueve?

—Sí —bosteza Rosa—, siempre llueve en domingo.

Por la ventana entra una luz sucia como un trapo blanco y mojado que ha rodado mucho por el suelo. Rosa piensa que en la galería, colgada de un clavo, estará la jaula con el jilguero que nadie se acordará de recoger. El jilguero giboso con las plumas mate, cubiertas de caspa. El jilguero estirará las alas hacia abajo todo lo que podrá hasta taparse las patas. Las patas del jilguero tienen unas uñas largas, larguísimas...

Rosa, que ha vuelto a meterse entre las sábanas, se revuelve en la cama.

—Este colchón cada día está más duro. La borra hace unos nudos que cuando te mueves se te clavan.

Sabina mira soñolienta, sañuda, hacia Rosa. Rosa, toda nariz, allí tapada.

Vuelve a abrirse la puerta y las voces de las niñas, el ruido de la lluvia y un reptar vegetal, como el arrastrarse de una escoba, se hacen grandes en el cuarto. Es Margarita, con su abrigo castaño abrochado hasta el cuello.

—Una hora que espero. Y ahora en el water está Mohatá, y en la ducha ha entrado esa pareja de tontos del pasillo. Se han metido juntos y se oyen risas.

—Sí, en esta casa, como no te levantes a las seis, no hay forma.

—A mí lo que me da rabia es entrar en el water después que Mohatá. Nunca tira de la cadena. ¡Hace una peste!

—Sí, y los moros aún huelen peor.

Sabina se hunde, sonriente, en un vago recordar. Le gusta pensar cosas agradables metida en la cama, tibia, tapada.

El tipo aquel de las gafas. Aquel Clemente es de risa. El otro día la llevó a una fiesta de gente americana. Se celebraba el cumpleaños de una señora gorda llena de plumas. Dos viejas secas, que parecían hermanas, cantaron temblorosamente la *Canción del cumpleaños*, en medio de un gran silencio. Después, las dos viejas entregaron a la gorda un paquete de medias envuelto en un papel moteado de estrellitas. Clemente se divertía como un bestia. Le daba codazos sin parar de reír y señalaba con el dedo hacia las viejas, hacia un hombre que le había caído la dentadura y hacia la anfitriona guarnecida de plumas. Sabina ya barruntaba que lo iban a echar de allí, pero nadie los miraba. Todos estaban absortos escuchando a la dueña de la casa que, para agradecer el canto y el paquete de medias, pronunció un discurso que duró media hora. A Sabina le recordaba el Pato Donald...

Tras la puerta se oían unos golpes acompasados. Era la señora Eloísa que dormía a Francisco, meciéndolo en una silla. La lluvia golpeaba, ahora, los cristales como una cuerda demasiado rígida.

Margarita y Rosa seguían charlando.

—Cuando mi hermana Tilín sacó novio fue memorable. Llegó de la Alameda...

Aquel Clemente era pequeño y tenía ojos de loco. A veces la tenía una hora en medio de la calle, explicándole cosas confusas y larguísimas. Le hablaba de unas oposiciones a diplomático que hizo una vez, de las extrañas manías de una tía suya...

Ella sospechaba que la mitad de lo que le contaba Clemente eran mentiras, pero le hacía gracia oírse las decir. De aquella tía, de la que se aseguraba heredero, contaba que iba vestida siempre de soldado marroquí y que tenía un viejo barco en Porto Petro y un perro pastor con una oreja comida. La oreja del perro se la comió una serpiente en la India... Pero ésta era otra historia que Sabina había olvidado, pues a menudo se distraía y no escuchaba a Clemente. A veces, cuando la paraba en medio de la calle para contarle todo aquello, a ella se la llevaban los diablos. No siempre estaba de humor para interesarse por las tías extravagantes, las serpientes o los perros.

Rosa y Margarita se preparaban para ir emparejadas a la ducha y al water. Rosa, con la gabardina, arrastró y tiró el cenicero de Sabina, que cayó al suelo.

—¡Ay! Lo siento.

—¡Lo siento, lo siento! Todo lo arregláis con palabras. ¡Lo siento! Y hace una hora que habláis como loros, sin dejar dormir. Como me lo hayas roto me lo pagas. ¡Cristo..., las niñas!

—¡Huy, cómo hablas!

—Como me da la gana. ¿O te crees que soy tan tonta como vosotras?

Afuera, el balanceo de la silla había parado. Se oía hablar al sefardí con el señor Joaquín.

—Mi padre nació en el Yemen, a orillas del mar Rojo.

El señor Joaquín le contestaba algo ininteligible y largo en andaluz. Aspiraba las haches y las consonantes finales desaparecían. Intervino Mohatá y todo se hizo más confuso, hasta convertirse en una charla hecha de pequeños gritos. Y las niñas chillaban:

—¡Uuuh, au, au...! Yo soy un indio. Tú corrías encima de un caballo. La escoba será el caballo.

Cuando Clemente le hacía el amor le hablaba de cosas extrañas: «En Nueva York hay un parque zoológico sin jaulas ni barreras. Cuando quieren que críe la leona, la meten en la jaula del león y se la sientan en las rodillas. Así». Y Clemente se la sentaba a ella en sus rodillas.

—Les comunicamos que ya tenemos casa.

La voz de la señora Lola y la de su marido se oían, asombrosamente claras, sobre los otros ruidos. Como si todos se hubieran quedado mudos.

—¡Oh! ¡Qué alegría! ¡Qué suerte!

Sabina se los imaginó radiantes, endomingados, con las caras enrojecidas por la alegría y por haber subido de prisa la escalera.

—Es muy pequeña, pero tiene de todo: comedor, cocina, una habitación, un water.

—¿Y les han pedido mucho de traspaso?

—Treinta mil pesetas.

¡Treinta mil pesetas! Le gustaría saber de dónde las habían sacado aquellos muertos de hambre. Claro que todo el invierno no habían comido más que coles y

patatas y estaban los dos que se transparentaban. Pero treinta mil pesetas era mucho dinero.

—¿Y cuándo se irán?

—Aún tardaremos un mes.

La voz opaca de la señora Cleo dijo nostálgica:

—¡Qué suerte!

La señora Eloísa chirrió:

—Todos encuentran, un día u otro. Yo, antes, tampoco tenía casa. Vivía realquilada como ustedes...

El acento de la señora Eloísa es tal que, a la imaginación de Sabina, acuden paisajes nevados de Siberia, minas de sal... Toda la literatura desolada de las películas que hacen llorar.

—Cuando entré en esta casa lo primero que hice fue arrancar todo el papel de la pared. Debajo, hervían las chinches. Luego quemé los colchones en el terrado. Parecía una falla.

Sabina miraba hacia arriba. Cuatro vigas atraviesan el techo.

«Complejo de mantis. Tú tienes complejo de mantis. Noto en tu mirada que me devorarías si pudieras», le decía, también, Clemente. Ella le preguntó: «¿Qué es una mantis?». «Es un insecto, una especie de insecto. La hembra se come al macho. Tiene la cabeza movible y graciosa como una mujer. Como tú».

Sabina mueve la cabeza a un lado y a otro, graciosamente.

—Un remolque. A mí lo que me gustaría es vivir en un remolque. Iríamos a todos los pueblos y mi marido podría vender y venir a comer a casa. En Tánger, unas chicas americanas tenían uno.

Comerse al macho. Devorar las manos cortas y sucias de Clemente. O los pies planos de aquel notario gordo.

—Dentro del remolque había de todo: baño, armario ropero...

—El otro día yo vi uno. En la Plaza de Cataluña.

—Un remolque sería lo ideal para mí.

—¡Oh! Pues a mí me gustan las casas céntricas con ascensor y esos crematorios para la basura...

La última vez que fue a casa de Clemente, él se olvidó de que ella existía. Se puso a leer, luego a escribir y al final le dijo:

—Ahora, sé buena chica y vete.

Menos mal que no era ningún roñoso; si no, la hubiera oído.

Margarita entra con una toalla arrollada a la cabeza.

—Si te quieres levantar, la ducha está libre. Pero, prepárate, pues hay un charco en el suelo que ya, ya... Pero yo no lo quito. La semana pasada pasé la bayeta dos veces, ¡ya está bien! Luego se lo toman como una obligación...

A Margarita le chorrea el pelo. Se lo va secando con la toalla, frotándose. La toalla tiene una felpa corta y pobre.

La habitación se ilumina un poco.

—Aún saldrá el sol.

—Ojalá.

Sabina se pone las zapatillas, chafándolas por el talón, y arrastra la maleta sacándola de debajo de la cama.

La casa de mi hermano era grande, destartalada. Con muchas habitaciones sin muebles, por las cuales, durante el invierno, se paseaba el silbido del viento. A mí me renacía, al recorrerla, toda la tristeza que sentí al leer, cuando era muchacha, un tomo de cuentos que tenía mi padre.

En una de aquellas habitaciones teníamos maletas vacías y hundidas por la tapa —maletas viejas de casa de mis padres, cansadas de viajar, y que ahora habían servido para que trasladáramos nuestras ropas—. En otra, había una Virgen con la nariz roída y un traje de raso apolillado y lleno de polvo; tenía unos ojos que me recordaban vagamente una cabra que tuvimos en casa cuando yo era niña y que matamos porque no daba leche...

En verano la casa era más agradable. En la entrada había un zaguán de gruesas piedras que yo refrescaba, regándolo, cada tarde. Allí, en el zaguán, donde yo había puesto los tiestos de albahaca, fue donde te conocí. Tú tenías leyenda. En aquel pueblo, largo y polvoriento, con higueras reseca en las afueras, eras una gran oveja negra con todas las historias y todos los pecados que pueden tener las ovejas negras. Te había visto alguna vez, solo y orgulloso, y conocía tu motocicleta detonante y sucia. A veces me asomaba al balcón para verte pasar, y cuando desaparecías por la curva de la carretera me quedaba un extraño sentimiento de soledad. Seguramente eran cosas de solterona o una morbosa curiosidad de mujer de pueblo.

Las beatas, que nos regalaban unas rosas pequeñas y pasadas o algún cesto de cerezas, contaban cosas de ti. Bajaban las pestañas hacia los mosaicos blancos y negros del suelo y se mojaban con la lengua los labios sinuosos. Yo les miraba las grandes manchas de sudor de las axilas y no me cansaba de hacerles preguntas.

Mi hermano recibía muchas visitas: gente del pueblo, viejos curas de parroquias perdidas cerca del mar, curas jóvenes compañeros suyos de Seminario... Además, todas las tardes venían las Hijas de María, con las que mi hermano había formado un coro para la iglesia. Siempre sonreían y bramaban como diablos cuando ensayaban el *Tota pulcra* en la habitación más honda de la casa. Esta habitación daba al norte y yo tenía en ella, antes de formarse el orfeón, las patatas y la leña. En la casa de al lado vivía una mujer viuda que se llamaba Aina. Era alta y peluda como una cabra. Venía mucho a casa y, a veces, me ayudaba a blanquear y a limpiar los armarios. Vivía sola, rodeada de viejas fotografías que tenía prendidas en las paredes con chinchetas. Casi todas eran de gente muerta ya. Le gustaba mucho hablar de su hijo, que se llamaba Pedro y era maestro de obras. También disfrutaba leyéndome unas cartas amarillentas de un pretendiente que tuvo en su juventud.

Madó Aina se ganaba la vida cosiendo a jornal. Solía ir a coser a las haciendas y casas de campo, y volvía cargada de habas, acelgas o naranjas que le regalaba aquella gente, a la que ella rendía una admiración y acatamiento de siervo. Cuando intimamos más, me llevó a una de aquellas haciendas. Había en ellas caballerizas, pocilgas y gallineros y andaban sueltas unas ocas escandalosas que querían embestirme porque yo llevaba una falda roja. La dueña era una señora basta que olía

a vaca y me miró todo el tiempo con desconfianza. Tenía un hijo tonto sentado en el patio con la cara llena de moscas. Se llamaba Eduardito y tenía los ojos azules.

Cuando llegó el buen tiempo salíamos bastante por el campo y por la montaña. Madó Aina aprovechaba las salidas recogiendo caracoles diminutos, que se criaban en el tronco de los gamones y llevaba también un saco que llenaba de hierba para los conejos. Los caracoles los recogía para una manada de patos que criaba en su corral. También tenía conejos y un cerdo. Yo solía ayudarla y, además, recogía para mí unas flores que crecían en los ribazos húmedos. Eran como margaritas pequeñas; Madó Aina les llamaba «moixons».

Mi vida era entonces tranquila —como una musiquita pacífica y triste— y se llenaba de pequeñas cosas: el color verde de la hierba, el rayo de sol que me daba en la cara y la pequeña voluptuosidad del jabón y las sábanas limpias.

En uno de aquellos paseos, en los que para acortar echábamos por los rastrojos, encontré un día un pájaro moribundo. Tenía un ala retorcida y estaba ardiendo de sol. Una perdigonada lo había malherido. Latía aún y debajo de su pequeño cuerpo tenía una mancha de sangre seca. La mirada de sus ojos redondos me persiguió durante mucho tiempo. Era una mirada que tenía toda la tristeza del acosado, del solitario. Era una mirada cuyo brillo aparecía roído por la crueldad de los demás.

Los ojos de aquel pájaro me hicieron sentir un vacío y una sed inexplicables. Me despertaba por la noche y andaba descalza sin poder alcanzar el sueño. Salía al balcón y, acurrucada, sentada en el suelo, miraba las estrellas y oía el grito de las bestezuelas de la noche o el ruido lejano de los coches que pasaban por la carretera principal. A veces, sin saber exactamente la razón, pensaba en ti y en las fabulosas historias de las beatas. Otras veces, lloraba sin motivo. Por llorar.

Aquella tarde el sol marcaba un rectángulo en la acera y yo tenía la puerta entornada para que no entraran las moscas. No corría ni una gota de aire, y la cortina de dril se mantenía vertical y pesada sobre el suelo. Yo tenía, desde la mañana, una penetrante tristeza, un tedio que me hacía arrastrar los pies y bostezar de un lado para otro. Oí tu moto y la sentí pararse frente a mi puerta, pero antes de que estas sensaciones llegaran a hacerse claras, ya estabas tú levantando la cortina y agachando la cabeza para entrar.

Mi madre no ha pasado nunca, en su maternidad, más allá de la época de la clueca. Se ha dedicado siempre a atiborrarnos de comida y a ponernos mantas y bufandas sin comprender, ni siquiera pensar, que nuestras necesidades pudieran ir más allá. Un beso y una palabra cariñosa nunca ha sido una necesidad para ella. Ahora tenía la manía de indagar si había alguna persona de nuestro pueblo, o de donde fuera, que pasara por la parroquia de mi hermano. Si los encontraba solía llenarlos de paquetes con galletas, alguna coca o fruta. A ti te había dado una caja de cartón, envuelta en un periódico, que contenía unas empanadas rancias y mantecosas que había hecho.

Llevabas el cabello revuelto e ibas sin afeitarte. Hubiera querido retenerte allí

conmigo, hablarte, exponerte unos temas maravillosos de conversación, deslumbrante, seducirte...

Pero hice lo que hacía mi hermano cuando venía alguien. Te ofrecí una silla y una copa de licor. (Recuerdo que la copa, que era verdosa, se rompió al llevarla al fregadero, y yo sentí el choque del cristal contra el suelo como un augurio). Te hablé del tiempo y de la falta que hacía la lluvia. La moto trepidaba allí fuera y tú sonreías como pensando en otra cosa. Yo bajé los ojos hacia el suelo y los fijé en tus sandalias, por donde asomaban tus grandes pies.

Salí a la puerta para despedirte. Esperaba que al llegar a la curva de la carretera me saludases con la mano. Desapareciste en el sol y en el polvo sin volverte.

El cristal de la ventana está cerrado. Afuera, unas ramas de perejil tiemblan en un vaso.

La señora Cleo apoya a David en su cadera mientras saca con una sola mano platos del armario. Extiende un periódico en el suelo, y sienta al niño allí. Saca del cesto una zanahoria y se la da.

—Mira qué bonito. ¿Ves, mi cielo?

La señora Lola pela habas sentada junto a la mesa.

La señora Cleo murmura algo entre dientes. Hoy se escapaba de la tienda sin pagar y le han llamado la atención. No es la primera vez que lo hace y en alguna ocasión la tenían que coger. Claro.

Las habas que pela la señora Lola dejan un hoyo, menudo, afelpado y muy suave, junto a la vaina.

—¿Qué, señora Cleo? ¿No le van bien las cosas?

—No me hable, que estoy negra.

La señora Eloísa entra con un plato vacío.

—¡Huy, qué frío! ¿No les parece que hace mucho frío para el tiempo en que estamos?

—Sí, hace mucho frío. Hoy decían por el mercado que en las montañas había nieve.

—¡Parece mentira! ¡En este tiempo!

—No se crean. Yo me acuerdo de que el año en que se acabó la guerra, el día de San José cayó una gran nevada. Todo se llenó de nieve. La gente decía que aquello era una señal. Que pronto se firmaría la paz. Y fue verdad. Vino la paz.

—Sí, pues ahora no sé qué paz nos va a venir.

La señora Eloísa está toda encogida. El jersey le dibuja los pechos lacios, y la pintura de sus labios destaca, sobre su palidez, como un trazo violento. Se yergue para gritar:

—Catalina, coge la botella y ve a buscar vino.

Sales un día sin pagar y no pasa nada, sales tres veces y es natural que te cojan. Ha tenido que dar todo el dinero que llevaba y aún le han faltado diez pesetas.

La tienda estaba llena de gente y todos la miraban.

—En la cocina, antes, cuando encendíamos el horno, se estaba muy bien. Todas nos reuníamos aquí por la tarde a coser, a planchar. Se estaba como en la gloria.

—Sí, claro. Pero nos tocaba a noventa pesetas cada tres días, y eso que lo pagábamos entre cuatro. No había quien aguantara aquello.

En Tánger, la mora le iba a buscar leña. La compraba en una aserradora, que estaba cerca de su casa, donde trabajaba un primo de la chica. En la chimenea del comedor las llamas eran algo bonito y movable que alegraba los ojos. A ella le gustaba sentarse y mirarlas sin pensar, quieta. Aquel primer invierno de casada, estaba embarazada ya de la niña...

David golpea con la zanahoria en el suelo y babea con la boca abierta.

—Pa, pa... Ba, ba, ba...

La señora Eloísa tiene la mirada perdida. Está muy lejos de la cocina, muy lejos de todo lo que la rodea.

—Cuando yo era niña no pasaba frío. Para acostarme me envolvían en una manta caliente. La calentaban en la fogata y luego me envolvían.

En Tánger todo era fácil. En realidad, la chimenea era un lujo más, pues no hacía mucho frío. Su marido llegaba por la tarde con bombones, una pulsera o un frasco de perfume. Ella, riendo, cuando le abría la puerta, le registraba los bolsillos. Siempre había algo.

—Mi madre, por Navidad, encendía una fogata muy grande. Decía que la Virgen va a calentar los pañales a la lumbre mejor.

La señora Cleo no pela patatas. Las rasca concienzudamente, con un cuchillo.

Todo tiene un precio. Cuando ella era una de «Las tres gracias» la vida era fácil y agradable: las invitaciones, las flores, los ojos codiciosos de los hombres. El precio de todo esto era mínimo: su hígado no toleraba la bebida. A veces, cuando bebía, padecía unos cólicos impresionantes. Los cólicos y el aislamiento. Las personas honorables eludían su trato. Aquello era como una escalera resbaladiza y encantadora...

—Ya ven, cuando era niña me calentaban una manta en la fogata para dormir. Ahora duermo en la barra de la cama, muerta de frío.

—Ay, pues yo no paso frío. Duermo abrazada a mi Fermín.

La señora Eloísa cacarea:

—«Cantarillo nuevo, dos días en el estreno». Yo, antes, también dormía abrazada al señor Joaquín, pero ahora no.

Su madre ya se lo dijo: «Cleo, en esta vida hay que pagar un precio por todo». A ella no le gustaba Alfredo, con aquella cara de manzana cocida, y tan pequeño que sólo le llegaba al hombro. Pero con él conseguía una posición y un marido.

—Señora Eloísa, ¿podría dejarme la plancha un momento?

Sabina lleva una mejilla hinchada, con un círculo morado en el centro.

—Sí, en seguida.

La señora Eloísa se columpia ligeramente contra el fogón.

—Antes, en mi casa, no pasábamos frío, pero cuando llegó la guerra todo se fue a la porra.

La señora Eloísa mira hacia el techo y embebe las mejillas. Por un instante parece una calavera.

—Fusilaron a mi padre. Lo denunciaron unos del pueblo que le querían mal. Lo cogieron los milicianos en un coche y en la carretera le pegaron dos tiros. Nos quedamos mi madre y mis hermanos con la noche y el día.

—Como muchos.

La señora Eloísa se agacha y de debajo del fogón saca una plancha oxidada y pequeña, que, tras limpiarla con el delantal, entrega a Sabina. Las habas que pela la

señora Lola hacen un ruido vibrante al caer en la cacerola. Como piedrecitas que cayeran en un cubo lejano. La señora Cleo sigue silenciosa, pensativa.

La guerra. Las largas colas para el pan. Su madre, al marchar el padre al frente, se dedicó al estraperlo. Ella y su hermana llevaban paquetes de macarrones y pan a las clientes de las calles céntricas. Pasaron hambre, frío, miedo. Al acabar la guerra llegó lo de la academia de baile... y todo lo demás. Su madre decía: «No quiero que seáis unas desgraciadas como yo... A subir, a ser famosas, a reiros del mundo». De todo aquel tiempo le quedó aquel horror a la miseria. Quería huir de ella a toda costa. Pagando el precio que fuera.

—No me hable de la guerra, que lo que pasamos nosotros... Comimos de todo, hasta carne de burro. Teníamos una vecina que despachaba en una carnicería. Cuando le decía a mi madre: «Angelita, que hay caballo», parecía que nos ponían un cohete en el trasero por lo de prisa que acudíamos allá.

—A mi padre lo metieron en la cárcel y estuvo tres años. Cuando salió era un gandul.

—Claro, se acostumbraban a no dar golpe, y, luego, cualquiera...

Huir de la miseria. Como si fuera tan fácil huir de lo que se nos tiene reservado, de nuestro destino. Se casó con Alfredo. Apilaba la ropa blanca en los armarios. Se compró una caja fuerte para las joyas: el collar, los brillantes, el reloj de oro, las pulseras...

Llega Catalina con el vino y la señora Eloísa bebe en la botella. Francisco, que vagaba tranquilamente por la casa, acude chillando, reclamando su parte.

—¡Y qué borracho vas a salir, rediez!

Le empuja la botella y el niño chupa. La señora Eloísa sonrío bonachonamente. Hay oleadas tiernas en su gesto. Besa al niño y lo deja en el suelo. Se pone de puntillas para esconder la botella encima del armario.

—Bueno, ya he entrado en calor. Me voy a hacer las camas.

Le gustaba contemplar la ropa blanca en el armario. Le gustaba acariciar las joyas dentro de la caja más que ponérselas. Prefería lucir su gran barriga de mujer honrada del brazo de su marido. Los primeros meses de embarazo, cuando apenas se le notaba nada, la forzaba, la sacaba hacia fuera y caminaba como una pata. Alfredo estaba orgulloso.

Francisco chilla por el comedor y el pasillo, dando carreras.

—Cuando está así es cuando muerde —dice Sabina, que plancha el pliegue de una falda azul.

—Sí, muerde cuando lo emborrachan.

—Lo que se rió el otro día mi Fermín cuando le conté lo del viajante aquel que vino a alquilar la habitación y le mordió el niño. ¿Se acuerdan de que no se lo podía arrancar de la pierna?

La señora Cleo sale de su ensimismamiento y dice sombría:

—Pues como le muerda otra vez a mi hijo, me van a oír.

La señora Lola coge una rama de perejil fresco de la ventana. La desmenuza a trocitos con un cuchillo. Pregunta en tono misterioso:

—¿Será verdad lo que dice la gente?

—¿Qué?

—Que por las tardes la señora Eloísa va a encontrarse con un querido que tiene que es taxista.

Sabina ríe torciendo la boca, burlona.

—¡La vida es una novela!

Lanza una risa falsa y de golpe se queda muy seria.

—Cada uno que se haga de su capa un sayo, ¿no?

—No, si yo no digo nada. A mí me lo ha contado la portera, y Paulita.

La señora Lola está confusa. No esperaba que Sabina saliera con aquel exabrupto y la mira extrañada.

La señora Cleo sigue pelando patatas.

Es triste que todo se haya de convertir en estiércol. Las personas, después de pelear toda la vida, no son más que estiércol para la tierra... Sus sábanas, sus mantelerías bordadas, se habían convertido en comida. Y la comida en excrementos. Y sus joyas son ahora una triste papeleta donde consta el peso que tenían y el dinero que en el «Monte de Piedad» se prestó por ellas. Basura. Todo basura.

Francisco chilla por el pasillo.

La señora Cleo coge a David en brazos y se lo apoya en la cadera.

—¿Saben ustedes quién me compraría una papeleta del «Monte»?

Sabina la miró curiosa. Se moja un dedo con la lengua y lo aproxima a la plancha.

—Por las Ramblas hay establecimientos que compran joyas y papeletas.

La señora Lola menea con una espumadera unos fideos que hierven mezclados con burbujas de agua caliente.

—Yo, una vez tuve un apuro, fui a ver si me compraban un anillo de oro y nadie sabe lo que corrí. Lo probaban en una piedra negra y después le echaban un líquido. Parecían brujos. Decían que era de oro bajo y nadie me lo quería comprar.

—Sí, mucha «Compra y Venta», mucha «Compra y Venta» y a la hora de la verdad nadie quiere comprar. Sabina se queda con la plancha en el aire, cerca de la cara.

—¿Vale mucho la papeleta?

—Seis mil pesetas.

—¿Y qué empeñó?

—Casi todas mis joyas. Un collar de perlas, un reloj de oro, dos pulseras...

—A lo mejor se la compro yo.

El jilguero picotea los hierros de la jaula. Se asusta sin que nadie sepa por qué. Vuela contra los hierros y todo el suelo se llena de cáscaras de alpiste que caen por el aire.

Sabina guardó su falda recién planchada en la maleta, debajo de la cama. La maleta arrastró al salir un polvo amasado y blanco, rectangular, una borrilla que le ensució las manos.

Dentro de la maleta, en bolsas de celofán, tenía un queso, cerezas y un bote de leche.

Sabina pensaba, oscuramente, que la vida es como una escalera de peldaños altos, resbaladizos. Detrás de un escalón debía subirse otro, y si algo fallaba era necesario volver al primero.

No, no podía conseguir, en un día, una quinta de cipreses recortados desde la que se viera el mar o las montañas. No podía conseguir en un día una corona de brillantes... Pero, desde luego, la meta de su vida tenía que ser el poder. Ser poderosa, rica, estar forrada de oro. Que cuando se acabara su juventud todos tuvieran que humillar la cabeza delante de ella para llamarla doña Sabina.

Desde el comedor llegaba la voz de la señora Cleo recitando pasadas grandezas, monótona. Daba sueño.

«¿De qué le sirve —pensaba Sabina— recordar Tánger y su casa y las buenas amistades de su marido?». Tonterías. «Agua pasada no muele molino», que decía su madre, legañosa, con los ojos comidos por el tracoma. Aquella papeleta de empeño. Comprarla podía ser una buena ocasión. Significaba un collar de perlas, un reloj de oro, dos pulseras... El oro. Lo que abre todas las puertas.

Sabina continuaba arrodillada, ante la maleta, con las manos sucias de aquella borrilla amasada y gris.

De entre los pliegues de un vestido sacó una libreta de ahorros. La abrió. Tenía ahorradas dos mil cuatrocientas cincuenta pesetas, exactamente.

Su madre le había escrito pidiéndole dinero. Su madre, enlutada y magra, dormitando todo el día por los rincones, comiendo pan y tomate y relatando minuciosamente, prolijamente, su pobreza. Dentro de ella algo se sublevaba y bullía. Que se espabilara su madre y toda su ralea. El dinero nunca cae por la chimenea. Hay que buscarlo. De la forma que sea. Nada es fácil.

Lo menos le pedirían siete mil pesetas por la papeleta. Le faltaban exactamente cuatro mil quinientas cincuenta. De algún sitio las tenía que sacar.

Alisó cuidadosamente los vestidos, uno por uno, y los tapó con un plástico. Encima puso las bolsitas con las cerezas, el queso y el bote de leche. Cerró, después, la maleta con una llave pequeña, que llevaba siempre colgando de una cadena del cuello, y se levantó.

Contra el cristal de la ventana volaban dos moscas, zumbando. Volaban, montada una sobre la otra. Cabalgaban por el aire...

Sabina se había despertado dos veces esta noche. Los gatos, como en una agonía, en un desespero infernal, maullaban, reñían... El sexo. Era el sexo el que lo gobernaba todo.

Sobre la mesilla, junto al despertador, rítmico, sonoro, tenía una botella de agua

de Colonia. Se echó agua de Colonia en las manos polvorientas. Fue hacia el espejo del armario y se estuvo mirando, gravemente, despacio. Se desabrochó la blusa. La carne era prieta, ligeramente sonrosada... Se miró de frente, después de perfil. La mirada era dura y su imagen, en el espejo borroso, parecía una vieja fotografía, viva, decidida.

Las moscas seguían zumbando en la ventana. Sabina cogió un periódico que había sobre una silla e intentó aplastarlas contra el cristal. Las moscas volaron hacia arriba.

Se echó en la cama con las manos cruzadas bajo la nuca. Mirando al techo. Había que llegar. Era preciso. Llegar arriba, donde están los poderosos, los que tienen joyas y arrastran colas de lamé de plata. Llegar.

De momento, lo primero que tenía que hacer era pensar de dónde podía sacar el dinero para comprar la papeleta aquella. Ganarlo era imposible. Había que sacarlo de alguna parte.

Los hombres. Gatos que maúllan por la noche su lujuria, que se matan en las guerras... Su padre, poderoso, en el carro arrastrado por la mula flaca... Pidiendo a gritos su aguardiente.

En su mente fue pasando revista. Fue sopesando las posibilidades de conseguir el dinero de uno de ellos. Carlitos y su fábrica de esponjas. Aquel tipo casado, tan misterioso, que le prometió que se verían los lunes y los jueves... Pero hacía dos semanas que no había manera de localizarlo. Le había telefoneado, había ido al despacho, donde solían verse. Parecía que se lo había tragado la tierra. No podía contar con él para esto. También estaba Clemente. Pero a éste había que cogerlo en vena. Lo más probable era que no quisiera darle nada. Diría que no tenía.

Carlitos... No confiaba mucho en él. Clemente... Casi seguro que no. Sólo quedaba don Benito. Engatusar a don Benito. Aguantar sus discursos mezclados con el clac clac de su nueva dentadura... Don Benito. Su barrigota blanda, llena de arrugas, la obsesionaba a veces.

La última tarde que estuvo con él fueron a un café. Tocaba una orquesta. Él le cogía la mano. Tenía la piel de la cara, recién afeitada, congestionada, y los ojos llenos de vanidad, con una telilla amarilla de vejez velándole el azul de la pupila. Mientras estaban allí sentados, entraron dos viejos enlutados. Uno de ellos andaba tan encorvado que la cabeza casi le llegaba a la punta de los pies. Eran amigos de don Benito y se acercaron a la mesa. Él la presentó:

—Es mi novia —dijo, y abombaba el pecho. Estuvo a punto de caerse, de tieso que se quería poner.

Había algo en él que la incitaba a vengarse no sabía de qué. Un oscuro deseo de venganza la dominaba. Tenía ganas de pegarle, de escupirle. Era rabia, odio. Lo sintió el mismo día de conocerlo. Sabina había entrado en una pastelería. Don Benito estaba allí, hablando con la dependienta, tocado con un blanco sombrero de paja. La chica, que tenía los ojos muy negros y una viveza natural como de ratón, le decía: «Usted,

lo que tiene que hacer es casarse con una mujer de su edad». Don Benito contestaba: «A mí las viejas no me gustan; huelen mal». La chica se reía divertida y él entornaba los ojos, alargando la cara hacia ella, donjuanesco y ridículo.

Sabina estuvo mirando todas las vitrinas de la pastelería. Tenía que hacer un regalo y buscaba una caja bonita para poner bombones. En las vitrinas: tortadas, cajas con reproducciones de Goya, como en los abanicos, muñecos huecos de madera o de paño, que se podían llenar de caramelos...

—Y con dinero aún encuentro lo bueno —decía jactancioso don Benito.

Fue el día en que se conocieron. Ella se hizo la virtuosa. Al principio le pareció que la divertía el papel. Pero, en el fondo, la invadía aquel oscuro sentimiento de rencor. Una rabia inmensa, desorbitada...

Sonó el teléfono en el pasillo. Una vez, otra, otra... La señora Cleo lo cogió:

—¿Sabina Sánchez? Sí, un momento.

—¡Sabina!

Se levantó de la cama, lentamente, perezosamente.

Hoy he tenido un día tranquilo. Llovía. Caía una lluvia que lavaba los árboles y que, al azotar los tiestos, salpicaba de tierra las paredes. Yo la contemplaba, mientras cosía, a través de los cristales de la casa donde prestaba mis servicios.

Soy «señorita de niños». Por lo general, suelo pasearlos, bañarlos o romperme los brazos haciéndolos andar. También lavo su ropa y la plancho.

Antes a las «señoritas de niños» se las llamaba niñeras. Eran muchachotas de pueblo con fortaleza para aguantar el peso de un niño todo el día.

Pero este empleo moderno de cuidar niños, a horas, es propio de las mujeres de buena familia que no se han preparado para hacer frente a la vida: «Se necesita señorita culta y educada», se lee en los anuncios por palabras. A la señorita culta y educada la necesitan para cuidar de una paralítica o cuatro niños de una familia que está sin servicio.

A veces hay mucho trabajo. Pero hoy ha sido un día quieto. Con la lluvia ha resultado imposible salir a pasear. La dueña de la casa me ha dado ropa para coser: dobladillos de unas faldas y una pieza para una sábana. Ella, en otra habitación, también sola. La niña dormía. El cuarto de costura era claro. Una gran vidriera asomaba a un jardín y el sol aparecía, algún momento, emborronado, débil, entre las nubes. En estas casas de las afueras hay pocos ruidos. De vez en cuando una carcajada de niño a lo lejos y las simplezas que pueden decirse dos vecinas, de ventana a ventana.

Me he dedicado a pensar. He imaginado que estaba en una casa, tuya y mía, y que esperaba tu regreso. Tú estabas trabajando y al llegar tocarías tres timbrazos.

Yo, corriendo, saldría a abrirte.

Un día me dijiste: «Sólo puedo ofrecerte esto: mi amor». Yo, la noche de mi locura, pensé que este amor era un amor oculto y sucio, como el de la chica del marinero borracho.

Quisiera tener aquel amor oculto, cerca del campo o del mar o entre las casas de la ciudad. Sin anillo ni marido, pero contigo. Que las gentes, al vernos por la calle, fingieran distracción y babearan injurias a nuestras espaldas... ¿Y qué? Tú llegarías y los tres timbrazos romperían la soledad.

La borracha felicidad de exhibirme colgada de tu brazo, de visitar a la familia juntos, de ir a comprar, con tu madre, me estuvo siempre vedada. Como si una negra maldición hubiera caído sobre nuestras cabezas y no me permitiera el sencillo goce de oír hablar de tu infancia a nadie que no fueras tú mismo.

Alguna vez me has hablado tú.

Tenías un gato que se llamaba *Medusa*. Era hijo de gatos salvajes. Para llevarlo a tu casa hubo que pelear mucho y tenderle una emboscada. Le costó acostumbrarse a vuestra compañía pero, después, fue tu gran compañero de juego. Una vez le salió un humor extraño en la piel. Mientras estuvo enfermo se escondía entre las hierbas y el trigo. Tú, a veces, necesitabas su compañía e ibas a verlo. Lo llamabas con un silbido y él acudía, pero no se dejaba tocar.

Tú, con el gato, con tus hermanos. Tu madre, guisando unas sopas por la noche y disfrazándose por Carnaval. Tu padre con una tristeza honda, indefinible, con un aire cansado, como si algo muy hermoso le hubiera fallado años antes. Como si se hubiese hundido un barco en el que navegaran todos sus amigos, todos sus amores y no hubiera quedado nadie. Sólo tú.

Tú hacías brillar sus ojos y eras una fecha importante en su vida: «Aquello ocurrió antes de nacer tú». «Aún no habías nacido tú cuando...». Sus relatos, tú me lo contabas, empezaban siempre así. Y que cuando te fuiste al servicio lloraba al despedirte, desde el muelle, donde quedaba insignificante, cada vez más pequeño, tocado con un absurdo sombrero que no había llevado ninguna vez, sólo aquélla.

Tu madre, fuerte, morena, con una fortaleza que tú tenías a veces...

Cosas de tu pasado. Quisiera haberlas vivido contigo, haberlas oído relatar una y otra vez a los tuyos. Alcanzar, anulada, insignificante, alguna migaja...

¿Dónde estarás ahora?

—Se lo diré francamente, señorita María: lo único que quiero el día en que vuelva a mi pueblo, es que la gente salga a las puertas para verme pasar. Lo único que quiero es verlos morir de envidia. Que me respeten. Y allí, le digo la verdad, sólo te respetan si te ven llena de sortijas y de pulseras. Allí sólo te respetan si te ven con un bolso grande y dos maletas nuevas y que cada día de fiesta estrenas un traje. Entonces te perdonan que hayas nacido en las cuevas de san Ramón. Entonces te perdonan hasta que tu padre se llamara «el Perlao» y matara, con otros seis, al cura y al señorito José María.

Sabina tiene el pelo mojado y lo lleva recogido dentro de unos tubos de plástico. El sol le hace guiñar los ojos.

El viento, un viento ligero, arremolina unos papeles medio quemados y empuja la puerta del terrado, que de vez en cuando da un golpe fuerte, como un disparo.

—Y trabajando, señorita María, nadie se hace rico. Sólo tengo dos caminos: casarme con el viejo o sacarle los cuartos al primero que se presente.

La señorita María está demasiado delgada. Los huesos de las caderas se le marcan a través de la falda, y los pómulos tiran de la piel y dan a su cara un aspecto mongólico. Mira a Sabina con curiosidad, como miraría un paisaje de rojos y negros, de cristales esparcidos y grandes banderas de sectas prohibidas.

Mohatá, que tiene un chirlo lleno de pus en una ceja, ha subido también al sol. Lleva sus pequeños calzones de crepsatén en una mano para tenderlos en los alambres.

—Traiga, yo se los tenderé —ha dicho la señora Cleo, y con dos pinzas los ha dejado allí, balanceándose.

Mohatá se ha sentado enfrente de sus calzones para ver cómo se secaban. A causa del chirlo, el ojo izquierdo se ha quedado pequeño, encogido, medio oculto por el párpado hinchado. En la boca de Mohatá se dibuja una leve sonrisa que no llega a ser amarga. Es como un hilillo verde, como una hierba solitaria. Fina y triste.

—Me da una pena este chico —dice la señora Cleo—. Lejos de los suyos, sin una sombra de nadie... Y siempre pierde. En las peleas siempre le pegan... Yo juraría que lo contratan para dejarse pegar, para que medren otros... Y, encima, la señora Eloísa casi no le da comida. Ni le lava las cosas, ni nada. Esos calzones que le he tendido se los ha lavado él.

Se ha callado, por si la oía el señor Joaquín, y después de tender dos sábanas ha cogido a David y se ha marchado.

El señor Joaquín hace astillas con un hacha. Una cama vieja, con huellas de chinches, se va convirtiendo en maderas, en astillas.

Sabina y la señorita María están sentadas en el suelo y el sol les da en plena cara.

—Lo bueno hubiera sido nacer hombre. Eso sí que hubiera sido una buena cosa.

Los hombres, bestias que gritan a la noche su deseo y su furia. Los hombres pregonando sus pecados, paseando a las fulanas. Los hombres puros y lascivos como monos, como fieras.

—En mi pueblo las mujeres no pintan nada. Valen menos que un burro, menos que una orza de aceite... Yo sólo volveré allí del brazo de un tío rico, aunque esté podrido... O sola, pero llena de dinero.

Casi toda la noche la ha pasado despierta la señorita María. Primero oyó los portales que se cerraban, después el chuzo del sereno, más tarde palmadas, luego risas en la calle. Esas risas que en las calles desiertas chocan contra los muros de las casas y se van reproduciendo, como infusorios de muchas patas. Sonoras, estridentes, pinchando la noche y los rincones, sañudas.

Las risas de la noche le parecían a la señorita María crueles como aullidos. Le daban rabia y pena.

Sobre las cuatro oyó el ruido de la llave de la puerta de la pensión. Los pasos lentos y pesados de Sabina, con sus tacones, sonaron por el pasillo. Después, Sabina descolgó el teléfono y marcó un número. Discutió con alguien, que debía de ser un hombre. Lo llamó sinvergüenza y algo más que no se oyó.

El día. El amanecer todo lo lava. Y cuando ese día es domingo y brilla un sol fuerte, nada parece demasiado importante. Se olvidan las pesadillas de la noche y la angustia de la soledad.

Sabina mira hacia una chimenea renegrida que se levanta enfrente, hincha el pecho y dice:

—Las mujeres, allí, son bestias de carga. Cuando se hacen viejas, comen a escondidas y beben vino por los rincones.

—En ninguna parte somos iguales a los hombres.

En la cara de la señorita María las chimeneas ponen unas sombras tristes. Lleva el pelo castaño recogido en un moño, sobre las orejas. Le acude un recuerdo de hace mucho tiempo. Tal vez de su infancia, o quizá sólo sea un sueño:

Una perra recién parida huyendo hacia los campos, secos, agrietados, con un sol injusto sobre la cabeza y muchas piedras rebotando cerca del sexo sangrante, cerca de las mamas flácidas y sucias. Alguna le daba, y ella encogía aún más el rabo entre las patas y huía, huía...

Catalina y Susana juegan con dos maniqués que debe de haber abandonado allí el sastre del tercero. Uno es el hijo de Catalina y el otro el hijo de Susana. Los llevan en brazos y casi no pueden con ellos. Se inclinan hacia atrás, arrastran los pies y sacan la lengua.

La señorita María arregla con un ganchillo la carrera de una media. Está abstraída, lejos de allí.

Sabina arranca con los dientes un hilo que colgaba de su falda.

—Nacer hombre es una suerte.

Su padre, látigo en mano. Su padre, sobre un carro lleno de sacos.

En un palo, erecta y terrible, la cabeza de cartón de un pelele toda resquebrajada, rodeada de corbatas: «¡Trapero...!». Su padre, golpeando lo que fuera: la mesa, las espaldas de su madre, la puerta, las costillas de la mula que, fatigada, no quería comer

y se tumbaba en la paja al llegar... Su padre, con su vozarrón y sus borracheras... Iluminado por el fuego de la iglesia, riéndose como un loco y haciendo el payaso, tonto de vino, delante de la gente, de las llamas...

—En mi pueblo, a una que se llamaba Alicia, el marido la mató la noche de novios, porque dijo que no la había encontrado virgen. En mi pueblo, cuando llegan los maridos, a deshora, borrachos, en invierno, sacan a las mujeres a la calle en camisa. Y ellas tienen que ir, pisando nieve, a buscar cobijo a casa de los vecinos.

Una astilla de la cama que destroza el señor. Joaquín da un gran salto y va a parar junto a la pierna de Mohatá, que se lleva un susto. Francisco, con sus calzas rojas sobre las piernas torcidas, da una carrerilla para cogerla.

El señor Joaquín sigue astillando. Cuando el hacha se le encalla, blasfema y lo tira todo al suelo. Tiene un fuego inútil en sus ojos redondos y unas bolsas amarillas debajo de ellos. Cara de hambre, cuerpo de hambre. De siglos de hambre.

—En mi pueblo, desde el mismo día en que se casan, los hombres salen solos. Las recién casadas se van al baile y bailan con las viejas, mientras ellos están en la taberna.

La voz de Sabina tiene un sonido gastado, de música que se repite, como esas melodías tristonas que se ponen de moda algunas veces.

En los terrados de las otras casas hay también gente que toma el sol. Enfrente, hay un hombre vestido con un mono azul que riega unas tomateras. Las tomateras crecen en unos cajones.

—Ellas en el baile y ellos en la taberna —repite la señorita María, sonriendo.

—Pues a mí no me hace gracia. Tanto exigir virtud a las mujeres y cuando llega la noche, gatos sarnosos todos, mozos y casados, se van hacia el Silo donde están las fulanas. Cuatro desgraciadas muertas de hambre.

El hambre, la sequía, la vejez y la muerte. Los cuatro castigos. Recordaba el día en que salió del pueblo. Fueron a despedirla su madre, su hermana y tres vecinas: todas enlutadas, todas envejecidas. Su hermana tenía boqueras. Era tiempo de siega y se pasaba el día al sol, segando, acarreando. Llevaba colgado de un pecho a su hijo más pequeño, al Danielete.

Las mujeres, el calor, la cólera de las moscas, las gallinas que corrían espatarradas y ligeras cuando llegó «La Rápida». El autobús tenía los asientos hundidos, con desgarrones en el cuero por donde salían alambres y estopa. Todo esto y el camino lleno de polvo no tenían nada que ver con su alegría. Parecía que le nacían alas, muchas alas, y la llenaban como gallardetes de papel de esos que ponen, cuando las fiestas, cruzando la calle, de parte a parte.

Oyó a unas mujeres, que iban sentadas en los asientos de atrás, comentar: «¿Esa no es la chica del “Perlao”?». «Sí, es la pequeña». «Está hecha una moza, ya». «Hay que ver cómo pasa el tiempo». «¿Qué fue del “Perlao”?». «Pues lo metieron en la cárcel y luego lo fusilaron». «Se lo tuvo merecido, por hereje...». Las mujeres siguieron hablando, Sabina se encogió de hombros y dentro de ella siguieron

creciendo alas cada vez más blancas.

Alas pequeñas de mariposa, puestas en fila, una al lado de la otra.

Se oyeron pasos en la escalera. Era la señora del médico. Llevaba un turbante morado y un profundo rictus de desprecio junto a la boca. El rictus lo llevaba marcado, esculpido, fijo ya para siempre. Tal vez impreso en el hueso de su calavera hasta el día del Juicio. Subía con Paulita, que llevaba un delantal azul.

Todos miraron a la señora, pero ella no saludó. Paulita sonrió con los ojos a Sabina, a la señorita María, a Mohatá y a Francisco, al señor Joaquín y a la cama rota, a las dos niñas y a los maniqués, y también al escultor loco de la buhardilla, que con barro modelaba una Virgen de Lourdes y, cuando se cansaba, ponía pegotes de barro en las nalgas de una Venus primitiva y obesa que tenía a medio hacer.

Pasaron unas palomas. Una bandada de palomas, volando.

—Antes de tenderlo, limpia el hilo con este trapo.

—Sí, señorita.

—Y procura que esté bien escurrido.

—Sí, señorita.

—Ahora, pon encima el plástico para que no se ensucie.

—Sí, señorita.

El mantel bordado de las fiestas, el de la docena de convidados, quedó extendido y vertical a la derecha del pantalón azul de Mohatá, enfrente de las sábanas remendadas de la señora Cleo. La señora del médico dio media vuelta militar hacia la escalera, con su recta nariz levantada hacia el cielo, y desapareció. Detrás iba Paulita.

Sus voces iban bajando escalón tras escalón:

—El terrado es para los inquilinos. La portera debía decirles a esta gente que el terrado es para los inquilinos.

La señorita María se había puesto en pie y por la barandilla miraba los tejados de las otras casas. La calle.

Se oyeron pasos, los de unos pies grandes, y apareció la señora Cleo con tres mantas rayadas sobre un hombro y encima de ellas a su hijo David. Era un san Cristóbal forzado, y algo la iluminaba por dentro.

Dejó al niño en el suelo y se puso a sacudir mantas con una energía nueva. Las manos le volaban. Tendió dos mantas. Descolgó las sábanas, que ya estaban secas. Mientras las doblaba se puso a cantar:

iera ser tan alta

o la luna.

y...

Se echó a reír. Y al cabo de un momento:

—Sabina, tome las trescientas pesetas que le debo. Se desabrochó el vestido y se

sacó del pecho un sobre blanco.

—Y usted, señorita María. Tome sus cien. Y gracias.

—Pero...

—¿Y entonces, la papeleta del «Monte»?

—Ya no la vendo.

—¡Vaya!

—Mi marido me ha traído dinero.

—No hay bien ni mal que cien años dure.

—Ahora, si me cuidan al niño un momento, voy a preparar un bocadillo para Mohatá. Le pondré una tortilla dentro.

Al volverse la señora Cleo, por un desgarrón que llevaba en la espalda, se le vio el elástico del sostén. Una cinta elástica toda gastada con hilos finos y oscuros que se rizaban al romperse.

—En seguida subo.

El señor Joaquín se ha cansado de partir leña. Con las manos en la espalda mira la obra del escultor de la buhardilla.

—Está bien esa tía, ¿eh?

—¿Qué tía?

—Ésa.

—¡Ah! Es una Venus prehistórica. Entonces no gustaban las mujeres tan delgadas como se estilan ahora.

—Es que donde se ponga una mujer con buenas carnes...

—Sí, hombre, pero tanto. ¿Le gusta a usted?

—A mí me gusta poner la mano y encontrar carne debajo, cuanto más mejor.

El hacha se ha quedado junto a los barrotes redondos de la cama, junto a las astillas amontonadas color de entraña de pino. Francisco la coge y se pasea con ella. Las medias rojas le modelan las piernas torcidas. Corre, con sus ojos malignos y brillantes y el hacha oxidada, de un lado para otro. Es un pequeño verdugo bajo el sol.

Unas campanas, muy cerca, dan las doce.

—Ya es mediodía —dice el señor Joaquín.

Y mira encendidamente a la Venus.

La Venus de Languedoc, turbada, agacha la pequeña cabeza y con las manos parece querer ocultar sus grandes y monstruosos senos.

El bar estaba casi desierto. De una ojeada Sabina comprobó que Luisito aún no había llegado. Vendría tarde y, ceceando, contaría algo muy largo para justificarse. Se sentó junto a la puerta, en una mesa, desde la cual se veía la calle.

El local estaba iluminado por una luz roja. En la pared del fondo un espejo reflejaba la calle, y la puerta, su mesa y la mesa de al lado.

En un taburete alto junto al mostrador, una mujer huesuda y pequeña, con un gran escote, fumaba y hablaba con el barman. Junto al espejo una chica con cara de pájaro chupaba con una pajita un vaso de horchata.

—Usted dirá.

—Un Martini seco.

El camarero tenía la voz nasal y daba la impresión de ser duro de oído. Llevaba una chaqueta blanca tiesa de almidón. Sabina estuvo planchándola con la imaginación, y volvió a experimentar todo el calor del planchador y el cosquilleo desagradable que acababa sintiendo en las piernas, cuando estaba varias horas de pie. Horas y horas apoyando la plancha o dejándola resbalar, mientras las muñecas se le aflojaban en un pequeño descanso. Al menos ahora no pasaba tanto calor. Y ganaba más.

Entran tres jóvenes y se instalan en la mesa de al lado.

—Aquello no es más que un cuadro pintado de cualquier manera. El truco es que luego lo han pasado por fuego, y la pintura, al rezumar...

El que hablaba era uno alto, con el pelo largo y liso que le caía sobre la frente en forma de visera.

Los discos, que habían parado durante unos minutos, volvieron a llenarlo todo con su música chata y monótona. El tono era muy alto, y las palabras se perdían, y también los ruidos del local. Sabina miraba hacia la gente que pasaba por la calle. Al andar parecían seguir el compás de la música de dentro.

Miró el reloj. Aquél sería capaz de no acudir. No era la primera vez que le daba plantón. Sabina sintió un malestar interior parecido al aburrimiento. Delante, como perspectiva, vio una carretera hosca, sin árboles ni cielo.

El camarero trajo el Martini. Dentro, nadaba una rodaja de limón.

Se encalló el tocadiscos y las voces de sus vecinos de mesa se volvieron a oír. El de la melena hablaba y los otros escuchaban:

—Los reflejos eran clásicos, pero la forma impresionista...

Los discos volvieron a sonar. Sabina sacó una polvera del bolso y se rehizo los labios. Luego encendió un cigarrillo. En el fondo, esos bares de lujo no le gustaban; prefería los otros. En los bares menos pretenciosos se podía hablar con el camarero y con los demás parroquianos. Solía haber tapones de cerveza por el suelo y restos de serrín agarrados a los rincones del piso, pero todo era más fácil, todo era claro y no había que disimular. Pero, en cambio, en éstos una mujer se cotizaba más.

El sabor del cigarrillo le escoció la garganta. El cigarrillo formaba, al quemarse, una cenefa oscura que seguía todo el contorno cilíndrico y blanco. Sabina bebe a

pequeños sorbos su Martini y se da cuenta de que en la mesa de enfrente hay un hombre moreno, con patillas, que la mira con insistencia. Sabina cruza las piernas y aplasta la colilla en el cenicero.

Ese Luisito es un tonto. Se lo imagina, ahora, con su cara de mulato y su cuerpo de mico, haciéndole su pregunta favorita: «¿De verdad, de verdad que sí? ¿Me lo juras?». La última vez la llevó a una especie de sótano. Los que iban llegando alquilaban guitarras por turno y cantaban lo que se les ocurría: tangos, cancioncillas sudamericanas, rancheras... El resto del público escuchaba correcto, y nadie se reía. Luisito también cantó con su voz dulzona y pegajosa. Por las paredes pendían cuadros oscuros y abanicos de colores. Cuando acabó de cantar todos le felicitaron, como hacían con los demás. Allí todo era serio y amable. Un toma y daca aburrido. Luisito bebía coñac mientras ella luchaba contra un sueño espeso y rencoroso. Los cuadros, los abanicos y las guitarras giraban como un tiovivo, un tiovivo descolorido, inacabable. Después, ya tarde, la llevó en su coche a una casa que tenía en las afueras. Allí la cansó. Se puso pesado como un buey. Luego le contó tontas historias de mujeres. Multitud de mujeres que se morían por él. Acabó vomitando y durmiéndose en la chirriante cama.

Miró de reojo. El hombre de las patillas seguía con la vista fija en ella.

En la mesa de al lado hay un chico bajito que, sentado en el borde de la silla, dice que sí con la cabeza. A Sabina le recuerda un san Serenín que hay en la iglesia de su pueblo.

El hombre de las patillas se acerca a la mesa de Sabina.

—Quisiera que me aclarara un misterio.

—Usted dirá.

—¿Puedo sentarme?

—Bueno.

El hombre se acercó a ella. Tenía los ojos brillantes. Unos ojos pequeños y enrojecidos.

—Quisiera saber por qué está sola una mujer tan bonita.

—Ya ve. Cosas de la vida.

—Usted se merece una corona de reina y una alfombra de flores.

—No tanto, hombre.

El bar se iba animando. Casi todas las mesas estaban ocupadas. Dos viejos vestidos de negro, que andaban apoyándose el uno en el otro, dieron un recorrido desde la puerta hasta el espejo y volvieron a salir. Debían de buscar a alguien que no estaba.

El hombre de las patillas hablaba sin parar, pero, con la música, a Sabina se le escapaban la mitad de las palabras. Sin embargo, miraba atentamente y sonreía. El hombre decía algo sobre fincas rústicas, acciones y pisos desalquilados. De vez en cuando le cogía la mano y jugueteaba con sus dedos.

La atmósfera del bar comenzaba a enrarecerse. En la calle se habían encendido

las luces. Sabina estaba cansada de estar sentada y, además, temía que llegara Luisito y la metiera en un apuro.

El individuo aquel tenía un coche en la puerta. Salieron.

Las luces de un restaurante chino daban vueltas en círculo. Un dragón recorría toda la circunferencia, cambiando de color en cosa de segundos. Dentro del coche era agradable sentir el olor a bencina y la blandura del asiento.

—Iremos a dar un paseo y después te llevaré a cenar.

Las manos del hombre se apoyaban en el volante, haciéndolo girar. Los ojos estaban fijos en el camino. De vez en cuando una de las manos le estrujaban un muslo.

—Eres muy bonita, Sabina. ¿Desde cuándo vas por «Tebas»?

Olía a coñac fermentado. Al mirarla a los ojos, Sabina se acordó de un cerdo que tenía una tía suya. Acudía cuando lo llamaban, ponía los ojos tiernos cuando le echaban de comer y daba la pata cuando se la pedían. Su tía lo quería mucho: «A esta bestia sólo le falta echar a hablar», decía.

Pasaron el puerto. Sonaba una sirena y un barco se adentraba en el mar. Parecía un broche de brillantes en medio del agua.

Sabina abrió el bolso para coger el pañuelo. Su mano tocó el billete de quinientas pesetas que el individuo acababa de darle. Había tenido suerte. Luisito sólo le hubiera dado trescientas. Mañana iría a depositarlas en el Banco. Su pensamiento se puso a flotar en un porvenir de riqueza y codicia. El individuo paró el coche y la besó.

—¿No llevas medias? Me gustan las chicas con medias.

Sabina rió.

—Bien... Otro día me pondré medias.

Alrededor del coche todo estaba oscuro. Cerca, se oían los latidos del mar.

—¿Te gustaría sentarte conmigo en un sitio muy bonito que descubrí el otro día?

—Bueno.

—Después te llevaré a cenar y podemos acabar la noche bailando. Quiero que seamos felices.

El coche se puso otra vez en marcha.

¡Si ella pudiera tener un coche así! Le gustaría llegar a su pueblo levantando polvo. Haciendo huir a las gallinas... Que la gente saliera a las puertas y redondeara la boca de asombro al verla a ella, la hija del «Perlao», volver como una reina.

Junto a la carretera está la vía. Travesaños paralelos entre dos raíles. Se oye silbar el tren. Después van junto a él unos minutos, en la misma dirección. Sabina mira la gente de dentro. Hay una muchacha vestida de blanco que hojea una revista. Un niño tiene la nariz pegada al cristal.

Poder viajar. Tener un broche de diamantes como el barco que ha visto antes. Tener vestidos, comer langosta... Mira hacia el hombre y le sonrío.

El hombre frena y el coche da una pequeña sacudida.

—Mira, éste es un lugar precioso: el mar, unos pinos, la luna y una chica bonita.

El completo.

Saltan del coche. Él la abraza.

—¿Te soy simpático?

—Mucho.

—¿Pasarías la vida conmigo?

—Claro.

Hay una luna turbia en el cielo, y cuando avanzan todo huele a hierba pisoteada. El hombre la lleva cogida de la cintura.

—Te hubiera llevado a mi casa, si fuera libre. Pero...

—Ya.

—Si yo tuviera una mujer como tú, sería feliz.

El hombre se pone serio y parece que le tiembla la voz.

—En casa sólo encuentro reproches. Nadie me comprende. Mi mujer es un pozo de egoísmo.

Sabina piensa, fastidiada, que ahora le va a endosar la eterna historia. La historia de la esposa gorda, incomprensiva y malhumorada. Lo de siempre.

Han pasado un lugar pedregoso y llegado cerca del mar. La arena está húmeda y pegajosa y el aliento del hombre cada vez más podrido.

—Y estoy solo. Completamente solo.

«Ya está —se dice Sabina—. Ya empieza con el cuento de todos». Sin embargo, transforma su gesto aburrido en una sonrisa y acaricia la cara del hombre.

El mar ronca. A unos veinte metros hay un chalet. A la luz de la luna las grandes sombrillas de colores son algo absurdo y sin objeto. Despiertan una incomprensible tristeza.

La arena araña la piel. Sabina siente en los muslos un frío penetrante. El hombre que respira tan cerca de ella le recuerda un perro. Un perro negro y sin forma. Se sintió aplastada contra la arena. Era fría. Olía a sandía pasada. En la cara y en el cuello sintió las babas del hombre.

De los chalets venían risas y un perro ladraba insistente, incisivo. De pronto, le entró una gran rabia por estar allí. Hubiera empujado al hombre, se hubiera levantado, le hubiera arañado hasta cansarse... Consiguió serenarse y pensó que si aquello duraba mucho cogería una pulmonía.

Pero fue rápido.

Se levantaron del suelo. Sabina se arregló la ropa. Un corchete de la falda se había roto. Sus zapatos estaban allí, vacíos y torcidos, uno al lado del otro.

La luna lanzaba sombras largas sobre las cosas.

De pronto, el hombre se agachó rápidamente. Luego echó a correr.

—Oye, tú. Menos bromas.

Su voz le suena extraña. Sus zapatos. Han sido sus zapatos los que han sonado al caer cerca de las olas. Aquel tipo le ha tirado los zapatos. Corre a buscarlos y después grita con todas sus fuerzas, no sabe qué: insultos, amenazas, súplicas... Una mezcla

de palabras que ni ella entiende.

El aire trae claramente el ruido del coche: la portezuela, el motor...

La voz de Sabina es más recia que el ruido del mar:

—¡Ojalá te estrelles! ¡Ladrón!

La luz de dos faros, en forma de cono, iluminan el camino, lejos de Sabina.

El bolso se ha quedado en el coche y también la chaqueta.

Sabina siente como si no pudiera tragar. La rabia le obstruye la garganta, le hace dar patadas a las piedras. El mar sigue su tranquila canción y la luna le marca el camino.

Sabina piensa que ahora mataría. Que en estos momentos sería capaz de matar. Se acuerda de una vez que la encerraron cuando era pequeña. Estaba de niñera en casa de doña Beatriz, la más rica del pueblo, y rompió un frutero. La encerraron en una habitación para castigarla. Tenía unas tijeras y estuvo clavándolas todo el tiempo en el colchón. Se imaginaba que era el cuerpo gordo y grasiento de la señora... Cuando le abrieron, la encontraron pálida y tranquila. «Es un monstruo —dijeron—, no llora nunca».

El camino pedregoso. La vía del tren. El tren. Buscará la primera estación y llegará a Barcelona. Ya verá cómo se las arregla sin un céntimo. Tampoco es la primera vez que esto le ocurre.

Los pies pesan a veces como dos carros cargados de piedras. Ahora que sube la escalera, a Sabina los pies le pesan así, como dos carros cargados de piedras, llenos hasta los topes, imposibles de arrastrar.

Todo está a oscuras, todos duermen: el médico, el sastre, la señora Carmeta, la portera y su hijo gordo y tísico... Se siente sola. Más sola que cuando andaba a paso vivo bajo la noche. Más sola que en la estación oscura esperando el tren...

Quisiera pensar en alguien que la esperara, sufriendo porque se ha retrasado. Una familia que la aguardara para cenar, para cerrar la puerta, para irse a dormir. Llegar y contar lo que le ha pasado. Suspira y abre. En el comedor de la pensión hay luz. Se habrán olvidado de apagarla.

Como un saco vacío y pálido, dormido en una silla, está don Benito. Al dormirse, se ha torcido todo. Un ramo de claveles envuelto en celofán está a sus pies, caído.

Algunas veces miro a mi alrededor y me sorprendo. No sé cómo he llegado hasta aquí. No reconozco lo que me rodea. El camino me parece extraño y mis pies, al recorrerlo, un sueño demasiado confuso. Aún creo que van a sonar las campanas de las siete para el rosario, y aún parece que debo apresurarme para llegar a tiempo.

En el mes de mayo la iglesia estaba llena de una humanidad apretujada. Un perfume dulzón a pétalo pasado, a sudor y a cera se elevaba con los cantos a María, con los rezos y el leve tañido de una campanilla barroca, en manos de mi hermano. El órgano, arriba en el coro, se encallaba algunas veces, dejando solitarias las chillonas voces de las Hijas de María. Desde las primeras filas, Madó Aina me saludaba con la mano. Llevaba un velo negro que le tapaba los ojos y el traje con el que se casó. Junto a mi silla, una silla que yo llevaba de casa y a la que había hecho aserrar las patas, sentía el calor de las piernas de Francisca, la maestra, y el olor a colonia añeja de la señora Epifanía, la dueña del café de la carretera.

Todos los que estábamos allí nos conocíamos. Sabíamos que a Sebastiana, la del estanco, no le había escrito el novio desde que se marchó al servicio. Sabíamos que el año pasado se murió el relojero del callejón de la plaza y que, desde entonces, su viuda se pintaba las uñas de los pies. También que al señor Vidal, el notario, le habían arrancado tres muelas, sin anestesia, dos días antes de la Ascensión.

Aquel mundo pequeño ofrecía, a cambio de un vegetar lento, la tranquilidad de salir de casa y poder descansar los ojos en objetos conocidos y en caras familiares: la iglesia, el cine, el paseo del Generalísimo... Los Alomar con su coche despintado y alto, sus tres hijos y la criada, una mujer picada de viruela que era de Murcia.

La iglesia, el olor a cera y a incienso y a pétalo pasado. Puntillas almidonadas y una penumbra fresca en el Sagrario, donde rezaban alguna vieja y cuatro o cinco beatas. Allí, en el Sagrario, busqué la Paz para sostenerme. A menudo, la penumbra parecía que penetraba en mí y que algo crecía hacia dentro. Otras veces sentía como una luz cegadora o un deseo impreciso de llanto o de risa. Pero, la mayoría de las veces, me distraía pensando cosas ajenas a Dios y a la Religión: en el rictus amargo de Lola, la modista, desde que la dejó el marido; o en que la otra noche, al pasar por casa de Francisca, vi que la abrazaba el novio. Francisca comulgaba todos los domingos y tenía una expresión feliz. Todo aquello está tan vivo como si pudiera tocarlo con la mano. Y, sin embargo, yo estoy aquí, lejos de todo. Parece que me haya escapado de una postal vieja y descolorida y vagara por mi cuenta, viviendo una vida que no tiene nada que ver con la que debo tener trazada en los grandes libros de Dios.

Me he escapado de mi vida. Soy una figura pálida que no tiene futuro ni presente, sólo pasado. Es lo que me une con estas gentes que viven en la pensión: ninguno vivimos el presente. Todos vivimos un pasado. Somos ratas que no pueden escapar de la negra cloaca para mirar la luz.

Algunas veces, cuando mi hermano salía, se apoderaba de mí un fuerte deseo de libertad. De huir de las paredes. Entonces me ponía unas alpargatas y me iba a un pequeño bosque, detrás de la carretera de Palma. En medio de él, desde una colina

pelada, se veía el mar.

Era una visión borrosa acompañada de unas nubes o de un cielo completamente azul. Desde la colina se veía también tu casa. Vivías con tu madre, rodeado de árboles, en una casona sobre un cerro.

Sentada sobre la hierba, con un libro que no leía, pasaba a veces dos horas. Las abejas y los insectos bullían a mi alrededor. Un día, entre los matorrales, encontré una gallina clueca incubando.

Volvía a mi casa con las piernas cansadas y una tristeza indefinida y dulce que nada podía mitigar.

En invierno toda la tierra se llenaba de hierba mojada, y el brillo de la escarcha daba frío. El camino estaba lleno de barro; los pies lo endurecían poco a poco. A lo lejos, siempre a lo lejos, se oía un carro o las voces de la gente que iban a la caza del tordo o del estornino.

Tras la colina, medio oculta por los árboles, estaba tu casa. Desde el árbol muerto, yo la miraba. Tu madre metía el pan, amasado por ella, en el horno que estaba afuera, bajo el emparrado. En un sillón de mimbre habías dejado tu chaqueta, y adosada a la pared estaba tu vieja moto.

Se me quedaban los labios secos cuando pensaba en las historias que te atribuían las beatas, y quería imaginarme todo el misterio del mal envuelto en risas y en olor a vino, envuelto en palabras extrañas pronunciadas por una sueca albina, con los hombros llagados por el sol, o por dos francesas sin caderas ni pechos.

Un día te vi avanzar por el sendero. Rozabas las ramas salientes y éstas se quedaban oscilando unos momentos. Parecías un gran oso muerto de hambre. «Si me ve —le dije a Dios—, es que un día llegará a quererme». Pero no me viste.

Junto al árbol muerto —un viejo pino que tenía la madera podrida y gris— nos encontramos la primera vez. Yo me enganché el vestido en una de sus ramas inútiles, y me lo rompí. Estuve mucho tiempo sin coserlo. Me gustaba ver aquel desgarrón.

Todos estos recuerdos. Tus ojos mirándome, después de un beso. El cielo de una tarde fría. Las montañas, más allá del pueblo. El cíngulo de seda roja que empecé para mi hermano y que quedó abandonado en una caja, junto al trozo de caña que me servía para tejerlo... Son cosas de la vida que dejé. Mi vida. Ésta, la que quisiera encontrar no existe.

No sabía si tenía que correr. Tenía ganas de desaparecer velozmente, pero le parecía mejor no hacerlo.

El sol era ligeramente anaranjado. En un escaparate había una planta verde, como un candelabro carnosos, como esas plantas que ponen en los carteles de propaganda para que la gente visite Méjico. En los escaparates había ruedas dentadas, telas de colores, relojes de oro. En la calle todo estaba limpio y el aire tenía una alegría refrenada.

No sabía si tenía que correr. Pero comprendía que era mejor no correr. Andar con naturalidad. Si caminas como todo el mundo, nadie te mira. Si corres, sí.

Bajo un toldo de rayas negras y amarillas, un ciego golpeaba en el suelo, repetidamente, con su bastón. En la puerta de un hotel un portero alto, con gafas, vigilaba unas maletas. Una muchacha delgada bajó la acera. El semáforo estaba verde. El señor Alfredo cruzó la calle. Se tocó el bolsillo. Allí estaba: duro, pequeño, valioso. Una mujer vieja, con un traje estampado, arrastraba los pies tras él. Un hombre con una cartera debajo del brazo iba a su lado. Delante, otra mujer corría con un niño de la mano. El niño llevaba un globo.

El señor Alfredo recuerda que, siendo muy pequeño, robó una caja de pinturas. Recuerda el calor de las medias de lana y la opresión de las ligas cuando se puso allí la caja. De su infancia siempre revive cosas así: medias de lana, algodones en los oídos y el olor de la belladona. Pomada de belladona. Le untaban el cuello, encima le ponían una venda y, después, un pañuelo de seda negro. Todas estas cosas eran para curarle algo. Los domingos, su padre los llevaba al mar. Él y sus hermanos tenían paletas pintadas para jugar con la arena. Él, a veces, no se podía bañar porque estaba enfermo.

En las barandillas del «Metro» hay una bicicleta sujeta con una cadena. Está inclinada, a punto de caerse.

—¡Eh! ¡Eh! Oiga.

El sefardí volvió la cabeza. Se le heló la sangre.

—El guardia. Es el guardia, mamá. ¿A quién llama? —preguntaba el niño del globo.

—¡Eh! Usted, el del triciclo. ¿No sabe que el de la derecha tiene preferencia de paso?

Un señor bajito, vestido de gris, se volvió hacia el señor Alfredo.

—Esos tíos de los triciclos son todos unos gamberros. Claro, cualquiera puede llevar esos trastos. Como no necesitan carnet, creo...

El triciclo trepidaba, con el motor en marcha. El conductor, un muchacho de cara chupada, con pantalones vaqueros y camisa a cuadros, tenía la mirada perdida como si pensara confusamente en las casas de su barrio. Algún barrio alejado, con el aire sucio del polvillo picante de las fábricas.

—Nos arman cada follón que ya, ya...

La señora del traje estampado suspiró:

—No sé como no hay más desgracias.

El señor Alfredo sonrió obsequiosamente con sus mejillas redondas, ahora pálidas.

—Es verdad.

El triciclo siguió. Iba cargado con unos bidones vacíos que entrechocaban, produciendo un gran estrépito.

La mujer y el niño del globo le habían adelantado bastante. Tuvo que avivar el paso para alcanzarlos.

Cuando era pequeño le gustaban mucho los globos. Un día su madre le compró uno y, al cogerlo, se le escapó. Se elevó por encima de las casas y se fue haciendo cada vez más pequeño.

—Mamá. ¿El guardia manda más que todos?

—Más que todos, no. Más manda Franco.

—¿Y el obispo?

—El obispo también manda más.

El globo era amarillo. Se balanceaba con el viento.

Los días de fiesta su padre los llevaba al mar. Llegaba y le decía a su madre: «Arregla a los niños y vamos». Tenían un coche que parecía un dromedario. Llevaba una rueda roja atrás. Se subían todos en el coche y marchaban cantando canciones, hasta llegar a la playa.

—Y Franco, ¿por qué manda más que todos?

—Porque es el Generalísimo.

—¿Y manda también en los indios?

—No, en los indios, no.

A un judío que robó una botella de cerveza lo mataron a palos. Los palos se los daban en el vientre. Esto lo traía *La Vanguardia* el otro día. Antes, la gente de la pensión compraba *El Caso*; estos días, como trae lo del proceso de Eichman, compran *La Vanguardia* y se reúnen alrededor de la mesa para leerla. Por culpa de Eichman y los demás racistas, en Alemania los judíos murieron como moscas: los quemaban, los metían en las cámaras de gas, los encerraban en los *ghetos*...

Al señor Alfredo se le apodera de pronto la gran alegría de ser libre y poder andar de un lado para otro, de no estar encerrado. Como cuando era niño y le daban permiso para salir a jugar a la calle. Siente en las piernas una especie de electricidad que no le deja pararse.

El parque tiene unas sombras frescas, movibles, tranquilas.

Cuando ve que la mujer y el niño van a sacar una entrada para el «Zoológico», se acerca él también para comprar una. Y está contento. Se siente muy feliz al pensar que dentro de unos instantes estará dentro y verá a la jirafa, a la pantera negra y a los elefantes...

Las jaulas grandes están llenas de pájaros. Chillan, vuelan, cantan...

«También a los hombres —piensa— los meten algunas veces en jaulas grandes, a

las que llaman cárcel».

La cárcel. El otro día pasó delante de la cárcel. En unas ventanas interiores que daban al patio, vio ropa puesta a secar. Debían de lavarla los presos y luego la tendían allí. Pensándolo bien, aún se debían distraer haciendo estas cosas. ¡Tantas horas encerrados!

El halcón real. Los buitres. Los cuervos... Las aves grandes y pequeñas y una música de graznidos, de cantos, de silbidos. El bosque de la Selva Virgen debía de tener una música parecida, pero allí todo debía de estar oscuro. Las copas de los árboles, decían los libros, no dejaban pasar la luz.

«Bajaban las aves sobre las carnes y Abraham las espantaba. Cuando estaba ya el sol para ponerse, cayó el sopor sobre Abraham y fue presa de gran temor y le envolvió densa niebla». Y dijo a Abraham: «Has de saber que tu descendencia será extranjera en una tierra no tuya y estará en servidumbre y la oprimirán por cuatrocientos años...».

La voz lejana de Dios. La servidumbre. La esclavitud. Los Mandamientos sobre dos tablas de piedra. La voz viva de su mujer: «Tenemos derecho a comer. Todo el mundo tiene derecho a comer, a ir vestido y a llevar a la escuela a sus hijos...».

En la cabeza del sefardí la palabra de Yahvé se difuminaba como una antigua fábula. Pensó que lo concreto, lo próximo, era lo que podía tocar y ver: el último diente que le había salido a David y este objeto duro, pequeño, valioso, que tienta en su bolsillo.

«Tu descendencia será extranjera en una tierra no tuya y estará en servidumbre...». Trató de descubrir un significado secreto, aún más secreto y oculto, a las palabras de Yahvé: «La servidumbre bajo los faraones en Egipto». ¿Y después?

Después... Pasaron los días y los años y los siglos: en un vagón de ganado iban, los judíos, comprimidos. Las ventanillas las condenaron con travesaños de madera para que no pudieran respirar. Los de dentro gritaban, suplicaban que quitaran los travesaños. Pasaron horas y el tren corría, el calor aumentaba. Pasaron dos días. Alguien buscaba a alguien entre los judíos encerrados en los vagones. Carne de ganado. Ganado sin valor. Cuando abrieron las puertas cayeron, con un golpe seco, como montones de estatuas demasiado rígidas. Los rostros amarillos. Todos muertos.

El niño del globo se había perdido entre la gente, pero había más niños allí. Una niña vestida de blanco gimoteaba enseñando un dedo a su abuelo, un viejecillo gastado, que la miraba con ese cariño desproporcionado que ponen en sus ojos algunos abuelos cuando miran a sus nietos.

Las patas rojas de los flamencos. Los osos bañándose, jugando unos con otros. Los leones entre las rocas peladas. Las rocas altas como un monte: El monte Sinaí. Moisés en la gran Montaña. Moisés con las Tablas de la Ley, y el fuego y la zarza que ardía sin consumirse, y el becerro de oro. Un reloj valorado en veinte mil pesetas: El Becerro de Oro.

Los ídolos. En la sinagoga no había imágenes. Las imágenes son ídolos. En la sinagoga sólo hay paredes blancas, ayuno, oración... Las hebreas, en la sinagoga, llevaban la cara cubierta de polvos y vestían abrigos de pieles, con trajes de seda natural. La última vez, el Día del Perdón, Cleo fue a buscarlo. Se paró en la puerta. Cuando él salió, después de dos días de ayuno y dos noches de oración, lo primero que encontró fue su sonrisa de bella «gracia» y el traje deshilachado que llevaba, con una mancha redonda cerca del hombro. David reía desde la silla y la niña daba saltitos, distraída, mirando al aire. Cleo se había pintado unos rabos en los ojos que recordaban los renacuajos de las charcas. Con el tiempo había perdido la habilidad para pintarse.

Los leones estaban muy bien allí, entre las rocas. En su propio escenario. Uno dormía con las patas hacia arriba, como un gatito.

El suelo, cubierto de una arenilla gorda, rechinaba. Por todas partes había, tiradas, cáscaras de cacahuetes. Junto a la rejilla de las cebras, arrinconado, un zapato de niño.

Las jirafas, con su largo cuello, eran de los animales que tenían más público. Se aproximó. La gente les daba comida. Sintió no haber comprado zanahorias.

Unas niñas de unos doce años, que iban con una criada con cofia, les daban de comer y se reían cada vez que las jirafas bajaban el cuello.

—Ahora me las pondré en el bolsillo y no las verá —dijo una de ellas.

La jirafa alargó el cuello y con un gesto estúpido le quitó la zanahoria. Todos se reían y la chica gritaba.

—¡Ladrón, ladrón!

Y también se reía.

Por la cabeza del sefardí pasó un círculo de malestar. Apretó otra vez el objeto en su bolsillo. Estaba tibio. Había cogido su calor.

Un señor alto se volvió a mirarlo cuando, bruscamente, se alejó de allí.

El acuario. Le gustaba el acuario, tan oscuro, tan recogido. En las peceras, como urnas, los peces movían sus aletas graciosamente. Parecían mariposas acuáticas. Las grandes serpientes lentas y los cocodrilos inmóviles, con sus bocas llenas de dientes, como disecados... Aquí, entre esta oscuridad, se sentía a gusto. Volvió a inundarlo una sensación de seguridad:

«Alza los ojos y desde el lugar donde estás mira al norte y al mediodía, al oriente y al occidente. Toda esa tierra te daré a ti y a tu descendencia para siempre...». No había que perder la esperanza: «Toda esa tierra te daré...». Lo importante era sobrevivir para poder alcanzar el tiempo de la promesa. Como fuera, a costa de lo que fuera. Pero no morir, ni desesperar.

Recordó aquel judío esquelético que vio en una revista. Al pie del grabado decía: «Un superviviente de los campos de concentración de Belsen».

Sí, lo importante era sobrevivir. Poder ver. Llegar con vida al tiempo de la promesa.

A lo mejor, con las veinte mil y algo más podría comprar un remolque. O quizá no, porque un remolque... Pero no, no, prefería pensar que lo compraría. Su mujer lo deseaba. Podrían recorrer el mundo. Vender, en todos los mercados, objetos de alambre, copas artísticas, globos de colores... Y, por la noche, contemplar como las montañas azuleaban, lentamente, después de ponerse el sol. Y al día siguiente, cuando amaneciera, volver a coger la carretera en busca de otro lugar.

En las vitrinas, unos peces listados, diminutos, paseaban a un lado y a otro. En la arena del fondo, caracolas de nácar mostraban un cuerpecillo peludo y lo volvían a esconder. Una estrella de mar roja acechaba a uno de ellos...

El domingo traería a los niños y a su mujer, para que vieran el acuario. A los niños y a Cleo. A Cleo con un vestido nuevo.

Según lo que le dieran... ¡Quién sabe si podrían volver a Tánger! Al fin y al cabo. Y allí estaba la familia y... «más da el duro que el desnudo».

Era tarde. Tenía que volver a casa. Le entró un infinito cansancio al pensar que tenía que volver a recorrer las calles, piedra por piedra, al pensar que tenía que subir los escalones de la pensión uno por uno. «El hombre, con su pensamiento, es un pájaro, pero, con sus pies, una tortuga», se dijo.

Un tren pequeño, descubierta, pintado de azul, corría por el parque, lleno de gente. En un *poney* castaño galopaba un niño. Una mujer rubia le gritaba algo, subida en un banco.

Cuando le abrieron la puerta estaba sin aliento. Ciento siete escalones. No era la primera vez que los contaba. Y las escaleras de caracol cansan más. Siempre lo había oído decir.

Le abrió Mohatá, que cojeaba. La bombilla pestañeó un poco. Después brilló con una luz viva. Acabó quedándose como siempre. La voz de la señora Eloísa dijo:

—Alguien ha enchufado un hornillo. Como yo coja quién es...

En el comedor, el estudiante Anselmo leía:

«Del interior de las casas se oía de vez en cuando un débil canto, un monótono lamento que cesaba apenas aparecíamos en el umbral. Un indefinible olor a suciedad, a ropa mojada, a carne muerta, impregnaba el aire de aquellas habitaciones donde las turbas de viejos, mujeres y niños vivían amontonados como prisioneros en una cárcel...».

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Alrededor de la mesa, la señora Cleo, la señora Eloísa y una mujer, que venía de vez en cuando de visita y que decían comadrona, escuchaban.

La señora Cleo se volvió hacia su marido:

—Anselmo está leyendo lo del *gheto*.

El señor Alfredo no entendió.

—Sí, lo de los *ghetos*. Donde los alemanes encerraban a los judíos.

La comadrona explicó:

—Eran como calles tapiadas. Allí se morían como ratas.

Rodeó el aire con la nariz y añadió, haciendo un gesto de repugnancia:

—Claro, sin higiene.

La señora Cleo tenía las cejas enarcadas, muy altas, cuando dijo:

—Yo no comprendo por qué les tenían tanta rabia.

—Por el racismo puñetero.

—Dicen que los castraban y todo.

—¡Bah! La gente habla mucho.

La señora Cleo, sonriente, puso la mano en el hombro de su marido.

—Él es hebreo.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y también lo persiguieron?

Alguien conectó la radio.

Se oyeron dos golpes de gong y una voz masculina dijo: «¡Atención!». Se oyeron dos golpes más y una voz de mujer dijo: «¡Atención!».

La misma mano que había conectado la radio la apagó:

—Es un asco. Sólo dan anuncios.

Anselmo, que seguía leyendo, cerró el libro y acarició el lomo. El libro era grande y rojo.

—Este libro —explicó al sefardí— debería ser como un Nuevo Testamento de los judíos. Se llama «Kapput». Es un libro muy importante. Una joya.

—¿Y qué dice?

—Que Hitler representa el antagonismo de los politeístas paganos contra los monoteístas, y que no hubo hombre más cruel, ni emperador ni dictador, que hiciera tal genocidio.

—Está bien.

—¿Sabe usted cuándo empezó la gran tragedia de los judíos?

—¿Cuándo?

—Cuando Nabucodonosor destruyó el templo de Salomón, seiscientos años antes de Jesucristo. Luego el emperador romano Tito arrasa, en el año setenta después de Jesucristo, el templo y Jerusalén y se lleva cautivos a los judíos a Roma, donde ésta levanta en la Vía del Imperio el arco triunfal a Tito por haber destruido vuestra capital.

—¿Eso también lo dice en ese libro?

—No, eso ya lo sabía yo antes.

Las mujeres están un poco asombradas mirando a Anselmo.

—Ese Eiman, o como se llame, ¡vaya un canalla! ¿Qué habría que hacerle?

—Lo que él hizo a los otros. Hacerle morir poco a poco.

Se oyó el llanto de un niño.

—¡Ay! Se ha despertado.

A la señora Cleo, al echar a correr, se le cayó una zapatilla gris y agujereada que no volvió a buscar.

El estudiante Anselmo contemplaba de reojo al sefardí. Tenía el cristal de las

gafas empañado.

—Voy a leerle este trozo.

—No, no —dijo el señor Alfredo.

Anselmo lo miró sorprendido. Se dio cuenta de que la persona del sefardí estaba impregnada de una dignidad extraña, como una luz.

«Alza los ojos y desde el lugar donde estés mira al norte y al mediodía, a oriente y a occidente. Toda esa tierra te daré a ti y a tu descendencia para siempre...».

Sonó el timbre de la puerta. Catalina salió corriendo, gritando:

—¿Quién?

La señora Cleo fue a abrir, con David en brazos. Mohatá, que cruzaba el comedor, se quedó parado, expectante.

En la calle, o por la escalera, o en los oídos del sefardí, muchos pitos tocaban sin parar ni un momento.

—Sí. Es mi marido.

—Sí. Aquí vive.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Alfredo, aquí hay unos señores que preguntan por ti.

La cara del sefardí se puso gris. Aquellos hombres tenían la mirada fría. Y los labios plegados hacia dentro, como una línea.

El Ángel Exterminador tenía una espada de fuego y la mirada de pez.

Lo registraron. Las niñas lo miraban ladeando la cabeza.

Era un reloj pequeñito de oro. Todo de oro y brillantes.

La señora Eloísa, al verlo, dio un grito agudo y corto.

Los policías dijeron que era la segunda vez que robaba en la misma tienda. La señora Eloísa pensó: «¡Ah! De ahí salía el dinero».

Cuando se lo llevaron la escalera estaba desierta y silenciosa. Era la hora de la comida. Paulita cantaba y a través de todas las puertas se oía ruido de platos.

A la señora Cleo nunca le pareció tan pequeño su marido. Nunca tan insignificante como ahora que iba entre los dos policías con su sonrisa obsequiosa, marchita, casi muerta.

Hoy es domingo. Esta mañana, un sol rojizo y raro cambia la apariencia de las cosas. La gente de la pensión, estos hombres y estas mujeres que forman una humanidad anhelante de deseos concretísimos y justos: una casa, un hijo, un poco de pan, tiene casi siempre un instinto claro y ama las cosas buenas.

Como siguiendo una consigna, cuando hace buen tiempo y no tienen trabajo, se trasladan todos arriba, a una azotea que hay, para tomar el sol. Sus ropas, lejos de la débil y alta bombilla de la pensión, parecen aún más estropeadas y sucias. En las piernas de las mujeres hay varices y pelos que abajo nadie había notado, y las arrugas, esas pequeñas arrugas del insomnio y la envidia, son aquí sombras y rayas crueles en las caras que se levantan, confiadamente, al gran sol que todo lo purifica y calienta.

Arriba, en la azotea, todos parecen haber conquistado algo. El cuadradito azul que se ve desde la pequeña galería, de pronto se convierte en la realidad casi inesperada del cielo, las paredes se olvidan y hay aire y luz. El paisaje, desde el comedor de la pensión, queda limitado al patio perdido donde van a parar los tubos de los desagües, casi siempre llenos de ratas.

A veces siento la emoción y el arrepentimiento que se siente por lo que uno abandona, por el dolor que causa, por lo que uno olvida. Entonces me imagino la tumba de mi madre, llena de coronas de cada uno de sus hijos. Sólo falta la mía. Me imagino a mi hermano vagando solo por las calles del pueblo. Atravesando las acequias y la vía con la hostia cubierta por un paño bordado. En su cara hay sombras azules e intranquilas. Sufre por mí. Te imagino a ti con una interrogación dolorida en los ojos... Y quisiera gritaros a todos que yo no soy culpable de nada, que estoy aquí no sé por qué, que he venido como un papel quemado al que el viento más flojo puede arrastrar y llevarse. También quisiera volverme contra ese Dios mudo que nos gobierna y preside, y preguntarle: «¿Por qué, Señor?». Preguntarle con furia para que no tenga más remedio que descender, que condescender.

¿He tenido yo la culpa?

Cuando tú y yo nos encontramos en el bosque y nos miramos y nos hablamos. Cuando tú y yo nos besamos junto al árbol muerto, sí que era tiempo para retroceder y volver a nuestros planetas respectivos. Pero no aparecieron cuatro soles en el cielo ni se nos acercó un ángel viejo de días, para avisarnos de la presencia del Mal. Y, en cambio, el gran Imán nos atraía y nos lanzaba furiosamente a uno en brazos del otro. Era más fuerte para mí tu mirada, después de un beso, que todas las letanías de mi madre: Sé casta, sé prudente, paga tus deudas y ama con moderación...

¡Y pensar que, a la postre, esas letanías que despreciamos actúan sobre nosotros modelándonos! ¡Que la palabra, esa cosa hueca y sin contenido, tiene muchas veces más fuerza que la vida que es amable y nos llama!

Los tambores de un corrompido emperador nos esperaban, y con ellos todos los fantasmas con los brazos cruzados. Negros, aceitosos, ignorantes, con una pequeña sabiduría tan sólo: la de las letanías y el miedo.

Dos gritos se juntan en el pasillo. Rechina un patinete. En él va Catalina. Se para.

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa?

Sabina se asoma a la puerta de su habitación, con el pelo encrespado y un peine en la mano.

—¿Qué pasa?

La señora Cleo corre con David hacia la cocina. Se oye el chorro del agua y después unos golpes secos. Luego, el llanto de David. Francisco, con el delantal lleno de babas y sonriendo como un sátiro, se pasea por el comedor.

La señora Cleo vuelve de la cocina. Lleva en brazos a David que, con la cabeza empapada, llora.

—¿Qué pasa?

—Ya ve. Mire.

En el muslo del niño, blanco y graso, hay marcado un arco rojizo con una aureola aserrada de pequeños dientes.

—Otra vez le ha mordido. Le he tenido que meter la cabeza debajo del grifo y luego pegarle para que llorara.

—¡Pobrecito!

—Es que tiene dificultad para llorar. Queda encanado. Al nacer ya le tuvieron que poner una inyección para que rompiera a llorar. Casi se asfixió. Estaba morado.

Se oye el timbre de la puerta y Catalina sale a abrir.

Por la bolsa de hule que trae la señora Eloísa, asoman patatas y una botella de vino.

—Mamá, Francisco le ha vuelto a morder a David.

La señora Cleo, con el vestido desabrochado y dos greñas mates y rizadas que le bailan por la frente, frota el muslo de David. Ni siquiera mira hacia la señora Eloísa. Tiene los ojos tan enrojecidos como si hubiera bebido algo fuerte y corrosivo.

La señora Eloísa chilla, sonriente y tierna:

—¡Ven aquí, granuja, sinvergüenza!

Francisco avanza ceñudo, pisando fuerte con sus botas, tambaleando sus piernas torcidas. Su madre lo levanta al aire y lo besa.

—Te voy a matar. —¿Por qué muerdes, gitano? Igual que tu abuelo vas a ser tú.

Sabina ha sacado pan y extiende sobrasada por encima. La sobrasada es de color vivo y tiene unos grumos blancos y filamentosos por entre su masa. Sentado en una silla, con las manos flojas encima de las rodillas, Mohatá la mira soñoliento.

La señora Cleo balancea el asiento para dormir a David, que se ha calmado.

—Yo creo que no obra usted bien, señora Eloísa. Si no reprende nunca al niño, haga lo que haga, no sé dónde llegará.

—¿Y qué quiere? ¿Que lo mate? ¿No sabe usted lo que son las criaturas?

—Sí. pero el árbol que no se endereza de pequeño... —interviene Sabina con la boca llena.

A la señora Cleo, de pronto, se le enfurecen los ojos y echa las greñas hacia atrás con un gesto bravío.

—Además, si una no va a poder soltar al niño ni un minuto... Si en seguida que lo suelto le pegan o le muerden... Yo no puedo ir con el niño cosido a la falda. Hágase cargo, mujer.

La señora Eloísa chilla sin demasiada vehemencia:

—Mire, vale más que nos callemos. Yo tengo la experiencia de que por los niños no se pueden pelear los mayores... En mi pueblo, dos padres se mataron en una riña porque sus hijos pequeños se habían pegado. Cuando venía el duelo del cementerio, ya estaban los niños jugando juntos.

—Pero...

—Además, cuando ustedes vinieron yo ya le dije a su marido que con niños no me gustaba alquilar habitaciones.

Se hace un silencio. La señora Cleo mira hacia Sabina como un perro pequeño que tuviera frío. Sabina le hace un gesto de inteligencia, torciendo la boca.

Se oye el timbre de la puerta; también el del teléfono. Una voz grita:

—¡Señora Eloísa, preguntan por usted!

—¡Voy, voy en seguida...!

Se alisa la falda con la mano y después se limpia las comisuras de los labios.

Por la puerta abierta de la nevera asoma la cabeza de una muñeca sin ojos, unos periódicos y una pelota de goma. La señora Cleo mira hacia allí como fascinada. Después, sus ojos van más arriba. Encima de la nevera hay ropa doblada, ropa recién recogida del sol. Hay también un espejo de mano y dos libros. La señora Cleo parece que sueña con algo que sabe imposible. Piensa en otro tiempo. Cuando los problemas eran la hechura de un vestido, la limpieza de una bandeja de plata o una lluvia inoportuna el día que tenía destinado para una excursión. Al recordarlo, aquel pasado se difuminaba y se perdía como un globo de papel con la base encendida, como un globo de papel que tuviere forma de oso o de elefante, una forma pueril e intrascendente.

Sabina ha encendido un cigarrillo. Mira hacia la señora Cleo, luego observa una araña que trepa por su hilo muy cerca de la bombilla. Se vuelve hacia la señora Cleo, que continúa pensativa.

—¿Ha visto qué poca vergüenza?

—Ya lo está viendo.

—Y le aseguro que el niño muere porque se lo consienten. Porque ve que hace gracia.

—Pues ahora no es nada. Tiempo atrás embestía a los huéspedes y siempre iban marcados. A un tranviario, un chico muy simpático que estaba en la tercera habitación del pasillo, le dio tal mordisco que tuvo que ir a curarse a la Casa de Socorro.

—Claro; le dan vino a todas horas. Siempre anda borracho.

Mohatá, apoyado de codos en la mesa, mira medio adormilado, como un gran mono desnutrido. Catalina, verde y pequeña, saca la muñeca de la nevera y la viste con unos trapos de tul, sin dejar de escuchar a las dos mujeres.

—¿Qué? —le dice Sabina—. ¿Estás escuchando para ir a chivar luego?

—Una chivata es ésta. Todo lo dice. Sólo escucha para chivar.

—Sabe, si en vez de vino les diera su madre vitaminas y calcio, otro gallo les cantarí. Menos mal que me queda poco tiempo de estar aquí. Créame que me iré bien harta.

Sabina alarga el busto todo lo que puede, interesada por lo que pueda contestar la señora Cleo.

—¿Se marcha?

—Sí, me voy a Madrid con mi madre.

—¡Ah!

A la señora Cleo le viene a la memoria la voz de su madre cuando se arruinó su marido: «¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Ir con los titiriteros de un sitio para otro?». No sabía cómo acabaría esto de ir a vivir con su madre. Para su madre siempre habían sido más importantes las cosas que las personas. Cuando era joven, le interesaba más que brillaran los mosaicos del suelo que tenerla a ella y a su hermana en el piso. Se pasaban horas en el portal, yendo de un juego a otro, aburridas... «Aquí no quiero a nadie. Todo lo ponéis por medio». «Con vosotras no se puede tener la casa limpia».

—De momento estaré con ella. Después miraré de meter los niños en un colegio y buscaré trabajo.

—Y el señor Alfredo, ¿cómo está?

—Bien. Los primeros días no hacía más que llorar. Se le metió en la cabeza no sé qué de los egipcios y de los nazis. Creía que lo iban a meter en una cámara de gas... Manías de él.

La señora Cleo se queda mirando al aire. Su perfil tiene una belleza limpia, desesperada. Sus labios gruesos, de escultura negra, parece que se van a contraer en llanto.

—Ahora le iba a hacer un paquete. Mañana es día de visita.

Separa del montón de ropa que hay encima de la nevera un batín de satén con un brillante cordón, dos libros y un espejo.

—¿Qué hizo cuando los vio?

La señora Cleo sonrío como si fuera a contar las gracias de un niño pequeñito.

—Cuando nos vio a través del alambre, lloró. Después le hacía pedorretas a David, que se reía, y luego pidió esto.

—¿Para qué querrá el batín, allí dentro? —preguntó Sabina.

—No sé —dice la señora Cleo, acariciando la tela a lunares blancos y azules—, nunca se lo ha puesto. Ni cuando estábamos en Tánger y teníamos la casa con dos baños y chimenea. Entonces usaba un viejo albornoz que tenía desde hacía años.

—Rarezas.

—Sí, rarezas.

—¿Y los libros esos, qué son?

—La Biblia, que es el rojo, y el que estudió cuando se examinó de chófer.

—Ya.

—Si...

La señora Eloísa entra con una mujer vieja y blanca teñida de rubio. Las presenta.

—Esta señora se quedará con el cuarto del pasillo.

—Esta señora se va pronto. Esta señorita duerme en la casa y a veces come.

—Mucho gusto.

—Mucho gusto.

—Su gusto es el mío.

La mujer vieja y blanca lleva los dedos llenos de anillos. Habla con voz chillona y lleva los dientes cubiertos con fundas de oro.

—¿Y usted se marcha?

—Se va a Madrid —explica la señora Eloísa.

—¡Ay! De Madrid al cielo.

Sabina junta las migajas, que le han caído al comer, en un pequeño montoncito. Se está imaginando que barre nieve.

—¿Y qué es? ¿Que los trasladan?

—No. Es que a mi marido lo han metido en la cárcel.

—¡Ay! —exclama la mujer, asustada, y se mira los anillos.

La señora Eloísa adopta una postura mundana, frívola:

—No ha sido por nada serio. Por una tontería. Una equivocación.

David se ha dormido; su gorda cara sonrío.

La señora Eloísa sigue hablando:

—Yo, que usted, lo que haría es bautizar a los niños. Así se los tomarían en cualquier colegio y usted estaría libre para trabajar.

La señora de los anillos palidece.

—¿No están bautizados?

—No, son judíos.

—¿Judíos?

Toda la pensión se llena con la exclamación. David se despierta y se queda mirando, con la boca abierta, hacia la señora.

—Sí. ¿No había oído decir nunca esa palabra? —contesta, picada, la señora Cleo.

—Sí, sí. No es que me extrañe. Y, además, ha de haber de todo en el mundo.

La mujer, que lleva un vestido sin mangas, se estira la falda para tapar las piernas y adopta un aire catequista.

—A los niños hay que bautizarlos; si no, van al limbo.

—¿Usted lo ha visto? ¿Ha visto dónde van? —pregunta Sabina, que fuma achicando los ojos.

—Yo, no. Pero eso lo sabe todo el mundo.

La señora Eloísa dice:

—Yo, eso del limbo no lo sé. Pero nada se pierde con bautizarlos. Yo los bautizaría. Si hay Dios, eso que llevan por delante, y si no lo hay, ¿qué les puede ocurrir?

—Yo, la verdad —gesticula la señora—, creo que hay un Dios que está por encima de nosotros.

—Y yo, ya lo ven ustedes, no voy a misa porque no tengo tiempo; si no, sí que iría, pero mis dos hijos están bautizados. Nadie sabe lo que puede pasar —razona la señora Eloísa.

Sabina contempla la punta de su cigarrillo y los anillos de la señora, que relucen cuando ésta mueve las manos.

—Confía en Dios y no corras —susurra.

La señora apenas se digna a mirarla.

Mohatá bosteza largamente, abriendo mucho la boca y haciendo música. Después se levanta y, perezosamente, se encamina hacia la galería.

Hoy al pasar por un puesto de frutas, he visto cerezas. Una mujer vestida de negro las vendía. Mi mirada debía de ser tan codiciosa que la mujer me ha llamado: «Señorita, ¿quiere comprar?».

¿Te acuerdas de aquellas cerezas?

Tú habías dicho: «Ya verás. Todo se arreglará. Pronto comeremos fruta en el sol de nuestra casa».

Hacia poco tiempo que habíamos dejado la isla. Un faro que parpadea, una sirena que ulula, y la cara de amarga desilusión que puso mi hermano una vez que se le escapó un jilguero, era lo que me perseguía de ella.

Al llegar a Barcelona nos alojamos en una pensión modesta, cerca del puerto. El cuarto que teníamos era pequeño, estrecho y triste, pero desde la ventana se veía abajo, muy abajo, un jardín en el que había un magnolio lleno de flores blancas. Cuando entramos en el cuarto por primera vez, tú te quitaste tu anillo de casado y lo tiraste por la ventana. Hizo un pequeño ruido metálico al chocar contra alguna piedrecilla del suelo, que estaba lleno de hojas podridas y de hierba. Después, nos besamos.

La felicidad nos empapaba. Nos reíamos de cualquier cosa. Con cuatro chinchetas prendimos en la pared la única fotografía en que estábamos los dos juntos: sentados sobre una cumbre, diminutos sobre la montaña. Por la tarde de aquel mismo día salimos a dar una vuelta. Los escaparates nos deslumbraban y el ruido de la ciudad hacía que nos silbaran los oídos. En un puesto compramos cerezas. Eran grandes, con un brillo ceroso y fuerte. Al hincarles el diente crujían y la boca se llenaba con su jugo. ¿Te acuerdas?

Eran momentos duros y dichosos. Tú habías encontrado un empleo provisional. Te pasabas las noches cuidando un garaje. Por las mañanas dormías, y las tardes se te iban buscando desesperadamente un trabajo mejor pagado. Era difícil encontrarlo. Leíamos todos los anuncios, todas las demandas del periódico; después, en un plano amarillo, buscábamos las calles que señalaban en las direcciones. Recuerdo el color de aquellas cerezas, el olor de tu cuerpo sudado y el polvo de los zapatos cuando al llegar, cansado, te echabas sobre a cama.

Todo hubiera ido bien si se hubieran callado los tambores. Los tambores con su «tamtam» insistente. Cuando me faltaba tu presencia yo los oía como una llamada a la que forzosamente tenía que acudir.

Un día, en el comedor de la pensión, un marinero borracho rompió una botella. Los cristales saltaron y se esparcieron y el vino llegó hasta mis pies como sangre. Me impresioné. No sé si soy supersticiosa, pero aquello me pareció un mal presagio.

El marinero iba acompañado por una muchachita pálida que llevaba un vestido recién comprado. Dormían al lado de nuestra habitación. Ni ella ni yo llevábamos anillo. No comprendo por qué me obsesionó este detalle.

Desde entonces, las noches en soledad empezaron a ser largas. El insomnio se apoderaba de mí y todo el tiempo, con las tinieblas rodeándome, pensaba. Los

remordimientos eran como sogas mojadas con las que me zahería: mi hermano con su cara blanca sobre la sotana, con su manteo roto por una zarza, después de llevar al Santísimo por aquellos campos... Mi madre con las mejillas llenas de venas moradas, con su dolencia cardíaca y su vejez herida. Tu mujer, con los ojos grandes y huidizos. Bebiendo Martinis. Tu mujer, a pesar de su mala vida, era tu mujer. Yo, no.

Era la primera etapa de la noche, la de los remordimientos. Me autoflagelaba con ellos, me mordía los nudillos, apretaba la almohada con la boca... Y cuando un sueño frágil quería cogerme, venían los golpes.

Junto a nuestra habitación se había instalado aquella pareja: el marinero maduro y la muchachita. Me recordaban un cuento muy triste que leí una vez. A un viejo príncipe japonés le regalan una niña. El deposita en ella un afecto vicioso. Los palaciegos sienten envidia y la envenenan. El príncipe, al enterarse, compone una rebuscada poesía cantando su muerte, y después pide su pipa de opio, como todos los días a aquella misma hora.

Sobre las doce empezaba el ruido. Primero, golpes contra la pared y contra el suelo. Ruido como de lucha, de botellas, de vasos. Después, gritos, risotadas y, por último, el somier. El somier que gemía, gemía sin parar bajo una lujuria pesada, obsesionante.

Es difícil huir de nuestro destino. Nuestros mayores nos dictan unos deberes y nos predicán unas creencias: esto harás, nos dicen; aquello te está vedado. A fuerza de oírlo lo aprendes de memoria y a veces sonríes sin darle demasiada importancia. Todos estos deberes, todas estas creencias son necesarias para mantener en pie la sociedad, te dices, esa sociedad creada por los débiles y los mediocres. Los Mandamientos, las leyes, son como una cadena. Mi abuelo los siguió, mi padre los siguió y los siguieron todos sus antepasados, pero yo soy inteligente, yo pienso y sé por dónde anda la trampa.

Mirar desde una alta montaña, mirar desde nuestra superioridad y pensar todo esto. Te parece que estás por encima de todo, pero cuando quieres hacer el sordo y obrar por cuenta propia, te encuentras con algo que falla y se rebela, y ese algo está dentro de ti. Y entonces las palabras que te han enseñado cobran un significado que tú nunca sabrías descifrar. El enemigo está dentro de ti y te acecha, forma parte de tu ser. Y no es fácil escapar de uno mismo.

Intentaba todas las viejas fórmulas para dormirme: contar corderos, mirar un paisaje completamente gris...

También me sorprendía recitando los pecados capitales o los Mandamientos de la Ley de Dios, o recordando las palabras de mi madre: «Una mujer no tiene nada codiciable, sólo su honor. Cuando no tiene honor todos le escupen».

Las cosas aprendidas me martilleaban en las sienes, y si me dormía con un corto sueño, tenía pesadillas. Una vez, un ángel con la cara llena de gusanos, se me apareció y me dijo cosas terribles que he querido olvidar.

Cuando tú llegabas, al amanecer, me daba cuenta de que no había dormido. Que

no había hecho otra cosa que pensar y esperar tus pasos recios, que hacían retemblar el largo pasillo y las consolas apolilladas adosadas a la pared. Entonces, con tu presencia, todo se transformaba. Estabas a mi lado. Eras tú, cansado, hambriento, pero con el espíritu fuerte. Me abrazaba a tu cuerpo y, después, un sueño tranquilo descendía sobre los dos. Al despertar: el aroma del magnolio, el brillo de las cerezas y un rayo de sol sobre tus pies grandes, macizos, que se habían destapado... Si intentaba separarme de tus brazos, tú, autoritario, también en sueños, me cogías casi con rudeza y me estrechabas de nuevo contra ti.

Ahora que mi recuerdo es limpio, que está purificado por el tiempo, sé que hubiéramos sido felices. Con seguridad habríamos sido felices si las palabras no me hubiesen vencido.

Las palabras: honor, deber, sacrificio... Todas éstas, y otras: manceba, querida, fulana.

Con seguridad hubiéramos vencido si ellas, sonidos articulados, garabatos sobre el papel, no se hubieran convertido en monstruos dentro de mi cabeza. Monstruos que crecían y que querían acabar conmigo, que querían volver.

El verano estaba en su apogeo. Era un verano caliente, sin una brisa.

Cuando llegaron los primeros calores, el señor Joaquín, ayudado por Mohatá, había intentado de nuevo arreglar la nevera. Pero cerraba mal; el agua que se escapaba del hielo formaba grandes charcos por el comedor y, además, los niños, aprovechando cualquier descuido, sacaban la comida que los huéspedes guardaban y se la comían.

En la pensión hacía calor. Un calor recogido de horno mal ventilado. De horno en el que se quemaran zapatos viejos, harapos o latas de conservas vacías.

Era domingo. Las diez de la mañana de un domingo de verano. El año pasado, por estas mismas fechas, la señora Cleo se había levantado temprano, había metido unas tortillas en las fiambreras y había cogido los niños para ir a la playa. Ahora ya no estaba la señora Cleo. El señor Joaquín y Mohatá la ayudaron a bajar las cosas: el hornillo de petróleo envuelto en un saco, la cesta con las braguitas para cambiar a David, las maletas. El señor Joaquín y Mohatá la ayudaron también a buscar un taxi. Un lujo, un taxi, pero no había más remedio... Ahora todo le parecería, desde Madrid, lejano, casi borroso: la pensión, sus gentes, su marido lloriqueando detrás de la tela metálica, en la cárcel... Todo borroso y lejano. Ahora, en su habitación, vivían otras personas. Las cosas cambian imperceptiblemente y dicen los libros que al cabo de los siglos la superficie de la Tierra ha convertido los valles en montañas y las montañas en valles.

Era domingo. Las diez de la mañana de un día de verano. El señor Joaquín, junto a la mesa del comedor, copiaba nombres y fechas de unos carnets de identidad. Más que copiarlos, los dibujaba cuidadosamente en un cuaderno grande de papel cuadriculado. La señora Eloísa arrastraba los pies yendo de un lado para otro, ociosa y lánguida. Al fin se sentó en la pequeña galería y permaneció allí con las manos abandonadas sobre el regazo.

A alguien se le quemaban papillas en la cocina y el olor, ofensivo e intenso, se difundió por toda la casa. Un golpe de aire hizo que se moviera un papel de seda arrugado que estaba en el suelo, cerca del pasillo. El aire venía de la puerta de la calle que, en este tiempo, permanecía siempre abierta para que corriera el fresco.

—¿Se puede?

La señora Eloísa se puso tiesa un momento, como si los muelles de su cuerpo, parados un momento, funcionaran de nuevo:

—Adelante.

El señor Joaquín miró hacia la puerta por encima de sus gafas. Eran unas gafas que había olvidado alguno de los huéspedes al marcharse y que él empleaba ahora para leer y escribir.

En la puerta del comedor apareció un hombre rechoncho vestido de negro. Tenía una verruga roja junto a la nariz.

—¿El dueño de la pensión?

El señor Joaquín se levantó respetuosamente. El señor Joaquín exhibía una

osamenta exigua y descarada a través del nylon de su camiseta interior.

—Usted dirá, caballero. Tome asiento, por favor.

El individuo, después de pasar la mano por la silla, se sentó, sin apoyarse en el respaldo. El señor Joaquín pensó que aquel hombre le recordaba una de aquellas mulatas gordas de Cuba, una mulata gorda que hubiera tenido ocho hijos.

La señora Eloísa, en un arrebató de actividad, se puso a manejar sillas. Unas las acercaba hacia la pared, otras las separaba. Recogió del suelo el papel de seda, que ahora se arrastraba con un ruidito agradable, y se llevó el cenicero lleno de colillas amarillentas y húmedas.

—El objeto de mi visita...

Rebuscaba en los bolsillos, en todos los bolsillos. Al fin encontró una pitillera de plata. La limpió con la mano, tocó en un extremo de ella y se abrió silenciosamente.

—¿Quiere fumar?

—Cogeré uno. Gracias.

—El objeto de mi visita es preguntarle si tendría una habitación.

El señor Joaquín miró hacia el techo con sus grandes ojos de huevo, como tratando de recordar:

—Pues sí. Creo que sí.

El jilguero, en su vieja jaula colgada de un clavo, sobre la galería, cantaba una canción monótona que recordaba el frotamiento de una caña sobre otra.

Francisco, debajo de la mesa, roía algo pequeño y negro sin dejar de mirar al desconocido.

—¿Es para usted solo, o viene también su... señora?

—No es para mí. Yo le explicaré.

Los ojos del señor Joaquín despedían un fulgor deslumbrante. En los hombros estrechos y lívidos tenía unas venillas azules y abultadas. El señor de la verruga jugueteaba con su sombrero, un sombrero negro que olía a bencina.

—Se trata de mi hermana. Una hermana que tengo.

La señora Eloísa sale de la cocina. Se ha anudado un cinturón sobre la bata, que ya no le cuelga. Bajo la bombilla casi no se distinguen las manchas que lleva.

—Es ya mayor. Más de setenta años.

Al señor Joaquín se le apaga parte del brillo de sus ojos. Se había figurado otra cosa.

—Ya.

El señor Joaquín pertenece a una raza pequeña y escuálida: pigmeo del Sur. Con el hambre atrasada, de siglos y siglos, grabada en las costillas y en los huesos, como un tatuaje.

—Es la mayor de mis hermanos. Me lleva treinta años.

—Ya.

—Nos hizo de madre a todos. Era muy buena.

—Ya.

—Se quedó soltera, y lo que pasa... Vivía con mi madre, pero mi madre murió...

El hombre de la verruga parece que arrastra un carro muy pesado, lleno de bloques de hormigón.

—¿Hace mucho tiempo que murió su madre?

—Pues... menos de un año.

—Le acompaño en su sentimiento.

La señora Eloísa, que está en medio del comedor, de pie y dando vueltas al cinturón, se adelanta haciendo una leve reverencia.

—Le acompaño en su sentimiento.

—Gracias, muchas gracias.

El hombre mira a su alrededor como si buscara una salida. Francisco, con los labios ennegrecidos, asoma la cabeza de debajo de la mesa para mirar la cara del desconocido.

El señor Joaquín baja los ojos con tristeza, y la señora Eloísa también. Parecen de cera amarilla. Solamente Francisco rebulle, lleno de vida, debajo de la mesa. Ha conseguido coger el sombrero que el señor abandonó un momento sobre la silla.

—A mí me gustaría que viviera con nosotros. Pero mi señora... La casa es pequeña... Tenemos un niño y una niña...

—¡Oh, qué bien! ¡La parejita! Nosotros también.

La señora Eloísa y el señor Joaquín sonríen, repentinamente felices.

El desconocido traga saliva, como si hiciera un esfuerzo para rehacerse de la peste, la epidemia y la muerte de los primogénitos. De todos los males habidos y por haber.

—En fin, que la quisiéramos tener con nosotros, pero no hay sitio.

La señora Eloísa se agacha. Le quita el sombrero y da un cachete a Francisco, que se frota la cabeza con la mano, sin llorar. E interviene:

—Es que hoy en día, los pisos son muy pequeños. Nosotros tenemos unos amigos que son ocho y tienen una sola habitación. Duermen en unas estanterías que han colocado en la pared.

El hombre vuelve la cabeza para mirarla, distraído, sin escuchar.

—Además, ella, aquí, tendrá independencia, tranquilidad...

Atraviesa el comedor una mujer con una gabardina. Por debajo le asoma un largo camisón.

El señor Joaquín mueve sus manos en el aire ponderativamente.

—¿Independencia? ¡Uy! Ya lo creo. ¿Tranquilidad? ¿Eh, Eloísa? ¿Tranquilidad? Puede preguntar a cualquiera de los huéspedes nuestros la tranquilidad que hay aquí.

El hombre suspira, cansado.

—¿Podría ver la habitación?

La señora Eloísa se limpia sobre la bata la palma de la mano. El anillo reluce.

—Sí, señor, claro que sí. Pero, a lo mejor, no está arreglada. Hay tanto que hacer.

El señor Joaquín cecea:

—El caballero se hará cargo. Ya se sabe que las casas no siempre están arregladas.

El caballero lleva la chaqueta abrochada y le tira, le viene estrecha. Tiene las piernas cortas y el trasero gordo.

—Sí, ya me hago cargo; no se preocupen.

La señora Eloísa coge un manojo de llaves del cajón del aparador. Se dirige hacia una de las habitaciones que dan al comedor y los dos hombres la siguen.

Es la habitación que fue del señor Peña. Ha perdido su buen aire. En la pared hay frases obscenas escritas a lápiz. El espejo del ropero está roto, y el largo alambre del que pendían las camisas y los trajes ha sido arrancado. Ha dejado dos agujeros en la pared: uno frente al otro.

—Es una de las mejores habitaciones que tenemos.

—Bien.

El hombre mira de reojo los letreros de la pared. La señora Eloísa abre y cierra el armario. Con el borde del vestido limpia el polvo de una silla. Después asoma todo el cuerpo por la pequeña ventana y mira hacia abajo.

El caballero consulta el reloj.

—Ahora, hagan el favor de decirme el precio. Si nos arreglamos, el día dos de cada mes les enviaré el dinero.

—No nos vamos a pelear por eso. No se apure.

—Comida y habitación, por tratarse de usted, son mil quinientas pesetas.

—¿No puede ser menos?

—Es el último precio. Nosotros...

Sabina pasa por delante de la puerta del cuarto, con su quimono de flores verdes y amarillas envolviéndola. Al caballero se le van los ojos tras ella.

—Si hemos de reservarle la habitación es costumbre, usted debe saberlo, dejar paga y señal.

—Bien.

El caballero tose un poco y, gravemente, se saca una cartera brillante, de imitación de piel de cocodrilo. Coge de ella dos billetes de cien pesetas.

Francisco, echado, de espaldas en el suelo, patalea en el aire, haciendo ruido de motor con la garganta.

—¿Bastará?

Los ojos de la señora Eloísa y los del señor Joaquín coinciden en el papel liso de los billetes.

—Sí, señor.

—Claro que sí.

—Mañana o pasado vendré a acompañar a mi hermana.

—A la hora que venga será bien recibida.

—Y usted, cuando quiera, ya sabe dónde tiene su casa.

—Muchas gracias.

Al caballero desconocido los zapatos le chirrían como si fueran nuevos.

La señora Eloísa y el señor Joaquín lo acompañan hasta la puerta.

—Cuidado con caerse. Esta escalera está un poco oscura.

—Buenos días.

—Muy buenos días, señor.

El ruido de pasos se pierde escaleras abajo. La señora Eloísa guarda los dos billetes en el bolsillo de su bata y después se mete, canturreando, en la cocina. El señor Joaquín vuelve a sentarse frente al cuaderno. Sobre el papel cuadriculado sigue dibujando letras, nombres. Cuidadosamente.

Las tardes eran largas, interminables. Horas y horas de encierro, de ansiedad, de sed inmensa de ti, de deseo de tu voz, de tu presencia... Podía haber salido para distraerme, pero no conocía a nadie. Además, me invadía el pánico sólo al pensar que alguna persona de la isla pudiera verme. Preparé unas servilletas para hacer vainica, unos libros para leer. Pero no hacía nada. A veces me paseaba por la habitación de pared a pared. Me dominaba una sensación de encierro tal, que a golpes hubiera derribado los muros y me hubiera quedado rodeada de aire y sol, encaramada sobre la casa, libre.

Apoyada con los codos en la ventana miraba el jardín de abajo. El magnolio estaba en medio y había también unas matas de adelfas pobres y mal cuidadas. En el magnolio, algunas flores, las que se habían desprendido de los pistilos, aparecían feas y amarillas. El contraste de su fealdad era mayor al compararlas con las recién abiertas. Apenas desprendidos los pistilos por una ráfaga de viento o por su propio peso, las flores se arrugaban, se ajaban. Al mirarlas, pensaba en el misterio de la belleza. Me entristecía que el acto de amor, en una flor, la pudiera dejar así: imposible para ser amada de nuevo. Lo efímero de las cosas, de la vida, me roía. Me recordaba aquellos versos:

*lías del vino y de las rosas no son largos:
¡ brumoso pasado
¿ nuestro sendero durante algún tiempo,
) se cierra
n sueño.*

Y tú, mi amor, llamabas a las puertas, recorrías las calles, fatigabas tus pies en busca de una esperanza que fuera pan, fruta y sol para ti y para mí. Mientras mi tiempo maldito sólo servía para que yo hiciera crujir las articulaciones de mis dedos y para atraer hacia mi cabeza las frases que la estupidez y la vulgaridad repite cada día:

«Los hombres se cansan en seguida».

«Cuando tienen segura una mujer les gustan todas menos la suya».

«Estaba loco por ella. Ni el suelo dejaba que tocara. La cogía en brazos para subir las escaleras... Al año la aborreció».

La voz de mi madre, obsesiva, pesada:

«Una mujer no tiene más que una cosa valiosa: su honor. Cuando lo pierde lo ha perdido todo».

Una noche, para combatir mi desvelo y no oír los golpes y el crujido del somier de la habitación de al lado, intentaba leer un libro... Pero no podía leer; las letras bailaban, tomaban posturas obscenas y me enseñaban carteles amarillos, impresos con las palabras que yo quería quitarme de la cabeza. Esa noche de nervios, de deseos inconcretos, de temores, de remordimientos, mientras apretaba las sienes entre mis

manos y quería concentrarme en la letra escrita, oí llamar a la puerta de mi cuarto. Unos golpes precipitados, de urgencia.

Era la chica del marino. Llevaba una ceja partida y la sangre le caía sobre los ojos. Estaba asustada, temblaba... Me contó algo confuso: aquél había traído a dos más. Pretendía que ella se acostara con los tres. Me contó también algo relacionado con el dinero. Después lloró. Se limpiaba continuamente la herida con un pañuelo. Y tenía un miedo ridículo a desangrarse. Me pidió que la acompañara a un dispensario. La acompañé por las calles solitarias. La acompañé y no volví.

No sé lo que me contó. Algo sencillo, dramático y vulgar. No sé la fuerza que tuvieron para mí sus palabras. Tal vez no tuvieran ninguna, y lo único que yo necesitaba para huir era echar a andar, para seguir caminando por inercia.

No sé el tiempo que estuve andando. Me sumí en una niebla extraña que ignoro los días que duró. Los objetos me parecían irreales, y el sonido de las voces, lejano. Nada existía. Perdí la sensación de estar viva, de estar en este mundo.

Era como caminar por el fondo del mar, ahogada desde hacía mucho tiempo... A veces, mirando arriba, donde me parecía que debía estar el cielo, creía ver unas sombras que permanecían allí como nubes. Las reconocía y, señalándolas, hubiera podido decir el nombre de cada una de ellas. Eran los islotes próximos a mi isla: Rodona, Plana, Conillera, Esponja, Pobre, Foradada y Les Petites.

Era domingo. Hacía un calor bochornoso. El viento lo traía de algún lugar. Era un viento de poniente que se introducía por todas partes y entraba por los resquicios, caldeándolo todo. Paulita, la criada del tercero, había cerrado todas las ventanas para que no entrase. Su señora decía que si se metía aquel viento en el piso, quemaría las hojas de la albahaca y tiznaría las cortinas de amarillo.

Por la mañana había llegado doña Juanita. Su hermano la había acompañado y se había ido en seguida, con prisa, como si doña Juanita, en lugar de vieja y delicadamente arrugada, fuera un niño recién nacido envuelto en una toquilla rosa. El niño que abandona una madre soltera en el quicio de una puerta; o, también, un perro de caza que ha perdido el olfato y se deja por inservible en un pueblo desconocido. Una prisa de esa clase parecía tener don Santiago de la Espada y Gómez al salir sin volver la cabeza.

Doña Juanita se pasó toda la mañana encerrada en su cuarto. Desde fuera se oía abrir y cerrar los cajones del armario y arrastrar las maletas. No encendió la luz eléctrica. Después, cuando pasara el tiempo, los huéspedes se darían cuenta de que no la encendía nunca, ni de día ni de noche. Se desnudaba con la luz apagada, y si tenía que salir por alguna necesidad, lo hacía a oscuras. El recién llegado siempre disfrutaba en la pensión de un derecho que nadie podía arrebatarse: la profunda curiosidad de los otros huéspedes. Que esta curiosidad durara o no, no dependía del recién llegado ni de lo extraordinario de su conducta. Cuando, más tarde, a la hora de la comida, doña Juanita masticaba el pan, moviendo la cabeza, todos la miraban. Pero por la tarde se habían olvidado de ella.

Después de comer, doña Juanita volvía a encerrarse en su habitación. El aire de poniente seguía siendo dueño y señor de la tierra y de la casa. En el balcón, Rosa esperaba a su novio; Sabina dormía la siesta; la señora Eloísa, que había dejado los platos sin fregar, pegaba cupones; Francisco se paseaba sin bragas y Catalina miraba por el ojo de la cerradura del cuarto pequeño que había al final del pasillo. Del cuarto pequeño donde vivían dos hermanas y un hermano que daban clases, pintaban platos, pasaban hambre y dormían en cama redonda.

Doña Juanita, sentada en el borde de la cama, con la espalda erguida y las manos en el regazo, pensaba, divagaba y recordaba con la vista fija en la luz, de un color casi castaño, que entraba por la ventana.

Las tardes de los domingos, hacía años que lo venían notando, eran más largas. Parecían amasadas de una tristeza densa, hecha de recuerdos, de dolores olvidados, de cosas encantadoras y perdidas.

Estaba muy lejos, tan lejos que la memoria confundía el paisaje que rodeaba entonces la vida, aquel tiempo en que las tardes de los domingos eran unas hermosas horas hechas de luz, de perfumes familiares y que dejaban un sabor tranquilo, a arroz con leche con canela, en la boca. Eran aquellos los tiempos de la infancia, con sus tesoros sumergidos en mares extraños e infinitos, sus barcos piratas construidos en la cama con sábanas y colchas zurcidas... El griterío que organizaban sus hermanos y el

regañó alegre de la madre, regordeta, hacendosa y mimada por un padre serio que llevaba siempre una pipa sucia entre los dientes... Estaba tan lejos todo aquello que parecía un cuento dulzón e imposible que no podía existir en este mundo.

Y después, mucho tiempo después —primero fue la luz, luego el agua y los peces del mar—, las tardes de los domingos se convirtieron en algo esperado y poco común, algo que salía de la rutina de: lunes, martes, miércoles... Las hermanas, los hermanos, venían todos a comer. Papá —en paz descanse— ya no estaba: la guerra, los malos vientos, se lo habían llevado. La madre, que cojeaba un poco por el reuma, y ella, preparaban la comida para todos. Interminables pilas de platos, canalones rellenos de *foie-gras*, rollitos y rollitos, hechos el día antes, y la gran paella plana y baja para el arroz. Por el piso retumbaban las carreras y los gritos de los niños. La casa quedaba imposible, pero mamá era tan feliz, y ella —palmas palmitas que viene papá— con los niños colgados de su pequeño cuerpo, sobre los hombros, en el cuello... Por la tarde, iluminada con aquel sol, tamizado y más hermoso que el de los otros días, las hermanas salían con sus maridos, los hermanos con sus mujeres —«¡Que disfruten ahora que son jóvenes!»—, y ellas quedaban con los niños —«¡Tiempo tendrán de quedarse en casa!»—. El brasero se apagaba a media tarde y cuando se llevaban a los niños, soñolientos y malhumorados, la casa volvía a quedar silenciosa, con un silencio olvidado durante aquellas horas, desconocido ya, y del que parecían no haberse percatado.

Fue más tarde, más adelante —después de los peces y el agua fueron creados los reptiles—, cuando las tardes de los domingos se empezaron a llenar de una tristeza mayor que la de los días de cutio. Ella y su madre sin hablar —¡qué podían decirse. Señor!—. El humor y la locuacidad se lo habían llevado las enfermedades, la muerte, la necesidad de desprenderse de objetos queridos. ¡Los hermanos estaban tan lejos! Todos fueron sepultados en mundos que parecían maravillosos a través de las fotografías y las cartas. Ella y su madre sin hablar, gustando el saborcillo amargo de las cosas muertas, del olvido, del silencio. Las tardes de los domingos comenzaron a ser largas y tristes —no se oía el pregón del hombre de los ajos tiernos, ni el de la mujer que vendía caracoles calientes o agua de cebada; no se podía trabajar, ni ir a comprar a la tienda—. Les pasaban las horas en la oscuridad, solas en aquella habitación con olor a orujo barato y flores de trapo pasadas, con la luz apagada por respeto al contador —«Tanto nos hemos visto ya», «No necesitamos para nada la luz»—. Por la ventana veían pasar la gente. Suspiraban y repetían algún comentario que se sabían de memoria. Hasta que cenaban y se iban a dormir. En la cama, su madre parecía una momia de cartón piedra.

Y, después —¡qué larga es una vida!—, la soledad completa. Los viejos se apagan lentamente. La agonía dura días y días. Ronquidos, estertores, más estertores... Mientras el sueño ronda y la cabeza se hace algo pesado, incontenible; los sueños te rondan cuando das cabezadas, riéndose del afán absurdo de acompañar a un moribundo, como si a los moribundos y a los muertos pudiera acompañarlos alguien

—«Cuando mis ojos fatigados de ver la tierra quieran cerrarse para siempre, entonces, ¡Jesús misericordioso, acuérdate de mí! Cuando mis pies cansados de caminar quieran reposar para siempre, ¡Jesús misericordioso, ten misericordia de mí!»—. Oraciones repetidas una y otra vez, hasta que se trababa la lengua y se decían disparates. Y al final, el entierro todo negro y las vecinas que murmuraban: «Tantos hijos, Señor, y ha muerto casi sola». Sentada en el borde de la cama, pensando, se había quedado fría, a pesar del calor. Miró a su alrededor como si no conociera el cuarto.

La colcha era amarilla, sucia, el armario no cerraba bien y la ventana daba a un patio estrecho como un tubo.

Se asomó.

Se veían más ventanas de los pisos de abajo, más ventanas iguales hacia arriba. Abajo de todo, una especie de patio húmedo, lleno de objetos que debieron haber caído y nadie había recuperado: papeles, un trozo de manguera recomida, una bota y... algo que se movía. Parecía un gato pequeño o... una rata. Lo más probable es que fuera una rata. Se le puso la carne de gallina. ¿Podrían subir las ratas por la pared?

Volvió a sentarse sobre la cama y pensó en su casa. Los viejos objetos: la cómoda, la cama de su madre con el cabecero pintado, la vieja pipa de su padre, el barquito... Todo había desaparecido.

En el balcón del cuarto de Mohatá no hacía tanto calor. Además, desde allí se veía toda la plaza: los coches parados, el guarda cojo con el brazalete verde y el edificio oficial. Como era domingo, en el edificio oficial había una bandera que el viento de poniente apenas movía.

Rosa, acodada en la barandilla del balcón, se desojaba mirando la calle. Una hora, dos horas, casi tres horas, y Roberto sin venir. A veces, los ojos le mentían unos fuegos redondos y voladores, de tanta fijeza que quería poner en ellos. Tenía la boca abatida, con dos arrugas de impaciencia en las que había una tristeza ácida y pasada. La señora Eloísa se hallaba en la misma habitación, pegando Cupones del Hogar en unos cuadernos magros compuestos de interminables hojas de papel de seda. Había algo maquinal en aquel gesto suyo de sacar la lengua para pegar cupones, y en sus ojos encogidos un brillo parecido al de la codicia.

—Con las tres libretas me darán una olla y, a lo mejor, un cazo.

Sabina cosía una puntilla blanca en una ropa de crepsatén azul celeste.

—Tiene muchos cupones, ¿eh?

—Lo menos podría llenar veinte libretas con todos los que tengo.

—Creo que cuesta mucho de llenar una libreta.

—Sí, pero cuando tenía a los tranviarios a comer procuraba comprar en las tiendas que daban cupones y llegué a juntar muchos.

Las almohadas de las camas tienen una huella parda casi circular en el lugar donde se apoyan las cabezas. Las colchas cuelgan más de unos sitios que de otros. En una de las camas duerme Mohatá; en la otra, Tomás.

Rosa sigue absorta en la contemplación de la calle. Desde el balcón la gente se ve pequeñísima. Un hombre en mangas de camisa lleva un melón acepelinado; anda presuroso y los pies resaltan grotescamente debajo de la cabeza y del melón.

—¿Viene Roberto?

—¡Qué va!

Sabina prende el encaje en la tela con unas puntadas pequeñas y muy juntas. En uno de sus ojos hay un orzuelo que le desfigura la cara.

—Lo que haría yo es darle una lección.

Rosa se vuelve en redondo, dando la espalda a la calle. Parece, con su «can-can» y su traje de los domingos una muñeca barata.

—¿Una lección?

—Sí. Me iría con otro.

Rosa mira a Sabina pestañeando. Ha querido pintarse los ojos y parece una máscara de «infeliz-mujer-pintada» en una comedia trágica de Bertold Bretch. Se queda pensativa, silenciosa. Después murmura:

—No es fácil, no.

La voz de Sabina tiene unos tonos rancos, secos, sin vibraciones. Deja a un lado la labor y enciende un cigarrillo.

—A los hombres hay que sacarles el dinero y ponerles las peras a cuarto. Si no se

hace así todo marcha mal.

—¡Sacarles el dinero...!

Los ojos de Rosa se quedan prendidos en el aire. Se le escapa una sonrisita triste.

La señora Eloísa, después de pegar el cupón número diecinueve en una hoja, apunta malévola:

—En cambio, usted aún le tiene que dar alguna pesetita a su novio, ¿eh?

Rosa enrojece y habla apresuradamente, picada:

—Sólo cuando no tiene trabajo. No voy a consentir que él pase necesidad mientras yo tengo dinero guardado.

La señora Eloísa mueve la cabeza como una vieja bruja.

—Los hombres sólo aprecian lo que les cuesta. Son como esa gente que va a comprar en las tiendas de lujo. Lo mismo, en otro sitio, no lo quieren.

Sabina abandona su aire apático. Coloca mejor la silla y cruza las piernas.

—La verdad, señora Eloísa, yo también creo que si una se acuesta con un tío es para sacarle algo, y si no se lo saca tonta que es.

Rosa se pone más colorada. La nariz le resalta como si fuera postiza.

—Pero es que yo no me acuesto con él.

Sabina compone en su boca un gesto canallesco y chasquea los dedos.

—Mira, niña, a mí cuentos no, que ya soy mayorcita. Con los años que andas con él, saliendo de noche y a todas horas, no me harás creer a mí...

Rosa no contesta. Se le empañan los ojos y vuelve a mirar hacia la calle.

—Ya está aquí.

—¿Ya?

La voz se apaga hasta perder toda su vibración.

—No era. No sé cómo he podido confundirlo. No se parece en nada.

Sabina y la señora Eloísa cruzan una mirada de complicidad, de alegría.

Francisco, que recorre la casa de extremo a extremo, echándose frente a los cuartos con las piernas al aire o tirando por debajo de las puertas papeles sucios y tapones de gaseosa, entra, sin pantalones, señalándose la boca, gritando y tirando de su madre hacia la cocina, como hace siempre que quiere comer.

—Espera, espera. Ahora iremos.

Se oyen voces que llegan de la habitación pequeña, la que queda arrinconada y oscura en el recoveco del pasillo. Parece una discusión.

Sabina y la señora Eloísa se quedan inmóviles, escuchando. Francisco, ceñudo, marcha hacia allí. Hace ya rato que por el ojo de la cerradura está mirando Catalina. Se aparta y va hacia su madre.

—Mamá, se pegan.

—¿Quiénes?

—La Manuela y la Anita. La Manuela va en combinación y la Anita está vestida.

—Ve y sigue mirando.

En el cuarto del recoveco del pasillo, que es pequeño y no tiene más que una

ventana muy alta, viven tres hermanos. Dos mujeres y un hombre. Las voces se alzan unas sobre otras y se oyen golpes contra los muebles y contra la pared, y también el ruido de un plato al romperse. Una voz varonil se levanta más que las otras y de pronto todo queda en silencio.

—¿Usted cree que son hermanos?

—Sí, sí que lo son. Hemos visto los carnets de identidad y los tres tienen los mismos apellidos.

—¡Ah!

—Pero dice mi marido que la pequeña se acuesta con el hermano. Que la otra noche, cuando entró a avisarles que quitaran la bombilla, ya estaban los dos acostados y la otra estaba pintando platos, sola.

—Yo creo que con una sola no se acostará. Si acaso con las dos. Harán cama redonda.

Se ríen.

La señora Eloísa se relame como un gato. Sabina, que con el orzuelo parece un extraño pájaro, pregunta interesada:

—¿Y qué pasó con la bombilla?

—Nada. Que como pintan platos pusieron una bombilla de cincuenta y quitaron la que había, salía un resplandor por debajo de la puerta que parecía que era de día. Joaquín, cuando llegó de la fábrica, miró y en seguida se dio cuenta. Entró y les dio un buen escamón. Si quieren más luz que la paguen.

Francisco entra de nuevo y vuelve a estirar de la falda de su madre. Al ver que ésta no se mueve, se tira en el suelo y se pone a patalear y a chillar. Su madre ni lo ve ni lo oye.

—Ya lo creo que me gustaría tener bombillas potentes y teléfono en todas las habitaciones y cuartos de baño individuales.

Se transfigura y añade:

—Pero todo llegará. Pintaré toda la casa y en las camas pondré colchas de organdí blanco llenas de volantes, y en las ventanas cortinas dé tul. Tendremos un buen cocinero y en el comedor varias mesas. Cambiaremos de persianas...

Debajo de la cama de Mohatá se ven un par de calcetines sucios tirados, tiesos, de color indefinido... El espejo del armario está roto por arriba y tiene abajo un cartón de calendario: una muchacha con un turbante rayado que fuma un cigarrillo.

Señor, escúchame:

—El mundo es hermoso y yo lo sé, pero ¿qué quieres que haga? Yo no tengo la culpa de este dolor sin cólera que me llena, ni tengo la culpa de ser como soy.

La otra madrugada, dos parejas, que habían venido a pasar la noche en la pensión, hablaban y se reían en el pasillo, felices. Con ese goce de vivir que tienen los que todo lo poseen. Yo, insomne, daba vueltas en la cama. Hacía rato que los oía. Me puse la bata y me asomé a la puerta. No dije nada. Me quedé quieta y seria en el umbral de mi cuarto censurando, muda, aquellas carcajadas que ni siquiera me habían despertado. Se callaron y se quedaron mirándome los cuatro. Después, se echaron a reír, ruidosamente, sin contención.

Me retiré humillada y furiosa y me lancé hacia el espejo para mirarme. ¿Tan ridícula resultaba? Y... Sí. Resultaba ridícula. Era una solterona llena de envidia por la dicha de los demás. Eso era. Con mi rictus amargo y mi pelo revuelto.

Quisiera darle la culpa a alguien de todo esto que me pasa. He reflexionado. Sólo encuentro pasos mudos de gente que se ha asomado y se ha retirado luego, antes de que yo pudiera notarla. Realmente en mi vida sólo estáis él y Tú.

Todo era él: el sol que entibiaba mi cuerpo y alegraba mis ojos desde la ventana, era él. El agua que en la ducha me estremecía y que al beberla apagaba mi sed, era él. El pan para mi hambre era él, y la fruta jugosa en mi lengua era él... Y decir esto es no decir nada, porque habría que inventar nuevas fórmulas para expresar todo mi amor. Las palabras están gastadas. Las han dicho todos los amantes del mundo y ya no sirven. Nada sirve y nada tiene interés. Todo es triste. La hierba del otoño tiene una profunda tristeza. En ella me hundía, mojándome para ir en su busca. La noche cobijando a las bestezuelas, que silban y se arrastran, es un sonido de tristeza. Ella nos preserva de las miradas de la gente. Y mi hermano, tan querido, y mis hermanas y los amigos de antes, y aquella paz en la que dormía, son ahora mis enemigos porque lo rechazaban a él. Porque lo reprobaban y levantaban estandartes negros contra mi amor. Porque me hicieron imposible para él.

Sólo me queda el dolor y esta desgana de vivir. El mundo puede ser hermoso, pero el mundo está vacío. Sólo me calman estas lágrimas que a veces me escuecen los ojos. Y, ahora, no siempre es posible llorar.

Cuando después de huir de su lado —Dios mío; ¿por qué?— estuve de niñera en aquella casa —«Se necesita señorita culta para cuidar niños»—, la señora, que era rubia y bonita, que tenía cuatro hijos, un marido cariñoso, su madre y sus hermanos que la mimaban, que todo el día se componía y arreglaba armarios con hermosas cosas dentro, me dijo un día: «Temo que usted no va a servirme. La veo como desplazada. Hace las cosas bien, pero tan ausente que temo por el niño. Un niño es algo delicado y usted parece una máquina».

No sé lo que le contesté. Probablemente nada. Tenía razón. Yo estaba seca y nada despertaba eco en mí.

En otras casas no se han dado cuenta. Pero sigo sin encontrar gracia a los niños.

Todos son iguales para mí. El mío, que se convirtió en un río de sangre, hubiera sido el único capaz de despertarme. Pero no vivió. El Limbo. El Cielo. El Infierno. Sí, puede que esta simplicidad sea la que lo explique todo. Una religión llena de conceptos infantiles y simbólicos: la Nada, Dios, el Fuego.

Tomás se sentó en la mesa frente al señor Joaquín y dijo de malos modos:

—¿Qué? ¿Se desayuna o no se desayuna?

Tenía la cara pálida, una cara de animal que no ha dormido bien. El señor Joaquín se acercó a los ojos las gafas, que le habían resbalado hasta la punta de la nariz, y contestó secamente:

—Se espera.

Después, siguió anotando datos, cuidadosamente, en el cuaderno largo y estrecho.

Tomás se levantó y alzó una silla para dar un golpe con las cuatro patas en los ladrillos.

—Yo no espero, porque pago.

El señor Joaquín se quitó las gafas, las dejó sobre la mesa, arregló los carnets, cerró el cuaderno y después dijo:

—Si usted paga, yo estoy en mi casa y hago lo que me da la gana.

Se oyó la voz de la señora Eloísa, desde lejos, desde su habitación:

—¡Joaquín! ¿Qué pasa? ¿Quién grita?

Hacía dos días que a la señora Eloísa le había dado un dolor en el hígado, según decía ella. Le habían hecho un análisis y aún no se sabía el resultado. Explicaba a todos que el médico le había ordenado reposo y que para reponerse se iba a marchar a la aldea. A casa de su madre. A beber leche recién ordeñada y a calentarse por la noche con leña de verdad. Desde que le dio el dolor, la señora Eloísa se levantaba tarde.

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritáis?

Las voces subían de tono:

—A mí no me chille usted, que se va a la calle.

—A la calle me iré si me da la gana.

En las mejillas del señor Joaquín habían aparecido dos rosetones redondos y los ojos parecían querer salir de las cuencas.

—Por eso no me gusta meter en mi casa a gente sin educación.

—El único que no tiene educación, ni la conoce, es usted.

—¡Cállese, muerto de hambre!

—Oiga, sietemesino, que le voy a tentar los morros.

—¿Los morros, a mí?

Salió doña Juanita, tambaleándose un poco sobre sus piernas. La puerta de su habitación hizo un ruido feo, como intestinal, y ella dirigió sobre Tomás y el señor Joaquín, que parecían dos gallos de pelea, una mirada de disculpa.

Al señor Joaquín se le escapaban chispas de rabia.

—Le ordeno que salga de mi casa.

Tomás se dio dos palmadas en una nalga.

—Yo, sus órdenes me las paso por aquí.

La puerta de la habitación de Sabina estaba abierta. Hacía dos días que ésta se dedicaba a recibir visitas. Enseñaba a unas amigas, que nadie había visto hasta

entonces, camisones, enaguas y mantelerías. Decía que se casaba en septiembre.

Doña Juanita, arrinconada cerca de la galería, se llevaba temblorosa las pequeñas manos, abiertas, a los ojos, para no mirar.

El señor Joaquín cogió una silla y avanzó con ella hacia Tomás. Cuando la silla estuvo en el aire se produjo un breve silencio que a doña Juanita le pareció interminable. Se oyeron avanzar unos pasos rápidos y descalzos por el pasillo. Era la señora Eloísa. Flotaba dentro de un pijama grande. Se lo debió de dejar olvidado un huésped y ahora lo aprovechaba ella.

—¡Suelta esa silla ahora mismo! ¡Déjala en el suelo!

Francisco, con un mazo de mortero en la mano, lo miraba todo con los ojos muy abiertos y una sonrisa satisfecha en los labios. Catalina empezó a dar grititos y a fruncir toda la cara con llanto de gran actriz.

La señora Eloísa se plantó entre los dos hombres. Cuando se enfadaba para pelear, su cuerpo adquiría unas aristas inesperadas. Todo se convertía en ángulos y líneas. Hizo poner la silla en el suelo y empujó a los dos hombres contra la pared. La sorpresa les hizo calmarse a todos.

—¿Qué ha pasado? A ver, que yo lo sepa.

Los hombres empezaron a explicar manoteando, como dos chiquillos a los que alguien reprende porque se han pegado. La señora Eloísa, convertida en Gran Juez, escuchó con la cabeza ladeada y al final señaló, dramática y grandiosa, hacia la escalera:

—Ahora mismo coge usted la puerta y se va.

—Me iré cuando me devuelvan las camisas que hace tres semanas di para lavar.

Sabina, con cara de sueño, hacía unos momentos que contemplaba la pelea. Pensó en el balde de ropa que hacía tiempo hedía debajo de los fogones. Alzó un hombro con un atisbo de hilaridad, que paró en seguida porque Tomás la miraba.

—Las camisas no las he podido lavar porque he estado enferma.

—Usted lo que tiene es una cosa que yo sé.

—No ofenda, que a usted nadie lo insulta.

—Pero me roban el dinero. Pago y me dan a comer basura y, además, tengo que ir hecho un guarro porque nunca me arreglan la ropa.

—La ropa ya se la arreglarán.

—Bueno, bueno, ya basta. Lo que quiero ahora es desayunar.

El señor Joaquín, con las manos en la espalda, se miraba los pies: primero uno y luego el otro.

La señora Eloísa se metió en la cocina.

—¡Estos muertos de hambre! Bien segura estoy de que no se irá. A ver dónde le van a dar de comer por cuatro perras, como aquí. Y aún tiene humos. Cría cuervos...

Llamaron a la puerta. Era el panadero. El señor Joaquín salió a recoger el pan. El pan caliente tenía un perfume limpio.

Tomás se había sentado en la mesa con los brazos cruzados sobre el pecho y la

mirada fija en un punto invisible frente a él.

Doña Juanita, sin saber qué hacer de sus manos, se componía los cabellos, y se sentó, todavía temblorosa, frente a Tomás, echando miradas huidizas al señor Joaquín, que se paseaba de un lado a otro, respirando ruidosamente por la nariz.

Catalina chillaba un llanto de rata que nadie escuchaba. Su cara verde estaba llena de regueros sucios, hechos por las lágrimas.

Pasaron Manuela y Anita, una detrás de la otra, como una formación. Una de las hermanas llevaba la botella del aceite, y la otra un cesto y un bidón de hojalata.

—Buen provecho —dijeron al pasar.

Aunque no había aún nada de comida en la mesa, doña Juanita, bien educada, amable, contestó:

—Muchas gracias.

Recuerdo que cuando te lo comuniqué te quedaste silencioso. Luego dijiste, en un tono entre divertido y preocupado: «¿Ves? Con eso no contaba yo, con un bicho. Preferiría un gato». Y te reíste con una especie de cacareo nervioso.

Apoyabas la cabeza en el muro y las estrellas te iluminaban la mitad de la cara. Al mirarte, tenía que mirarlas a ellas. Con el silencio me parecía que cantaban unos grillos lejanos. Tú estabas pálido. De pronto reaccionaste con violencia. Me zarandeaste hasta hacerme daño. Tus uñas se clavaban en mis brazos y tus dientes brillaban entre lo negro que nos rodeaba. Gritaste a la noche, a algo que debías adivinar como una garra cerca de nosotros: «Nadie me lo quitará, ¿oyes? Será mío. Llevará mi nombre».

Y yo me veía crecer con él sin poder explicar nada. Sin poder decir al mundo que la vida, esa cosa milagrosa, estaba dentro de mí. Que un ser nuevo nacería dentro de unos meses. Que sería un hijo mío. Decir todas estas cosas me hubiera hecho feliz. Envidiaba a las mujeres vestidas con batones anchos y ridículos, porque podían exhibir su barriga de embarazadas y todo el mundo sabía lo que ocurría dentro de ellas.

Una mañana sorprendí en mi hermano una mirada de intensa sorpresa. Como si en su casa se hubiera instalado una desconocida y él no la hubiera visto hasta entonces. Otro día lo encontré revolviendo en mi buró, entre mis papeles, y mis cartas. Enrojeció; parecía un ladrón. Yo sentía vergüenza de él y de mí y bajé los ojos. Después sentí miedo. Un miedo tan grande que me paralizaba el cerebro y no me dejaba pensar. Sentí miedo por ti, por mí, por aquella criatura que apenas debía tener forma, por mi hermano, por todos los seres humanos nacidos; por los que aún tenían que nacer... Sentí muy fuerte, hasta casi comprenderlo, el misterio de las fuerzas que nos arrastran hacia el fango, el sueño, la muerte y la vida.

Los días se iban alargando al llegar la primavera. La noche, que hasta entonces nos escondía de los ojos de la gente, iba haciéndose pequeña, cada día más pequeña. De este tiempo sólo recuerdo el miedo, la ansiedad cada vez mayor, la sed de ti... También la falta, casi completa, de esperanza. El futuro era negro, era el vacío de una campana donde no hay aire y se muere el pájaro y la flor. Sólo vivía el presente, las horas en tu compañía. Unas horas intensas como golpes. Me llenaba de sorpresa no encontrarlas impresas en mi cuerpo y en mi cara. No encontrar cardenales oscuros marcados por aquellas horas de besos y delirio.

Con la moto —vieja, polvorienta, gritadora—, al hacerse los días largos nos alejábamos del pueblo. El bosque se abría cerca. Más lejos, como una sábana húmeda, salada, el mar. Nuestro mar tiene a menudo acantilados verticales, profundos... Junto a ellos nacía el monte bajo de lentiscos, de romero y zarzas espinosas. Cerca de nosotros estaban las calas.

A ti te gustaba dibujar un mapa que nos servía como guía en nuestras excursiones. Lo pintabas en un papel liso y llenabas el mar de monstruos marinos y de pulpos. En la costa ponías, con tu letra clara y redondeada, los nombres de las calas: «Cala

Mondragó», «Cala dels Penjats», «Cala Llamp», «Cala de l'home Mort», nombres que nada tenían que ver con el paisaje tan luminoso y tan puro.

De las otras cosas no recuerdo nada. Sólo unas moscas pelmazas, pesadas, que llenaban la casa de mi hermanó. También que alguien, en el colmado, dijo que iban a denunciar a Madó Aina porque criaba un cerdo en el centro del pueblo. Pensé que, a lo mejor, aquella abundancia de moscas tenía esta explicación: la del corral y la del cerdo. Pero la verdad es que no me importaba ni me molestaba. A Madó Aina hacía tiempo que no iba a verla. Meses. Puede que hiciera meses.

Por otra parte, pienso que las moscas que invadían la casa podían tener por origen mi descuido. Casi no limpiaba, hacía los quehaceres rápidamente, para salir a tu encuentro cuanto antes. Lejos de ti languidecía, me moría. Por la noche, al apoyar los labios en mi almohada solitaria, creía notar tus labios sobre los míos, y la fiebre de estar a tu lado volvía a poseerme.

Aplastaba las moscas con una paleta de alambre contra las paredes, contra las puertas. Se quedaban allí tiesas, con las alas de cualquier manera, con restos de intestinos y huellas sanguinolentas en torno... En un cajón de la cómoda estaba el jersey que empecé meses antes, y en una caja de cartón había, también, el cingulo de seda roja, a medio hacer, que se quedó olvidado para siempre...

Debajo de los fogones el balde de agua parda, con ropa dentro, huele a podrido. El cubo de la basura se han olvidado de bajarlo esta mañana y está tan lleno que hay que tirar los desperdicios por el suelo.

—Abre la ventana, que nos vamos a ahogar.

—No sé cómo no cogemos un tifus.

—Es verdad.

A Manuela las greñas negras y largas se le meten en la cazuela cuando acerca los ojos para mirar si ya está frita una carne, esponjosa y roja, que hace saltar el aceite de la cazuela.

Manuela y sus hermanos son de Lorca. Manuela nunca vio bien. Pero allí en su pueblo a las que llevan gafas les llaman cegatas, por lo que Manuela preferiría la muerte antes que ponérselas.

Manuela, Anita y su hermano Augusto tienen el orgullo de pertenecer a la ciudad. En Lorca, la gente es de la ciudad o del barrio. Las dos partes del pueblo están separadas por un puente. Por debajo del puente pasa un río sediento que, sin embargo, a veces se desborda llevándose casas, mulos y cosechas. El río separa a la gente del barrio y a la de la ciudad, que se odian a muerte y organizan peleas a navajazo limpio.

—¿Qué hay para comer?

—Pulmón con cebolla.

—¿Otra vez?

—Y que no falte.

Anita acaba de llegar de la Academia donde da clases. Se pasa doce horas al día encerrada en un cuarto con cuarenta niños apiñados que, en teoría, deberían estar inmóviles escuchándola a ella. Pero, afortunadamente para ellos, no lo están. Doce horas en aquel cuarto que tiene luz fluorescente y está cerca del water; doce horas teniendo que gritar a un montón de niños que no pueden estarse quietos... Anita tiene el aire apagado, enfermizo, y una laringitis que hace que su voz apenas se oiga.

Sabina fríe un huevo en un infiernillo de alcohol.

—¿Todavía tiene la ropa en remojo?

—Todavía.

—Cuando la querrá lavar ya estará podrida. Saltará a pedazos.

Doña Juanita palmorea por el pasillo y, desde la oscuridad, atisba cómo hierve un puchero de patatas en el fogón de la señora Eloísa —¿cuánto tardarán en cocerse?—. Doña Juanita sabe que hay patatas duras y patatas tiernas. Algunas se cuecen en seguida; otras tardan una hora. Doña Juanita preferiría que las patatas que cuecen en el hornillo fueran de las primeras, porque tiene hambre. Palmotea y se aleja. Se pone las manos bajo los sobacos como si tuviera frío.

—Es una marrana.

—Sí, no es muy limpia, y esto del agua podrida días y días, aquí en la cocina, que es donde se hace la comida, no tendríamos que consentirlo. No hay quien pare de olor. Sabina, que ya tiene el huevo frito, lo pone en un plato pequeño. Se hace un

lugar entre las cestas, los platos y envoltorios que llenan la mesa de la cocina, y se sienta allí a comer. Con la boca llena, habla:

—Hace cosa de un año vivían en la pensión unos chicos tranviarios que eran una malva: buenos, pagadores, educados... Por ser la señora Eloísa una guarra, dejaron el cuarto. Iban a ponerse la ropa y nunca la tenían lista. Se pasaba meses y meses sin cambiar las sábanas.

—A lo mejor es que no puede abarcar tanto. La casa es grande.

Sabina bebe agua de un vaso antes de hablar:

—Tuvo una criada andaluza. Era trabajadora y limpia. Pero ella le cogió celos. El señor Joaquín siempre le iba detrás.

—¿El señor Joaquín?

—¡Uy! Es un «vaina». Le gustan todas.

Sabina es un ánfora de curvas que se estrecha súbitamente en la cintura. Tiene un color sonrosado y saludable. Al lado de Manuela y de Anita es un hermoso pez de colores.

—Y sale mucho la patrona, ¿eh? Nunca está en casa.

—Todos los días, a las cuatro, se va. Nadie sabe dónde. Se va sin lavarse la cara, de cualquier manera. Deja a los niños por aquí sueltos y, ¡hala!

—Si tuviera vergüenza lavaría la ropa de sus huéspedes, que para eso le pagan.

Manuela añade cebolla a la carne, que se ha vuelto negra. Hay poco aceite en la cazuela y el hornillo despide humo y un olor ruin a petróleo sucio.

—¡Niña! ¡Qué la quemas!

—No se quema, no.

Anita traga saliva, con la cara de hambre. A Sabina, el gesto de Anita le recuerda una tahona lejana de tiempos de la guerra: la tahona de los soldados.

Ella y su hermana eran niñas y se pasaban el día entero en la puerta. «El Rojo», un soldado recio con un vello rojizo y rizado que le cubría el pecho, a veces les regalaba un chusco. Se lo comían a medias, caliente aún, detrás de una puerta, el portal de casa de las Cariñosas, dos viejas, beatas y calladas, que sonreían siempre.

Doña Juanita vuelve a asomarse a la cocina. No lleva medias y los huesos de las canillas se le marcan azulados, limpios. Mira obstinadamente hacia el puchero de las patatas que cuecen solas, y después se aleja. Lleva una bata marrón con un cordón amarillo. Le viene larga y ancha.

Cuando se aleja de nuevo, en la penumbra del pasillo, Sabina la señala:

—Pronto parecerá el Espíritu de la Golosina; como el otro, el boxeador.

—¡Pobre chico! Es verdad que está muy delgado.

—Cuando llegó aquí era un mozarrón. Alto, fuerte. Pero el empresario, que es un ladrón, lo metió aquí para que le saliera barato, y a él no le da un céntimo...

—Claro; si el chico tuviera algo para gastar se compraría un bocadillo de vez en cuando y no lo pasaría tan mal.

—Pues ya ven: lo pasa negro. Más hambre que Judas. Y, claro, en las peleas

siempre pierde.

Anita hace chasquear los dedos con aire policíaco.

—A lo mejor, al empresario le interesa tenerlo así para encumbrar a otros.

Sabina deja de masticar un grumo de uva que tenía en la boca.

—Pues no había yo caído. Puede que sea eso. Yo vi una película en la que pasaba un caso parecido.

—¡Qué gente más criminal!

—¡Bah! Por el dinero baila el perro.

—¿Y por qué no se va?

Sabina sigue comiendo, mirando el racimo. Pela cada grumo, cuidadosamente.

—Es tonto.

—¡El pobre!

—¡Que se espabile! No se puede andar por el mundo con la boca abierta.

—Yo le plantaba cara al empresario y me iba a mi pueblo, aunque fuera a pie.

—No hables, Manuela. ¿Tú qué sabes de lo que harías si estuvieras en su lugar?

Cada vida es un mundo.

—Eso es verdad.

—Y no se puede decir nunca de esta agua no beberé, por más turbia que la veas.

Manuela husmea el aire.

—¿No oléis a socarrina?

—Sí, huele.

—Es verdad. ¡Qué olor!

—Deben de ser las patatas de la patrona. ¿Les añadimos agua?

—Para qué se va y las deja. Yo no les añadiría.

Pero Anita ha llenado un cazo de agua y la ha añadido al puchero. Se oye barbotar el agua contra el aluminio quemado.

Los primeros días de agosto la pensión se llenó de una gente extraña: una china vestida con una túnica color limón y cuatro negros, grandes, hercúleos, que protestaban, dando voces, cuando no estaba listo el desayuno, cuando la ducha estaba sucia y cuando el pan era duro. Por la tarde, en una de las habitaciones que ocupaban, tomaban todos té, sentados en cuclillas alrededor de un infiernillo de alcohol. Desde la habitación de Sabina se veía. A oscuras, para que ellos no se dieran cuenta, la señora Eloísa, Rosa y Margarita los espiaban y se reían, tapándose la boca, sin saber exactamente por qué. Los cuatro negros eran estudiantes árabes. El señor Joaquín, que parecía una mosca amarilla cuando estaba junto a ellos, lo decía.

Mohatá se pasaba el día mariposeando alrededor de ellos, y los negros le daban azúcar y lo convidaban a tomar té.

La china guisaba su propia comida. En la cocina, con un hornillo muy alto, cocía arroz. Un arroz más pequeño, más alargado, más delicado que el que guisaban las otras. Las realquiladas se apartaban cuando ella pasaba y miraban a distancia, con respeto o envidia, su aire enigmático y su brillante traje de satén.

A doña Juanita le entró miedo de los negros y se pasaba casi todo el día encerrada en su habitación. Allí, arrinconada, se angustiaba pensando que uno de ellos, tan grande, tan fuerte, pudiera entrar y perseguirla. Estudiaba dónde podría esconderse. El único camino que encontraba, después de mucho pensar, era la ventana: echarse por la ventana. Se estrellaría sin remedio. Se imaginaba su cuerpo sanguinolento allá abajo, comido por las ratas. Sudaba con los horrores de estos pensamientos.

Sufría mucho cada vez que tenía que salir al comedor. Las voces de los negros, retumbando como tambores, la estremecían. En el fondo comprendía que tanto horror era absurdo y hacía lo posible por evitarlo. Se esforzaba en imaginar que los cuatro negrotos eran niños: unos negritos pequeños con el pelo rizado y los ojos grandes... De momento la invadía un sentimiento de ternura, pero en seguida, cuando salía y se enfrentaba con ellos y los veía tan gigantescos, se impresionaba. Procuraba dominarse y no correr hacia su habitación, pero las piernas, la barbilla y las manos le temblaban.

Un día le tocó comer al lado de uno de ellos. Todo el rato estuvo mirando las manos aquellas, cogiendo el pan —¡tan negras, Señor!— y temiendo que de pronto le agarraran por el brazo. Durante aquella comida, que le pareció interminable, no probó bocado. Rezó padrenuestros, se acordó de cuando era catequista, allá en su pueblo, y recogía papel de estaño para las Misiones, se acordó también de aquellos calendarios que les daban, en los que estaban retratadas monjas con hábitos blancos que sostenían negritos recién nacidos con la barriga redonda y un ombligo prominente... Aquel día se levantó varias veces de la mesa: a beber agua en la cocina, a lavarse las manos, a ponerse un pañuelo en la cabeza... Al ver que, al final, todos la miraban sorprendidos, no se volvió a levantar.

El único refugio que encontraba era su habitación. Había colocado un crucifijo sobre la cabecera y varias estampas: un ángel con una palma, otro ángel que ayudaba

a pasar unos niños por encima de un puente, casi destruido, sobre un precipicio. En un tazón de loza que compró la otra mañana a un quincallero, tenía agua bendita. A veces rociaba la puerta para que no pudiera entrar por ella el demonio.

En su habitación, con el calor derritiéndose en el aire, se pasaba las horas pensando. Se sentía indefensa, como a la intemperie. Sin techo. Sin paredes... Cualquiera podía entrar y asesinarla; denunciarla por estafa; decir que estaba loca..., y ella no se podría defender ni tenía quién lo hiciera.

Si por lo menos tuviera una casa, un refugio suyo, un lugar donde poder meterse y cerrar la puerta, asomarse a la ventana, andar con zapatillas, en chancleta... Una casa.

Su casa. Los viejos objetos: la cómoda, la cama de su madre con el cabecero pintado, las alpargatas de sus hermanos puestas a secar, todas en fila. Los retratos. Aquellos retratos que tuvo que dejar porque abultaban mucho. Su madre de Primera Comunión; su padre, gordo y con bigote; todos los niños, cada uno de ellos desnudo dentro de una rosa, sentados sobre una alfombra, con un osito, disfrazados de baturro. ¡Si ahora pudiera mirar los retratos!

Cuando mamá murió, su hermano le escribió una hermosa carta. Decía que no podía soportar la idea de saberla sola, que le dolía más la soledad de ella que la muerte de su madre, porque, al fin y a cabo, a todos los viejos les llega su hora y, sin embargo, la soledad de una persona es algo tristísimo, pero que se puede remediar... A su hermano le pareció que ella se sentiría mal con todos los queridos recuerdos de las cosas muertas, y por esa razón la hizo ir a vivir a su casa. Ir a vivir con Santiago había sido, sin duda, el deseo más audaz y más fuerte que había tenido doña Juanita. Su hermano Santiago era, de pequeño, como una bolita rosada. Lo crió ella. A su madre le salió algo extraño en un pecho y no pudo amamantarlo. Cada dos horas le daba ella el biberón. El niño tenía una avidez extraordinaria: respiraba con ganas, chupaba la tetilla de goma con rabia. Recibía con alegría el alimento, el calor, el sol... Había que quererlo a la fuerza. Además, era el más pequeño de sus hermanos.

Cuando fue mayorcito, ella lo paseaba vestido de marinero y le enseñó a dividir. Le ayudó en los deberes de la escuela y le hacía algunas láminas de dibujo lineal cuando hizo el bachillerato. Al marcharse Santiago a estudiar fuera se quedó vacía. Él le escribía largas cartas contándole todo: sus problemas de estudio, los amigos que tenía, las chicas que le gustaban. Luego se casó, y las cartas fueron haciéndose más cortas, más espaciadas. Luego, eran sólo fotos y telegramas lo que enviaba: «Estamos bien». «Felicidades». «París es maravilloso». Pero, al morir mamá, ¡insistió tanto en que fuera a vivir con ellos! Por eso traspasó ella el piso y malvendió los muebles: la cómoda, la cama de su madre con el cabecero pintado, los sillones de mimbre donde se sentaban siempre los viejos, la sillita de los niños...

La casa de su hermano era como una pecera de cristal. Doña Juanita nunca sabía cómo se tenía que sentar. Su cuñada —patilarga y negra—, siempre con el cigarrillo entre los labios, la miraba como si estuviera delante de una silla vieja y estropeada, colocada estúpidamente entre sus muebles brillantes y modernos. En su cara se veía

el desagrado que produce lo antiestético, lo que no guarda armonía con las cosas que nos gustan. Acabó burlándose de ella, poniendo mala cara cuando la veía entrar en el salón, donde siempre había algún extraño bebiendo en unas copas largas de colores...

Allí, en casa de Santiago, llegó a sentirse como en una jaula. Sin alas y sin ganas de volar. Ellos, su hermano y la mujer, casi nunca estaban en casa. Salían de un lado para otro en el coche. A veces volvían de madrugada, borrachos...

Y los niños... ¡cuántas ilusiones se había llegado a hacer con los niños!; eran un niño y una niña que se pasaban el año en un pensionado, donde les enseñaban equitación, inglés, alemán, a jugar al tenis... Por las fiestas de Navidad les dieron vacaciones y estuvieron seis días en su casa. Se movían desmañotadamente de un lado para otro. Aburridos, tristes. Estaban tan desplazados como ella. Parecían crías de gato. Esos gatos que nacen en los trojes, o en los cielos rasos, y que toda la vida son huraños y malévolos.

Lo más probable era que acabara sus días aquí, en esta habitación, teniendo como última visión la mancha aquella de la pared que acababa en punta —«Tendrás más libertad». «Serás independiente». «Nadie te pedirá cuentas de nada». «No tendrás preocupaciones económicas...»—. Su hermano, con su doble dolor, preocupado por su comodidad, intentaba arreglarlo todo. De pronto ella se había convertido en un problema, y por eso él le hacía brillantes discursos intentando convencerla de que la pensión era un hermoso paraíso. Claro, doña Juanita comprendía que después de aquello, después de la pelea con su cuñada, no podía seguir viviendo en casa de Santiago.

Aún ahora no sabría explicarse por qué se rebeló. Lo prudente hubiera sido hacerse la tonta, haber aguantado. Si lo hubiera hecho así, todavía viviría al lado de su hermano. Pero... también algunas veces se preguntaba doña Juanita qué relación había entre aquel Santiago —que a todas horas bebía *whisky*, que contaba porquerías, que transigía con aquel asunto de su mujer— y la bolita rosada que chupaba del biberón con ansia y cogía de su mano con rara seriedad para ir a tomar el sol...

«¡Sí al menos tuviera los retratos! ¡Si estuviera en su casa!». La humillaba tener que comer delante de los demás. Que cualquiera pudiera dar golpes en la puerta del water cuando ella estaba dentro; esperar con la toalla colgada del brazo a que se desocupara el lavabo... Ver continuamente caras extrañas.

Por la noche tenía miedo. Ponía dos sillas y la mesita de noche contra la puerta para atrancarla. Una noche soñó que los cuatro negros eran cuatro demonios con muchos rabos. En cada rabo tenían una cabecita que mordía todo cuanto encontraba. Soñó que los cuatro demonios entraron en su habitación a buscarla. Menos mal que la cama se elevó. Se hizo tan alta que ellos no podían subir. Doña Juanita pasó mucho miedo, pero los ángeles de las estampas salieron a defenderla. Lo que más la angustió fue ver cómo le mordía en un ala al Ángel de la Guarda, una de las innumerables cabezas del rabo de uno de los demonios. Era una cabecita roñosa, igual que la de un gato que vio el otro día por el mercado.

Cuando se despertó y se dio cuenta de que todo había sido un sueño ¡estuvo más contenta!

No es mío el presente. Ni es mío el futuro. El presente no lo vivo, y el futuro no existe ni lo quiero. Sólo tengo el pasado.

El pasado. Un árbol muerto en medio del camino.

¿Recuerdas aquel pino muerto y horizontal? A las diez, la hierba estaba mojada y tú tenías las manos frías.

El pasado, a veces, está para mí condensado en nombres: «Cala Llamp», «La Rodona», «Na Foradada», «El Pantaleu...». Nombres de la toponimia isleña que me quemaban porque son tus ojos, tus labios y tu buen calor cerca de mí.

El pasado es también la casa de mi hermano. El sonido de la campanilla de la puerta y el crujir de las maderas de la ventana cuando soplaban el viento. La voz mansa, sin matices, de mi madre, y el plegar insípido de sus manos.

Como una vieja solitaria a quien se le han muerto todos, yo sólo tengo recuerdos. En mi vida ya no hay sueños.

Y, sin embargo, quisiera soñar. Estar ciega y no ver el túnel negro que me aguarda. Seguir soñando con un futuro tuyo y mío. Quisiera pensar en una casa nuestra: podría estar asomada a un valle verde y tranquilo, con unas montañas plácidas al fondo. Con unas montañas acompañadas de otra, agresiva y pelada, con un solo pino entre la roca, que despertara el deseo de ir hasta ella para tocar su tierra y las agujas del árbol solitario. Nuestra casa podría, también, asomarse al mar: a un acantilado vertical del que subiera la espuma salpicando. O a un callejón sucio, con ropa mojada en las ventanas y gatos flacos por la acera, entre niños que jugaran a la pelota.

Tendríamos una habitación con libros; cuadros colgados y una pequeña estufa de hierro sobre la cual, en un pucherito cocerían un puñado de hojas de eucalipto. No necesitaríamos palabras ni casi miradas para entendernos, y el trabajo, por duro que fuera, sería algo bueno, con una finalidad.

Ahora, tu vida; mi vida: una línea de la mano, truncada por crucecillas imperceptibles, por cortes y tajos bruscos, desesperados. Por una interrogación negra en forma de gancho. Tu vida. Mi vida. Un camino hermoso que, de pronto, se hunde en una pesadilla. Algo roto e inútil. ¡Si al menos pudiera luchar! Si pudiéramos romper a mordiscos estas ataduras y así, libres, escapar hacia los caminos claros. Volver atrás en el tiempo. Huir, locamente, alegremente, de ese gigante que nos fuerza a ser lo que somos y nos obliga a andar por donde él quiere. Somos enanos rodeados de enanos, y los gigantes se esconden para reírse.

Eres enano tú.

Soy enano yo.

Es enano Mohatá, el boxeador, que busca una quimera de oro o simplemente el pan seguro, con sus puños. Que cae y se levanta bajo las luces fuertes y los silbidos de la multitud que le exige fuerza y crueldad... Sabina, que desea el traje de seda, el coche y la casa de pisos, y el hilo de ese deseo es el que la hace darse al primero que llega y así es como pretende elevarse sobre su pequeñez de enana, hija de enanos.

Enano el sefardí, inepto y débil, que se defiende torpemente contra la miseria y a quien la vida vence.

Enano el viejo, el débil, el enfermo, el compasivo y el sentimental. Todos enanos. Todos vencidos por algo superior a ellos, más fuerte que ellos, más grande. Algo que, a veces, anida en su propio ser formando parte de su espíritu.

El mundo es un gigante. Y el mundo dice que no se puede depositar todo el amor en una persona. Es fácil fracasar amando a alguien hasta el extremo de excluir a todos los demás. Es fácil perder, amando como yo te amo a ti. Es mejor repartir el amor. Convertirlo en fuegos artificiales y hogueras de paja. Repartirlo entre los pobres y los pajarillos, entre el poderoso y nosotros mismos. El mundo sabe que lo que se reparte se hace pequeño y que amando poco se es feliz. Mi madre lo decía sabiamente. Paga tus deudas. Sé casta y prudente. No ames con exceso. Mi madre morirá rodeada del respeto de propios y extraños porque: «La mujer prudente edifica su hogar y la necia todo lo destruirá», y ella ha sido prudente.

Mi rebelión ha sido excluir a los demás y amarte excesivamente. Ha sido mi gran pecado. Por eso vino el castigo y nacieron en mi corazón grandes monstruos que hicieron imposible tu felicidad y la mía. Por eso cuando, después de muertos —todos muertos, Señor, carne que se pudre, tierra—, comparezcamos ante el Ángel mudo de la balanza, entonces, las pesas pequeñas, de cobre o de espíritu, equilibrarán el platillo en que se hayan depositado las plumas y los abalorios, el andrajo y el zapato de piel de guante que perteneció a un niño... Todo se equilibrará y vendrá para los muertos la Paz, el permanecer entre los Querubines, los Santos, las Vírgenes y los Profetas... Y cuando me llegue la vez, y yo, menuda y débil —todos enanos, Señor —, presente mi corazón con la sangre reseca, presente mi corazón y unos sueños gastados, ¿qué pasará?

«El primer animal parecido a un león, el segundo a un becerro, el tercero con cara de hombre y el cuarto semejante a un águila volando, cada uno de los cuatro con seis alas por fuera y por dentro llenos de ojos» me señalarán, gritando palabras que yo no entenderé. Y yo y mi pobre cuerpo y toda mi vida vacía irán a quemarse con la de los otros enanos, con la de los desheredados y la de los torpes.

El día en que empezó la criada, la señora Eloísa se puso un vestido negro, con unas hojas de azabache bordadas en la pechera, y se paseó toda la mañana por la casa con zapatos de tacón alto.

La chica era alta y gorda. Se llamaba Pilar.

Aquel día se comió bien. Hubo cocido y ensalada. Nadie tiró caldo al suelo, y hasta los niños mantuvieron un extraño silencio que llenaban de miradas a la criada.

—Aquí estará como en familia.

—Comerá en la mesa con nosotros.

—Si nosotros bebemos vino, usted beberá vino.

La chica trabajó toda la mañana y a todos les pareció discreta y llena de buena voluntad, pero, después de comer, dijo que estaba mareada y se recostó en una silla contra la barandilla de la galería. Llovía y la galería estaba mojada.

—¿Mareada? ¿Qué le pasa?

—Nada; que me duele la cabeza.

—¿No estará usted embarazada?

—No, señora.

Aquellos días Sabina no se movía de casa. Seguía recibiendo visitas y enseñaba a todos la ropa que se había hecho para casarse. La señora Eloísa estaba de buen humor y le permitía tener a todas horas la bombilla encendida.

Llamaron a la puerta. Salió la chica a abrir. Era una señorita alta y huesuda. Llevaba una gabardina mojada y deslucida que se apretaba muy fuerte a la cintura con un cinturón ancho.

—¿Sabina Sánchez?

—¿Sabina Sánchez? —chilló la chica.

La señora Eloísa, que vigilaba de pie en el comedor, contestó:

—Sí, sí, aquí.

La amiga de Sabina, que cuando andaba parecía un trípode medio desclavado, siguió a la chica, que golpeó a la puerta de Sabina.

—Adelante.

La amiga de Sabina traía el pelo empapado, y la gabardina, al escurrirse, formaba a los pies de ella un pequeño charco. La señora Eloísa seguía amablemente a todas las visitas de Sabina.

—Traiga, traiga y se la pondremos en la cocina para que se seque.

—Vengo calada. Estoy segura que cogeré una pulmonía.

La amiga de Sabina se llamaba Adoración.

—¿Llueve mucho, Adoración?

—Las Ramblas venían como un río. He tenido que cobijarme en un portal lo menos media hora.

—Hay que ver qué tiempo, ¿eh? A este paso en seguida estaremos en invierno.

—Sí, pero a los hombres, aunque haga mal tiempo, no se les quitan las ganas de tocar.

—¿Por qué dices eso?

—En el portal donde me he metido estaba lleno de gente. Claro, esta lluvia ha pillado a todo el mundo sin paraguas...

—Los chubascos siempre son de repente. Una vez...

—Pues había uno que va y ¡plaf!, con disimulo, me pone la mano aquí.

Adoración se señala el trasero.

—Le he dado una torta que sé de cierto que no le habrán quedado más ganas.

Se queda meditando un momento:

—Y ahora que me acuerdo, he oído ¡clic! después de darle el golpe. Se le deben de haber roto las gafas que llevaba. ¡Me alegro!

Las camas, las maletas y todo el espacio donde cabe algo está lleno de camisones, mantelerías...

—¿Y qué ha contestado el hombre?

—¡Qué va a contestar! Se ha ido calle abajo con toda el agua cayéndole encima.

La señora Eloísa manosea las prendas, las cambia de sitio, se las prueba.

—No me hable de los hombres. El otro día iba yo por la calle de san Ramón...

Sentada en una silla, junto a la ventana, Margarita, que con Rosa y Sabina ocupa aquella habitación, mira, sin ver, el zócalo que algún día fue azul verdoso y ahora está resquebrajado y de un color indeterminado. Se imagina allí, tirada de cualquier modo, una cabeza rota, sanguinolenta con los ojos quietos e increíblemente abiertos.

La señora Eloísa, mientras habla, coge una combinación por los tirantes y se la coloca sobre el vestido. Luego la mira ladeando la cabeza. A Sabina se le crispa la cara, pero no dice nada.

—Mire qué preciosidad.

—Es de sueño.

—¿Verdad? Yo ya lo digo.

Miran las prendas profiriendo exclamaciones, y Sabina abre el armario para sacar más.

—Y don Benito, ¿qué dice?

—Está contento.

—Es todo un señor.

La alabanza es de la señora Eloísa, que ha recibido hace pocos días un regalo de don Benito: «Por las molestias. Y ya lo sabe. Les esperamos en la boda».

Don Benito. Un sapo satisfecho con su cabeza cuadrada y sus dientes postizos. Sabina no quería pensar en él. Quería desligar la sensación desagradable que le producía su recuerdo de la satisfacción de haber conseguido lo que quería: una casa, un buen pasar, ser doña Sabina.

La señora Eloísa tenía entre sus manos un salto de cama rosa y se lo restregaba contra la cara para notar su suavidad. Sabina se lo quitó bruscamente y lo sacudió golpeándolo con la mano.

La señora Eloísa frunció los labios y levantó la barbilla, como una gata hubiera

levantado el rabo.

—Parece que le molesta que se lo toquen.

—Claro que me molesta. Va a parecer un trapo cuando me lo vaya a poner.

—¡Uy! Es de oro.

—Si no es de oro a nadie le importa.

Margarita, que seguía inmóvil, en la misma posición de antes, con los ojos enrojecidos y vestida de luto, que parecía no oír nada, chilló de pronto:

—¡No puedo más!

Y se escapó corriendo de la habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó Adoración, muy extrañada.

—Nada. Una desgracia que pasó el otro día.

—¿Una desgracia?

—¡Pilar! —llamó la señora Eloísa.

La criada acudió, excitada, obediente.

—Diga, señora.

La voz de la señora Eloísa tenía unos timbres nuevos, parecidos a los de las teclas del piano de la señora del médico, cuando hablaba con la criada.

—¿Dónde ha ido la señorita Margarita?

—Está en el lavabo. Dice a gritos que se matará. Que no puede vivir siempre con la luz encendida. Siempre oyendo hablar. Sin poder acostarse...

Adoración abre los ojos sin comprender nada.

—¿Dónde duerme?

Sabina señala una cama, sobre la que un amplio camisón, lleno de encajes, tiene las mangas, abiertas, anhelantes.

—Aquí.

—¿Y qué le pasa?

Sabina ha encendido un cigarrillo y se ha sentado en el borde de la cama. Dice, despectiva:

—¡Bah! Se le murió el novio.

La señora Eloísa mira su anillo y después la bombilla. Sabina lanza el humo con fuerza. Pilar se atropella hablando:

—El novio iba en un autobús que chocó con un tranvía. La cabeza le rodó por el suelo.

Adoración está conmovida.

—¡Qué mala suerte!

—Sí. Dicen que la sangre salió, como un surtidor, del cuello, y que los brazos se movieron hasta que salió toda.

La chica, mientras habla, junta las manos, se muerde las uñas, se pellizca la cara.

—¡Uy!

Sabina bosteza. Alisa con la mano una mantelería que tiene unos patos amarillos bordados.

—Pero dicen que novio, lo que se dice novio, no era. Que la había acompañado sólo un par de veces.

—Pues ella dice que eran novios y se iban a casar.

—¡Las ganas!

—Lo que pasa es que ella, en seguida que se enteró de la desgracia, se fue a ver a la madre y se hicieron las dos uña y carne.

—¿No se conocían?

—Dicen que no. Pero que ahora se van al cementerio y se pasan aullando dos horas.

—Ella viene descompuesta.

—¡Pobre chica!

Sabina se ha quitado un zapato y mira fijamente la suela.

—Ésa lo que quiere es llamar la atención. El ataque de histeria que le ha dado ahora no es más que rabia, porque estos días todos estaban pendientes de ella y hoy nadie le hacía caso.

—Todo cansa.

Llaman desde el comedor. Es uno de los negros que pide el listín telefónico. Sale Pilar a buscarlo. Vuelve al poco rato diciendo que no lo encuentra. El negro protesta farfullando algo en una lengua extraña. La señora Eloísa se pone a buscarlo también. Al cabo de media hora lo encuentra en la habitación de doña Juanita, que se lo entra allí para leer.

—Traía dos kilos de pan, y mire: todo mojado.

La señora Eloísa se rió, abriendo desmesuradamente la boca y mostrando sus dientes puntiagudos y negros.

—Así cundirá más.

Manuela lleva el pelo goteando, formando pequeños tirabuzones al lado de la cara.

—A mí no me hace gracia. Se lo aseguro.

El agua de la lluvia salpicaba desde la galería y había formado un charco en el comedor. Los niños jugaban con el serrín, que la criada había echado, y hacían pequeños montoncitos en forma de pirámide, riachuelos, lagos, montañas...

—Ahora haremos una cabaña y vendrán unos caballos salvajes para que les demos de comer. Nosotros les daremos pienso y luego los cogeremos prisioneros.

Manuela mira con disgusto los dos panes de a kilo que el agua ha hinchado hasta convertirlos en algo monstruoso.

—El otro día dejé yo el mío junto a la ventana y también llovió. Se me mojó y tuve que bajar a comprar más.

—Pues yo no compraré más. Ya veremos lo que pasa.

La señora Eloísa estira el cuello hacia el pasillo, para mirar a Mohatá y al negro Rolando, que se van a la calle. Se han hecho muy amigos. Mohatá está a todas horas en la habitación del otro, y la señora Eloísa, aunque ha escuchado muchas veces junto a la puerta, no ha oído nada. Sólo la música del transistor puesta a toda marcha.

Manuela seguía de pie, chorreando agua, sacando y volviendo a meter de la bolsa, después de mirarlos, con precaución, los dos panes.

—Es casi seguro que no se lo querrán comer, tan mojado.

—Desde luego, es que la gente, cuando no hay guerra, hay que ver lo señorita que se hace. Dicen que hay hambre, que no hay trabajo, que la comida está cara... Yo no lo creo. Por todas partes se ven mendrugos. Mendrugos por la calle, por los portales... Ni los pobres que piden limosna quieren pan. Les das y te lo tiran a la cara.

Se oyó un portazo. El negro y Mohatá habían salido. Se oían retumbar los escalones con el peso de sus pies.

—¡Si hubiéramos tenido este pan cuando la guerra! Un festín, habríamos organizado.

—Nosotros comimos hasta carne de burro, y eso que papá...

Se oyó el timbre de la puerta. Era Pilar.

—Señora. Me he tropezado con Mohatá y Rolando. ¡Rolando me ha hecho un saludo!

La señora Eloísa saca su postiza voz de tecla.

—¿A dónde irán a estas horas?

La chica todavía respira con trabajo, después de subir la escalera.

—Mohatá lleva un mambo de colores que parece de tela muy buena. Es nuevo. Se

lo debe haber regalado Rolando.

—Seguro.

En la galería, colgada de un clavo, está la jaula con el jilguero. Nadie se ha dado cuenta. El jilguero, giboso, empapado, estira las alas hacia abajo hasta taparse las patas. Las uñas del jilguero son tal largas que al dar la vuelta al palo forman un arco que se junta por debajo.

—Ese Mohatá, desde que están los negros, ni va a la gimnasia de por la mañana ni a los ensayos de por la tarde. Ayer me llamó Palacios por teléfono preguntándome si estaba enfermo.

—¿Y usted qué le dijo?

—A mi no me gusta decir mentiras. Le dije que todo el día anda detrás de los negros. Que con ese Rolando está que le cae la baba.

—¿Y a usted le paga?

—¡Ah! Eso sí. Más puntual que nunca. Hasta me dio dinero anteayer para que le llevase el traje a la tintorería. Quisiera que hubiese visto usted cómo estaba de manchas. Un desnudo, lo ve tirado en medio de la calle y no lo recoge.

—Eso debe ser que le dan dinero los amigos.

—¡Claro! Pero, desengáñese, nadie da nada por nada. Si le dan dinero, por algo será.

La señora Eloísa pone los ojos en blanco y señala al cielo, como poniéndolo por testigo.

—Y es que en esta pensión pasa cada cosa, que ríase usted de las novelas.

La china planchaba su túnica amarilla. Iba envuelta en una toalla a rayas grandes, que llevaba amarrada a la cintura con dos cordones de zapato.

—Una vez tuvimos aquí uno que decía que era contable. Se llamaba don Teófilo. Don Teófilo Nosequé. No me acuerdo del apellido. Cuando venga mi marido se lo tengo que preguntar. Seguro que lo tiene anotado ahí, en el cuaderno.

Manuela cambiaba el peso de su cuerpo, primero en un pie, luego en otro.

—No importa el apellido.

—Bien. Pues don Teo no podía ver a las mujeres. Se pasaba el día despotricando que si las mujeres eran un asco, que si no servían para nada... Decía pestes.

La china sostiene la plancha en el aire y parece estar escuchando. Sus ojos son dos rayas largas y oscuras que no se sabe hacia dónde miran.

—Pues... ¿A que no sabe lo que pasó?

La expresión de la cara de la señora Eloísa promete misterios, chismes, adivinanzas...

—No sé.

—Un día me telefonearon que lo tenían en la Comisaría. El comisario, un señor muy amable, me preguntó que si vivía aquí don Teófilo Soldevila. Eso, Soldevila se llamaba de apellido.

—¿Qué había hecho? ¿Robó?

—¡Qué va! Iba mucho al «Maravillas», ese cine de dos pesetas. Allí se sentó al lado de un niño de ocho años y se quiso aprovechar de él. Pero el niño gritó. Se encendieron las luces y se armó un jaleo como usted no se puede imaginar... La cuestión es que cogieron a don Teo y se lo llevaron.

—¡Qué cosas pasan! Parece mentira.

—¡Uy, si yo contara todo lo que he visto y sé...!

Manuela se asoma a la galería y mira hacia arriba. El cielo está claro otra vez.

—Ha salido el sol.

—Este tiempo está loco.

—¿Y si pusiera mis panes al sol? ¿Se secarían?

—Yo creo que sí.

—Pues los voy a subir.

Manuela deja la bolsa y con los dos panes se va escaleras arriba. Cuando está casi en la azotea, la señora Eloísa le grita:

—Póngalos sobre una toalla. Se secarán mejor.

En la boda de Sabina todos comieron como cerdos. Al día siguiente andaban pachuchos y tenían mala cara. El que más y el que menos había tenido un cólico.

El casamiento resultó muy lucido. El altar estaba lleno de flores. Sabina había conseguido averiguar el día y la hora en que tendría lugar una boda de postín. Una hora después se casó ella. Así aprovechó los adornos del altar sin que le costaran un céntimo.

Toda la gente de la pensión estuvo invitada, y el señor Joaquín, adornado con su Gran Cruz al Mérito Militar, o lo que fuere, fue el padrino. Además, Anselmo, Tomás y Pepe, el hijo de la portera, fueron testigos.

En uno de los últimos bancos, sumergido en una penumbra, estaban doña Juanita, los niños y Pilar, la criada.

—¡Qué vergüenza! ¡Uy, qué vergüenza...!

Pilar se ruborizaba y repetía casi gritando:

—¿Y ella no tendrá vergüenza de casarse y que todos la vean y todos lo sepan?

Margarita y Rosa, con unos jerseys amarillos de cuello grande, estaban delante de ellas.

—¡Qué tontería! ¿Y por qué tiene que tener vergüenza?

—No sé. A mí me parece que todas las novias deben de tener mucha vergüenza.

Doña Juanita les decía a los niños:

—¿Veis? Esto es la iglesia: la casa de Dios.

—¿Y aquí vive Dios?

—Sí.

—¿Y dónde está?

—En el Cielo, en la Tierra y en todo Lugar.

En el altar, arrodillados en los reclinatorios, don Benito y Sabina se casaban. Con un timbre limpio, el acólito, un niño gordito, decía, canturreando, palabras y frases latinas y, de vez en cuando, hacía sonar la campanilla. El perfume de las flores formaba una especie de vapor irrespirable. Algunas moscas revoloteaban zumbando.

Margarita y Rosa llevaban un tocado de plumas blancas aplastado sobre la cabeza. Se lo hicieron la noche antes con unas plumas que les proporcionó la pollera de la esquina. Eran plumas de pechuga de gallina, de debajo del ala, pegadas con goma plástica en una cinta de terciopelo. Margarita ya hacía rato que lloraba. Rosa, que tenía la nariz tan brillante que parecía postiza, siseó:

—¿Por qué lloras?

—Porque me acuerdo de cuando se casó mi hermana.

Doña Juanita se desabrochó su abrigo de invierno. Hacía calor. Estaban pasando un septiembre bochornoso, con días de lluvia y sol alternándose. Los niños no se estaban quietos un momento. Además de Francisco y de Catalina, habían venido la sobrina del escultor, que tenía cuatro años, y dos niños mellizos que eran conocidos de la comadrona, la amiga de la señora Eloísa.

Catalina preguntó:

—¿Qué quiere decir «te morde» Dios? ¿Muerde Dios?

—No. Quiere decir que hay que tener miedo de Dios.

—¿Por qué?

—Por si nos lleva al infierno.

—¿Es malo, Dios?

—No, es infinitamente bueno.

—Pues ¿por qué lleva al infierno?

La señora Eloísa, vestida de manola, con una mantilla y una teja que le había dejado la señora Carmeta, la alegre vieja que friega la escalera, conversaba con la comadrona en uno de los primeros bancos.

—¿Y qué pasó con Mohatá?

—Pues, chica, que el mismo día en que se fueron aquellos negros que tuve, ¿te acuerdas?, desapareció. Se llevó su equipaje y el de Tomás.

—¡Qué sinvergüenza!

—Ya ves. Y parecía una mosca muerta.

—¡Pasa cada cosa!

—¡No me digas! Todo el que pueda vivir tranquilo, sin tener ningún negocio, está en la gloria.

—Ay, sí, chica. Yo, ahora que no ejerzo, estoy encantada. Sólo vivo para mi chatita y para mis pollos. Tengo dieciocho pollos...

—¿Quién es tu chatita?

—¡Quién va a ser! ¡La niña!

—Ah, sí, la niña. ¿Cómo está?

—Muy bien. Pesa ochenta y seis kilos, pero ahora ha empezado a hacer régimen. Por la mañana le pongo un panecillo con un tomate de esos tan coloraditos y tan buenos, bien empapado de aceite. Su café con leche... Cuando se levantaron los novios, todo el mundo se puso en pie. El estudiante Anselmo miró la cara de Sabina y tuvo miedo. Aquellos labios plegados hacia arriba, aquellos ojos... Era igual que la Gioconda. Años atrás, él tenía en la cabecera de la cama una reproducción del cuadro de Leonardo. La tuvo que quitar. Al mirarla, creía notar que la cara cambiaba de expresión: primero sonreía, luego no tanto, luego se quedaba seria. Una noche se puso tan nervioso que no tuvo más remedio que descolgarla. La metió debajo del colchón y se pasó dos horas fumando, sin poder dormir. No le cabía duda de que Leonardo, al pintar la Gioconda, quiso pintarse a sí mismo, a su propio espíritu o tal vez a la Muerte y... ¿por qué no al Diablo? Y ahora, Sabina...

A don Benito se le había dormido una pierna mientras estuvo arrodillado en el reclinatorio. Cuando avanzó por la alfombra, casado ya, cojeaba aparatosamente. Las punteras negras de sus zapatos brillaban como escarabajos a los que ha limpiado la lluvia. Después de la Epístola de San Pablo, después de ponerle el anillo a Sabina, había tenido un momento de lucidez y se había quedado mirando a aquella mujer, como un labrador ambicioso que ha arrendado mucha tierra y de pronto se da cuenta

de que es demasiada para trabajarla él solo.

Todos besaban a la novia. La señorita María también fue. Sabina le dio un capullo de azahar. La señorita María se lo estuvo mirando, entre emocionada e irónica, con una tremenda tristeza.

—Que seas muy feliz.

—Gracias. ¿No vas a ir al convite?

—No. No estoy muy bien. Me voy a casa.

La cara de la señorita María estaba lívida. A Sabina, que la noche antes había soñado con cementerios, le recordó una calavera.

Para el banquete se pusieron tres mesas largas, grandes. La portera llevaba una bolsa de lona para meter dentro todo lo que pudiera.

—¡Qué poca vergüenza!

—¿Ha visto?

El señor Joaquín, con el traje negro de cuando se casó, presumía en la presidencia de la mesa de los novios, cerca de Sabina y de don Benito.

—Ven ustedes las cosas que hay aquí: ensaimadas, bizcochos, tartas, bocadillos de *foie-gras*, de jamón... Pues esto no es nada. Si hubieran venido a la Gran Comida Oficial de hace dos años... Aquello sí que era comer. Esto, allí, era para abrir boca.

Doña Juanita, que mojaba ensaimada en el chocolate y le daba a Francisco, lo miró un momento, asombrada.

—Sobraba de todo: los pollos, el jamón, las patatas fritas... A mí, como soy ex-cautivo, me dieron todas las invitaciones que quise. Fuimos todos: mi señora, los huéspedes, la familia, la portera, su hijo...

A la hora del champaña todos chillaban, brincaban y pronunciaban discursos. Apareció un hombre delgado, pequeño, con una cara muy triste, que se puso a tocar la guitarra. Nadie lo miraba ni lo escuchaba.

A la señora Eloísa se le había torcido la teja y hablaba sin parar:

—Yo tuve una vez un premio en un concurso de baile de resistencia.

—No lo sabía.

—Pues sí. Yo hacía de chico. Me llamaban el Paquito.

—No me diga.

—Estuve siete días con sus noches en una pista bailando. Teníamos el número veintitrés. «La pareja veintitrés», nos llamaban.

—¡Viva la novia!

—¡Viva!

Todos aplaudían. Rosa y Margarita, muy coloradas por la bebida, lloraban. Francisco, con la cara llena de churretes de chocolate, se arrastraba por debajo de las mesas.

Abiertas o cerradas, las cajas diminutas aparecían diseminadas por la mesa, encima del hule. Las que estaban abiertas mostraban un forro de raso azul, violeta o rosa, y las otras tenían una goma pequeña alrededor de la tapa.

Casi todas contenían pedacitos de algodón teñido debajo de las baratijas. La feriante manipulaba los pendientes y las sortijas con la rapidez y la habilidad de un taxidermista.

—Fíjese en éstos. Brillantes de dieciséis caras y oro de veinte quilates.

La señora Eloísa cogió uno de los pendientes, se lo acercó a la oreja y fue hasta el cristal de la galería, que estaba cerrada, para mirarse.

A un lado de la mesa, el señor Joaquín escribía lentamente, cuidadosamente, en un papel de cartas rayado, que apoyaba sobre su cuaderno de entradas y salidas:

«Distinguido señor:

»Después de saludarle atentamente, paso a decirle que deseo que su salud sea buena. Yo quedo bien, gracias a Dios, y a sus órdenes para lo que quiera mandar.

La feriante cerraba y abría las cajas. Ocupaba, con su marido y cuatro niños, la habitación que daba enfrente de la cocina. La lluvia de aquellos días les había inundado el barracón donde solían vender, dormir y hacer la comida.

—¿Y qué pide por estos pendientes?

—Sólo mil quinientas.

Desde la cocina llegaba una algarabía enorme. Hacía meses que el señor Joaquín había puesto una ratonera en la galería. Tenía la remota esperanza de atrapar a alguna de las ratas que a veces se encaramaba por la pared del patio. Por fin, la noche antes, había caído una rata. En la cocina se hallaban casi todos los huéspedes y discutían el mejor medio para matarla. El feriante, cuadrado y bajo, era el que dirigía aquello. Elevaba la ratonera dando grandes risotadas de actor, y de vez en cuando se pellizcaba su nariz de payaso, para limpiarse la moquita, clara como agua, que se le escapaba por ella. Sus cuatro niños, casi iguales, chillaban levantando los brazos. Francisco lloraba para que le dieran la rata, y Catalina miraba y escuchaba, conteniendo la respiración. De vez en cuando salía corriendo al comedor para contar lo que pasaba.

—Mamá, dicen que la meterán en un cubo lleno de agua hasta que se ahogue.

El señor Joaquín continuaba, absorto, escribiendo:

«El motivo de mi carta es el siguiente:

»En esta casa, que pongo a su completa disposición, teníamos hospedada desde hacía algunos meses a una señorita llamada María Robles Martorell. Dicha joven, el día veinticuatro del mes pasado, murió en el Hospital de San

Pablo de esta capital.

—Mil quinientas pesetas son muchas pesetas.

—¡Qué cosas dice usted! Oro de ley. Brillantes ¿Y lo encuentra caro? ¡Se oye cada cosa! ¡Mujer, no me diga!

—Por mil, a lo mejor me los quedaba.

—Está loca. Conque he pagado yo mil trescientas.

«Me dirijo a usted porque al mirar los papeles de dicha señorita (q.e.p.d.), no hemos encontrado dirección personal alguna. Los papeles se reducían a un cuaderno grueso, escrito hasta la mitad, con su letra, y un manojo de cartas que tenía guardadas dentro de una caja de cartón. Estas cartas, todas de la misma letra, tenían en el remite de los sobres la dirección de usted y su nombre. Por lo que me he tomado la libertad de escribirle.

»Como supongo que le interesará conocer detalles sobre la muerte de la señorita María Robles, le diré que dicha señorita se sintió enferma dos días antes de morir, y entonces llamamos al médico, que vive en el tercer piso de esta casa...

—Mamá, dicen que le van a pinchar la cabeza con una aguja de hacer calcetines.

—Más de mil no puedo dar.

—¡Venga, no se haga la pobre! Estos pendientes por mil quinientas son regalados. Fíjese en los colgantes, qué filigrana. Ni siquiera se nota por dónde están unidos. Parece trabajo de chinos.

La feriante es gruesa. Está de pie con las piernas separadas. Sus pies, calzados con zapatos de suela de corcho, pisan muy firmes en el suelo. La señora Eloísa abre y cierra cajitas, quitándoles la goma, y juguetea con el pendiente que tiene en la mano.

—Hay otros que también son preciosos y más baratos. En realidad los tengo vendidos, pero...

«El médico, al reconocerla, ordenó una operación urgente, pues la señorita María padecía una peritonitis con complicaciones. El mismo médico la recomendó al Hospital, del que es cirujano, de donde enviaron una ambulancia para recoger a la enferma.

»El día veinticuatro, a las diez y media de la mañana, la operaron. Después de la operación se le produjo un colapso a consecuencia del cual murió.

Las palabras desfilaban de una en una por los labios de la feriante. Se escabullían y salían más. El movimiento de su boca era tan rápido como el de las cartas de una baraja extendida y vuelta a plegar ante unos ojos curiosos. La señora Eloísa hacía dengues ante los colgajos de oro.

- Es que éstos son demasiado largos. Me gustan más los otros.
 —Lo que pasa es que es usted una persona de gusto y prefiere lo bueno.

»Por otra parte, y sintiendo mucho tener que mencionarle estos asuntos, le participo que la señorita María Robles adeudaba en mi pensión dos meses de habitación y otros gastos, que a continuación detallo:

Por dos meses de habitación	400— ptas.
Por 8 comidas	200— ptas.
Por lavado de ropa	40— ptas.
Por 3 desayunos	18— ptas.
Por una caja de «Medomina»	26'70 ptas.
Por aspirinas, manzanilla, etc.	18'60 ptas.
Total	1703'30 ptas.

La letra del señor Joaquín era pulcra, detallada. Un día, el estudiante Anselmo, que, entre otras cosas, coleccionaba arbolitos dibujados por la gente, le pidió al señor Joaquín que le hiciera un árbol. El estudiante Anselmo decía que un árbol nos retrata mejor que el más sabio de los psicólogos. El señor Joaquín trazó delicadamente las hojas, los tallos, nerviaciones, peciolos, haces y enveses. El árbol del señor Joaquín, que le costó una hora de dibujar, era un árbol detallado y minucioso que salía de un tiesto cilíndrico.

—¡Papá, mamá! ¡Ya la matan! ¡Ya la matan!

El griterío de la cocina iba en aumento. Catalina salía a cada minuto, excitada, temblándole las manos. También salió una vez el feriante. Llevaba una camiseta a rayas, con las mangas muy cortas, por las que asomaban unos enormes bíceps, redondos, uno de ellos tatuado con un perfil de mujer. Mostraba una aguja de hacer media oscura y oxidada:

—Vamos a banderillar. ¿Quieren venir?

Los del comedor no parecieron oírlo y él se encogió de hombros. Cuando retornó a la cocina aumentó el alboroto.

—Mamá. La pinchan en la barriga. La pinchan en la barriga.

«La maleta de la señorita María Robles y unos cuantos libros, y también el cuaderno escrito con su letra y las cartas que le he mencionado, estarán aquí, en ésta su casa, a su disposición, y haremos con ellos lo que usted nos indique.

»Sin nada más de particular s. s. s.

»JOAQUÍN GARCÍA».

—¿No dará, ni siquiera, mil cuatrocientas?

La señora Eloísa ha colocado en sus dedos, al lado de su anillo de piedra roja, un

sello con unas letras enlazadas y otro anillo con un agua marina. Acerca y retira de su cara la mano, entornando los ojos para apreciar el efecto.

—No. Los encuentro caros.

—¡Mamá, chilla y muerde los barrotes! ¡Se le han salido las tripas! ¡Se le han salido las tripas!

Han introducido la ratonera en un cubo mediano de agua. La rata nada, intentando ganar la superficie. Sólo le falta un centímetro para lograrlo, pero el alambrado de la ratonera no se la deja alcanzar. Respira por el hocico. Entonces hunden la jaula, y después la sacan un poco otra vez. Al fin, hunden la jaula del todo. La rata abre la boca, como quizá nunca la había abierto. El agua se enturbia con la sangre.

Por la pequeña galería entra una luz sucia y escasa. Afuera, llueve.



MARÍA CONCEPCIÓN ALÓS DOMINGO, más conocida como CONCHA ALÓS (Valencia, 1926 - Barcelona 2011) fue una escritora española. El reconocimiento le llegó tarde y nunca fue unánime ni completo. Inscrita en la corriente del realismo y de la novela de testimonio social, la crítica la denostó a menudo por su uso demasiado atrevido del lenguaje. En ocasiones, sus expresiones podían llegar a sonar obscenas o incluso brutales, especialmente para la época.

No se libró de la censura y no contó con la bendición de los expertos, pero algunas de sus novelas llegaron a obtener grandes tiradas. Es el caso de *Los enanos*, publicada dos años antes que su galardonada *Las hogueras*, pero especialmente de sus obras posteriores, a caballo entre las décadas de los sesenta y los setenta: *El caballo rojo*, *La madama*, el libro de relatos *Rey de gatos* y *Os habla Electra*.